



DANIEL H. CHAMBERS

MEMORIA HERIDA

IMAGINA UN DISPOSITIVO QUE TE PERMITIERA
GUARDAR TUS RECUERDOS Y REVIVIRLOS CUANTAS VECES QUIERAS.
AHORA IMAGINA QUE ALGUIEN PUEDA ROBARTE ESOS RECUERDOS
Y DESCUBRIR QUE ERES CULPABLE DEL MAYOR CRIMEN JAMÁS COMETIDO.

Off
VERSATIL

MEMORIA HERIDA

DANIEL HERNÁNDEZ CHAMBERS

Título: *Memoria herida*

© Daniel Hernández Chambers, 2019. Autor representado por Silvia Bastos,
S.L. Agencia Literaria.

Cubierta:

Diseño: Ediciones Versátil

© Shutterstock, *de la fotografía de la cubierta*

1.^a edición: marzo 2019

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:

© 2019: Ediciones Versátil S.L.

Av. Diagonal, 601 planta 8

08028 Barcelona

www.ed-versatil.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.

A Eddy y a Johnnie

PRÓLOGO

A finales del pasado siglo surgió un movimiento literario dentro de la ciencia ficción conocido como *ciberpunk*. Distopías, visiones pesimistas del futuro, etc. donde el desarrollo tecnológico no hacía sino aumentar la brecha entre las todopoderosas clases privilegiadas —que en obras como *Carbono alterado* rozaban la inmortalidad— y la masa desfavorecida —que malvivían en ciudades inhumanas, contaminadas y posapocalípticas—.

Un subgénero que, por mostrar los bajos fondos del mañana para criticar las grandes diferencias de hoy, no pocas veces se fusionó con el *noir*, y que en seguida dio el salto al cine, al manga y al anime, regalándonos obras maestras de la talla de *Blade Runner*, *Akira* o *Ghost in the Shell*, que imaginaron avances que dentro de poco dejarán de ser ciencia ficción.

Y es que, no olvidemos que en la cinta de culto de Ridley Scott, de indudable estética *noir*, el inolvidable cazarrecompensas interpretado por Harrison Ford, pateaba las oscuras y siempre lluviosas calles de Los Ángeles de 2019.

Es más, según el *best seller* internacional *Homo Deus* del historiador Yuval Noah Harari, pronto, muy pronto, hombres y máquinas no solo convivirán en el hogar, sino incluso en el mismo cuerpo, y los *ciborgs*, mitad hombre, mitad máquina, serán una realidad. De hecho, ya existe un hombre legalmente reconocido como *ciborg*, el músico y artista Neil Harbisson.

Por eso, aunque en un principio, *Memoria herida*, la última novela del multipremiado autor de literatura infantil y juvenil Daniel Hernández Chambers, parece una novela negra futurista, donde los humanos son capaces de almacenar sus recuerdos en discos, gran parte de la población mundial ha sido exterminada por un virus, y los lectores en papel son una especie en extinción, a la luz de las predicciones de científicos como José Luis Cordeiro,

el polémico autor de *La muerte de la muerte*, dentro de unas décadas bien podrían ser ciencia sin ficción.

Y claro, en un mundo así, alguien puede hackear tu memoria y tener acceso a lo más íntimo de ti: tus recuerdos, como le ocurre al misterioso cliente de Zacarías Buenaparte. Un detective privado aficionado al ajedrez, que pronto se verá convertido en mero peón dentro de una partida que le viene muy grande.

Una novela original y atrevida dentro del panorama criminal español, que planteará no pocas dudas y reflexiones al lector sobre la memoria y la tecnología, los límites entre seguridad y vigilancia, y espero que, después de leer este prólogo, también sobre dónde termina la ciencia, y empieza la ficción.

Sergio Vera Valencia
Director de la colección Off Versátil

1. HACKEADO

«Miré, y vi un caballo blanco;
y el que lo montaba tenía un arco;
le entregaron una corona
y avanzó como un conquistador».

Apocalipsis 6:2-4

—La primera grabación la recibí el día de mi cumpleaños. Por eso abrí el archivo, porque pensé que era una felicitación sorpresa.

—Pero el remitente...

—El remitente que aparecía en el mensaje era tan solo un número.

—¿Recuerda cuál?

—No, era un número muy largo. Di por hecho que se trataba de un número asociado a alguno de esos servidores que te permiten enviar archivos muy grandes. Creí que sería alguno de mis conocidos, que quería felicitarme con algún vídeo gracioso, ya le digo. Era ya de noche, pero todavía había muchos... bueno, algunos compañeros de trabajo que no me habían felicitado, por eso... Por eso lo abrí. Resultó que no era una felicitación ni nada parecido. Era una grabación que al principio me pareció absurda.

Hizo una pausa y su interlocutor lo invitó a continuar con un gesto.

—Se veía a través de los ojos de una persona que estaba paseando por el centro, por la Avenida Maisonnave. Por la luz se apreciaba que era media tarde.

—¿Tenía audio?

—No. Tampoco se veía a la persona que paseaba, aunque la imagen se

balanceaba al ritmo de sus pasos.

—¿Y se veía a alguien?

—Sí, había gente en las calles, pero su imagen quedaba algo borrosa, poco nítida. De vez en cuando se distinguía algún rostro que pasaba, pero nada más. Después, el caminante dobló por una esquina y abandonó la avenida para subir por la calle Serrano hacia Pintor Cabrera. Allí había también gente, pero menos. La grabación finalizó delante mismo de un portal. —De nuevo una breve pausa—. Era el portal del edificio donde trabajo.

Zacarías Buenaparte arqueó las cejas, pero no dijo nada. Se limitó a mirar fijamente al hombre que tenía enfrente, que a medida que hablaba parecía ir poniéndose cada vez más nervioso. Se pasó la lengua por los labios resecos y recorrió con los ojos la superficie de la amplia mesa que los separaba. Un ordenador portátil y un teléfono móvil eran lo único que había sobre ella. Zacarías le había ofrecido una taza de café o té de menta, pero él lo había rechazado con una negativa cortés e impaciente.

—Imaginé que era parte de alguna clase de broma, que después recibiría un segundo vídeo con alguien entrando en mi oficina y preparando una sorpresa... No sé, quizá un regalo de cumpleaños de parte de algún compañero. Pero no fue así. Pasaron varios días sin que ocurriera nada...

—Hasta que pasó.

—Sí, exacto. Pasó. Seis días después del primero, recibí un segundo mensaje.

—¿El mismo remitente?

—Era también un número interminable, pero me fijé en que no coincidía. El servidor desde el que fue enviado seguramente asigna un número diferente a cada mensaje saliente. Bueno, es una suposición, no entiendo mucho de esas cosas. No tengo ni idea, la verdad.

—Continúe, por favor.

—Sí. Abrí el nuevo vídeo por curiosidad. Está claro que eso era lo que pretendía la persona que lo había enviado, y lo había conseguido. Esa segunda grabación no era una continuación de la primera, como yo había creído. Pero tenía similitudes: también se veía a alguien caminar, una persona a quien no se llegaba a identificar en ningún momento. Esta vez no paseaba por el centro, sino por un barrio residencial... El mío. Recorría varias calles desiertas; perdón, no lo he dicho, era de noche, por eso no había nadie en las calles.

Luego, del mismo modo que el primer vídeo, la grabación concluía delante de un portal.

—El suyo.

El otro asintió.

—Sí, el portal de mi casa. Comprenderá usted que empecé a inquietarme. Aquello no me gustó nada. Ya sabe, se oyen tantas cosas. Historias de... Esas historias de desquiciados, gente perturbada a la que un día le da por... —No quiso decirlo, como si así, silenciándolo, el horror de la idea fuese menor. Guardó silencio durante varios segundos y prosiguió—: Sé que no fue una buena idea, que lo más inteligente hubiera sido estarme quieto, pero probé a enviar un mensaje de vuelta, una respuesta. Escribí tan solo una pregunta: «¿De qué va esto?». Me arrepentí nada más clicar en el botón de enviar. Entonces se me ocurrió pensar en todas esas historias... ya sabe, esas leyendas urbanas que circulan por ahí. Las conoce, ¿verdad? Por ejemplo, esa del coche que va con las luces apagadas en plena noche —me la contaron de pequeño—, lo normal es que si te cruzas con un coche así le hagas señales con tus faros para que se dé cuenta. —Zacarías conocía la historia, pero le dejó contarla hasta el final—. Pero según una de esas leyendas, los ocupantes del coche sin luces están esperando precisamente esa señal para dar comienzo al juego; entonces persiguen al vehículo que les ha advertido, le obligan a salirse de la carretera y... bueno, dependiendo de quién cuenta la historia, se limitan a darle una paliza al conductor o llegan hasta el extremo de asesinarlo. Cuando le di a «enviar» se me ocurrió pensar que tal vez aquello fuese un juego similar. El juego macabro de un demente que espera que algún estúpido como yo le conteste. No recibí respuesta, claro. Quiero decir que no la recibí de forma inmediata, sino más tarde. Pero le confieso que dormí muy mal aquella noche, me desperté varias veces y me levanté para asomarme por la ventana y asegurarme de que no había nadie fuera, en la calle.

»Por la mañana me sentí ridículo. Siempre es más fácil mantener la calma cuando amanece.

—¿Vive usted solo?

—Sí. —El tipo aguardó por si Zacarías le hacía otra pregunta, pero al no ser así, se decidió a continuar—: Nunca he sido miedoso, pero... Como mínimo, estaba inquieto. Estará de acuerdo en que la situación resultaba extraña. Quise seguir pensando en la posibilidad de que se tratase de una

broma, aunque no le veía la gracia por ninguna parte. Me empeñé en no dedicar más tiempo al asunto y me concentré en el trabajo. De día no tenía mayores problemas para conseguirlo, pero de noche era más difícil. Pasé días durmiendo mal.

—Lo entiendo.

En ese momento el teléfono móvil que había sobre la mesa emitió una serie de pitidos y la vibración que se apoderó de él lo hizo moverse unos cuantos milímetros antes de que Zacarías lo cogiera.

—Disculpe un segundo —dijo mientras se llevaba el aparato al oído—. ¿Sí, dígame? —No había mirado el número que apareció en la pantalla, pero enseguida reconoció la voz cascada y femenina que le habló:

—Comienza una nueva partida, cariño.

—Ehh... Ahora mismo estoy ocupado con un cliente. ¿Puedes esperar? ¿Te llamo yo?

—Apunta el movimiento de salida: Peón Rey.

—De acuerdo, lo tengo. Hablamos más tarde. —Pulsó el botón de fin de llamada y sonrió a su visitante—. Siento la interrupción.

El otro reanudó la narración:

—La contestación a mi mensaje llegó hace dos días, cinco después del segundo vídeo, y consistía en una tercera grabación. En el mensaje no ponía nada, como en los anteriores. Solo venía el vídeo en un archivo adjunto.

—¿Lo abrió?

—¿Cómo no iba a hacerlo? ¿No lo habría hecho usted, después de haber visto los dos primeros? Mientras se cargaba, tuve tiempo de imaginarme un mensaje del remitente, mostrándose por fin, o tal vez ocultando su rostro, quizá amenazándome de algún modo, pero no fue eso lo que vi. —El hombre se mordió el labio y parpadeó un par de veces—. En esta ocasión las imágenes eran de un interior, no se trataba de nadie paseando por la calle. Lo primero que se veía era un pie descalzo, envuelto en una sábana. Era un pie de mujer. Después se veían sus piernas, mientras la mujer se deslizaba hacia el borde del colchón. Como es lógico, me hice rápidamente a la idea de que iba a ver alguna clase de grabación pornográfica. Hasta estuve a punto de reírme al pensar que todo se reducía a un nuevo tipo de campaña publicitaria invasiva... Pero no lo era, claro. No lo era. La mujer se incorporó y la vi de espaldas, desnuda, caminando hacia el cuarto de baño. Fue entonces cuando me di

cuenta.

—¿Reconoció a la mujer?

—No. Sí, pero todavía no. Primero reconocí la puerta del baño de mi dormitorio. Me sobrecogí y dejé de fijarme en la mujer. Creí que el remitente de los vídeos había llegado hasta el punto de colarse en mi casa y quería enseñármelo. Y no solo había entrado, sino que se había acostado en mi cama con una mujer. Eso fue lo que pensé, y supongo que ese pensamiento demuestra con total claridad mi estado de nervios. Justo entonces, antes de cerrar de nuevo la puerta del cuarto de baño, la mujer se giró y dijo algo que no se oyó. La reconocí al verle la cara.

Se hizo un silencio y Zacarías lanzó al hombre una mirada de interrogación. El otro carraspeó antes de decir:

—Era una prostituta con la que me he visto un par de veces. Tres. Tres veces.

—¿En su casa?

—Sí. Siempre en mi casa. Ella visita a domicilio. Es ucraniana. La llamo... y si está libre...

—¿El vídeo terminaba en ese punto?

—No —respondió el hombre, subrayando la palabra con un gesto de su cabeza—. La imagen se quedaba un instante detenida en la puerta del baño y, a continuación, se balanceaba arriba y abajo y avanzaba hacia la puerta. Por un segundo... el corazón me dio un vuelco. No sé si tengo la mente enferma, pero temí que iba a presenciar cómo alguien asesinaba a la prostituta en mi propio cuarto de baño. Le juro que fue eso lo que pensé.

—¿Y no fue así?

—No... Pero fue algo aún más sobrecogedor. La puerta se abría y se veía a la mujer dándose una ducha. A la izquierda de la imagen se distinguía el borde de un espejo, la imagen giraba en esa dirección, y entonces pude ver mi propio rostro reflejado tras una nube de vapor. ¿Lo entiende? —Zacarías dijo que sí con la cabeza—. La grabación se había realizado a través de mis propios ojos.

—¿Tiene usted algo que ocultar?

—¿A qué se refiere?

—Al tema de la prostituta, por ejemplo. ¿Supondría para usted algún tipo

de problema que se hiciese pública su relación con ella?

—Más allá de la vergüenza, no. Hay miles, millones, de personas que recurren a los servicios de una prostituta.

—Por supuesto.

—Llevo años... divorciado, no tengo hijos. Mi mujer, exmujer, sí los tiene, con su actual pareja. Yo no, así que no creo que...

—Bien, dejemos a la prostituta a un lado. ¿Hay algo que usted prefiera que permanezca oculto, por la razón que sea? No le estoy pidiendo que me lo cuente, solo que me diga si ese algo existe.

—No... no le sigo. Todo este asunto me tiene muy nervioso, cada vez más. Lo siento, pero mi cabeza no da para mucho en estos días.

—Verá, tal y como yo lo veo, hay dos opciones —trató de explicar Zacarías—: la primera es que usted sufra un trastorno de doble personalidad, que sea usted mismo quien se esté enviando esas grabaciones, que una de sus personalidades esté enfadada con la otra... Es una alternativa bastante descabellada, pero...

—Nunca he sufrido trastornos mentales de ningún tipo. Soy una persona completamente normal y cuerda.

—De acuerdo. La segunda opción, la más plausible, aunque no digo ni mucho menos que sea sencilla, es que le hayan hackeado.

—¿Hackeado? —repitió el tipo. Había perdido todo atisbo de serenidad—. ¿Es eso posible?

Zacarías esbozó una leve sonrisa. Ya estaban tardando, pensó.

—Corríjame si estoy equivocado: lleva usted instalado un IMD2, ¿verdad?

En un gesto involuntario, su interlocutor se llevo la mano izquierda a la nuca.

Comenzó como un remedio contra el alzhéimer, pero pronto derivó en otra cosa. Su primera versión consistía en un disco plano, del tamaño aproximado de una moneda de cinco céntimos de euro, que se introducía mediante una sencilla operación quirúrgica en la región occipital. En él se almacenaban todos los recuerdos de la persona que lo portaba, de forma que, aunque la enfermedad hiciera estragos en su memoria natural, el paciente siempre podía recurrir a esa otra, esa suerte de disco duro que llevaba encima. Se le

denominó IMD (siglas en inglés de *Internal Memory Device*). La segunda versión, cuya aparición fue casi inmediata, incluía dos nuevos dispositivos, un minúsculo mando a distancia que permitía al portador proyectar sus recuerdos en un visor especial, seleccionarlos, asignarles relevancia, agruparlos por temáticas o eliminarlos definitivamente del disco duro (lo que no implicaba eliminarlos de la memoria natural). Esa evolución fue la causante indirecta de todo lo que sucedería después. Enseguida hubo quien vio posibilidades ajenas a la función para la que se había creado y, en muy poco tiempo, su uso se extendió sin freno. Ya no eran solo enfermos de alzhéimer quienes lo utilizaban, sino todo tipo de personas. La novedad de poder acceder a los recuerdos propios a voluntad se transformó primero en una moda, una especie de vía de escape, y luego en algo muy semejante a una droga: ¿quién no querría tener la posibilidad de revivir momentos felices y perdidos, difuminados por el paso del tiempo en la memoria pero conservados con todo detalle en el IMD2? ¿Quién se negaría a sí mismo la oportunidad de ver y escuchar a un ser querido fallecido en una situación natural, sin la falsedad y el autocontrol de quien se sabe enfocado por una grabadora? ¿Quién no querría repasar hasta la última palabra dicha en una conversación si de ello dependiera un contrato millonario o una ruptura sentimental?

Apenas un par de años después de su aparición, las personas que no llevaban insertado en su cuerpo un IMD2 eran minoría. Se habían convertido en una especie de etnia aparte, como quienes se habían resistido a los teléfonos móviles cuando llegaron al mercado a finales del siglo XX o quienes rehuían el uso de las redes sociales a comienzos del XXI.

Contra la voluntad de sus creadores, el dispositivo significó toda una creciente red de negocios insospechados hasta la fecha. Dispositivos piratas, salidos de quién sabe qué fábrica perdida en cualquier país asiático, notablemente más económicos que los oficiales. Notablemente más proclives a fallar. Notablemente más inseguros. Se vendían por internet, pero también se podían conseguir por otras vías, como cualquier droga o cualquier cosa prohibida por la ley.

Así, surgió un floreciente negocio de compraventa de recuerdos ajenos.

—¿Puede hacerse?

—¿Hackear un IMD? Se supone que no, pero estoy convencido de que sí.

No tengo noticias de que se haya hecho, pero eso solo significa que no es algo habitual. Desde luego no ha de ser fácil, de ahí mi pregunta de si usted tiene algo que quiera mantener oculto. No creo que nadie se tome la molestia de hackear su IMD por simple diversión.

—¡Dios mío! —El tipo había dejado de tocarse la nuca. Su mirada había descendido hacia la punta de sus zapatos—. Alguien puede ver lo que yo veo, ¿es eso? Puede acceder a mi mente.

—No exactamente. El IMD no tiene acceso a sus pensamientos, solo a sus recuerdos. Es un dispositivo de almacenamiento de recuerdos. No pueden leerle el pensamiento. Nadie puede ver a través de sus ojos en tiempo real.

—Pero... Pero... ¿Se solucionaría quitándomelo? Sí, es cierto, ¿verdad? Así se solucionaría. Puedo hacer que me lo extirpen.

—No.

—¿No? —lo dijo en un susurro que denotaba la desilusión que lo embargaba.

—Puede hacer que se lo extirpen, claro. Pero, si se lo han hackeado, ya no conseguirá gran cosa. Ya tienen en su poder todos los recuerdos almacenados en el dispositivo. Si hay algo entre todos esos recuerdos por lo que puedan chantajearle...

El hombre se quedó en silencio mientras un ligero temblor se adueñaba de su labio inferior. Zacarías supo que sí había algo en sus recuerdos. Le concedió tiempo para pensar.

—¿Qué puedo hacer?

—Eso depende de usted. Y de ese «algo» que quiere mantener en secreto. —Los ojos del otro bailaron unos segundos antes de posarse en Zacarías, cuyo semblante carecía de expresión.

—Aunque no consiga nada, haré que me quiten el IMD2.

—No, eso puede esperar. El daño ya está hecho. Lo más importante, por ahora, es que se asegure de borrar cualquier suceso importante que tenga lugar a partir de este mismo momento. Sobre todo, esta reunión. Él, o ellos, no pueden ver a través de sus ojos, solo ven los recuerdos una vez han sido almacenados. Usted tiene que eliminarlos antes de que tengan tiempo de copiarlos. ¿Sabe hacerlo?

—Sí.

—Bien. Es importante que ellos —digamos que son «ellos»— no sepan que yo he entrado en el juego. De todos modos, tenemos que dar por hecho que ya tienen lo que quieren, de lo contrario no tendría sentido que se hubiesen puesto en contacto con usted.

—¿Qué quieren de mí?

—Eso no puedo saberlo. No sin saber qué es lo que usted no quiere que se sepa. —Ambos mantuvieron la mirada fija en el otro durante unos segundos—. Lo primero que quieren es que usted sea consciente de que ellos están ahí y que tienen en su poder sus recuerdos. Y ponerle nervioso, esa es la razón de los vídeos. Su nerviosismo ha ido aumentando con cada nuevo vídeo que ha recibido. Y, además, usted cometió el desliz de enviarles un mensaje. Ahora lo tienen donde querían.

—Pero... —Su voz se quebró y necesitó reunir toda su fuerza de voluntad para continuar hablando—: ¿Se puede hacer algo? ¿Puede usted hacer algo para ayudarme?

—Mi primer consejo es esperar.

—¿Esperar? ¿Esperar a qué?

—A que se decidan a decirle lo que quieren de usted. Probablemente se tratará de dinero.

Sin pretenderlo, el otro negó con la cabeza. Fue un gesto fugaz, pero suficiente para que Zacarías lo captase.

—No es dinero.

—Entonces, ¿qué?

Para su sorpresa, su cliente se puso a llorar.

Un llanto íntimo, silencioso, que le hizo sentirse incómodo por tener que presenciarlo.

Dejó que transcurrieran varios minutos sin inmmiscuirse en la miseria personal de aquel tipo, que se limitaba a frotarse las lágrimas con el dorso de la mano y a sorberse la nariz.

—Discúlpeme —murmuró al fin.

—En poco podré ayudarle si no se sincera conmigo —dijo Zacarías.

—No... no... No puedo decírselo.

Zacarías se echó hacia atrás y entrelazó los dedos de sus manos.

—Bien, no lo haga. Quizá sea mejor para mí que no lo sepa. Pero quiero

que sea consciente de que si no dispongo de toda la información pueden producirse malentendidos.

—Pero podrá ayudarme de alguna manera.

—Sí, puedo. Puedo empezar a indagar quién es capaz de hackear un IMD2. Eso acotará la lista de posibles culpables.

El hombre empezó a asentir. De repente parecía haber recuperado algo de confianza.

—Haga eso, sí. Por favor. Empiece por ahí. No habrá mucha gente capaz de hacer eso, ¿verdad?

—Más de la que usted cree. ¿Ha oído hablar de la red oscura?

—¿Qué?

—La red oscura. El lado siniestro de internet. Ahí hay gente capaz de cualquier cosa. Algunos solo tienen las claves de acceso, pero otros son los creadores de ese lado de la red, son personas que viven pegadas a sus ordenadores, tipos que entran en las bases de datos de los mayores sistemas de seguridad jamás creados, que los domingos por la tarde se dan un paseo por los ficheros del Departamento de Defensa de Estados Unidos sin dejar rastro, cosas por el estilo. Cualquiera de ellos puede haber hackeado un IMD. ¿Dónde se lo compró?

—¿El IMD? Es oficial. Se supone que eso lo hace más seguro, ¿no?

—No necesariamente.

—Usted también lleva uno, ¿verdad?

Zacarías sonrió.

—Por ahora todavía confío en mi memoria.

—Ojalá yo hubiera hecho lo mismo. —Se mordía el labio con tanta fuerza que pronto tendría una pequeña herida. Resopló y se puso en pie—. Me lo puse hace muchos años... Bien, hagámoslo así: usted póngase a investigar; yo esperaré a que vuelvan a ponerse en contacto.

—Antes de eso, borre este recuerdo.

—Sí.

—Hágalo de inmediato, antes de abandonar el edificio. Es importante. ¿Lleva el visor con usted?

—Sí. ¿Alguna otra sugerencia?

—En cierto modo sí. Le sugeriría que, antes de contratarme, me preguntase

por mis tarifas, son bastante altas.

—Me informé antes de venir: usted es el mejor.

—Y uno de los más caros —apostilló Zacarías.

—Créame, no me importa el precio si me ayuda a salir de esta.

—Por mí, perfecto. No le insistiré más. Solo dos cosas: en cuanto se pongan en contacto con usted, hágamelo saber; y, como ya le he dicho, borre el recuerdo de esta reunión antes de salir del edificio. Y borre los recuerdos futuros de cualquier nuevo contacto entre usted y yo.

El hombre asintió y se dirigió hacia la puerta. No le tendió la mano, y Zacarías, en parte, se alegró de ello.

Cuando el sonido de las pisadas en el pasillo se extinguió por completo, cogió su móvil y abrió la aplicación de ajedrez. Apuntó el movimiento que le había dictado su madre por teléfono, luego minimizó la aplicación y marcó el número:

—¿Ya estás libre? —Fue la forma de saludo que recibió del otro lado.

—Sí.

—¿Es interesante?

—Más que tu movimiento de salida. Apunta, guapa: Peón C-5.

—Mi segundo movimiento es Caballo F-3.

—Lo tengo. Bien, oye, mamá, no sé si mañana podré pasarme a verte.

—¿El caso nuevo?

—Sí.

—¿Complicado?

—Tiene pinta de serlo, sí.

—Bueno, que no vengas a verme es una cosa, y la partida otra.

Zacarías se echó a reír.

—No te preocupes, te iré llamando en cuanto pueda.

—Esta vez tampoco vas a ganarme.

—Un beso, mamá.

Después de colgar, encendió su ordenador portátil y abrió un navegador. Antes de intentar averiguar quién había hackeado el IMD de su cliente, quería saber más cosas sobre él. El hecho de que no hubiese querido revelar qué era lo que se ocultaba en sus recuerdos le había intrigado sobremanera, aunque había sido capaz de disimularlo durante la conversación.

Tecleó el nombre completo en el buscador: «Guillermo Bermúdez García». Un nombre corriente para un hombre de aspecto corriente.

Como había supuesto, la información que fue apareciendo en pantalla carecía de cualquier interés. Había demasiados hombres con ese nombre. Pese a ello, la copió y la guardó en una carpeta que creó con el nombre de G. B. C.

A continuación, abrió Tor5, la última y mejorada versión de la aplicación creada por Roger Dingledine a principios de siglo para acceder a la llamada web oscura. Ese lado de internet es algo así como la cara oculta de la luna, todos saben que está ahí, pero pocos pueden verla. Los que entran en ella no quieren ser localizados, de ahí el uso de aplicaciones como Tor, que consisten en dificultar cualquier intento de rastreo introduciendo un número elevadísimo de intermediarios que modifican y cifran la información del ordenador mediante el que se ha entrado en la red. Una agencia de seguridad puede ver la información que se transmite en la web oscura, pero, para localizar a quien transmite esa información y a quien la recibe harían falta años de trabajo, y ni aun así se obtendrían resultados cien por cien fiables.

En esa región ignota de internet coincidían, sin llegar a verse entre sí, desde activistas a favor de los derechos humanos en países en conflicto hasta criminales de la peor ralea, traficantes de armas, pedófilos... y, sobre todo, se celebraban «reuniones» de hackers. Para Zacarías Buenaparte, la web oscura era, sobre todo, una fuente de información. Gracias a Tor podía acceder a hemerotecas completas, a imágenes censuradas, a bases de datos de todo tipo, desde militares a universitarias. Si se sabía buscar, o si se contaba con un buen aliado que te hiciese de guía de aquel inframundo, se podía encontrar cualquier detalle de cualquier persona en cualquier rincón del mundo. Zacarías sabía buscar, pero además disponía de un guía para momentos en los que no quería ocupar su tiempo frente al ordenador.

Escribió un mensaje, lo ocultó con un programa de cifrado, y lo envió con la tranquilidad de que Tor5 lo envolvería en un sinfín de capas que le permitirían llegar hasta su destinatario sin que nadie más pudiera verlo.

Necesito información sobre Bermúdez García, Guillermo. NSS 05/30255407/33C.

Apagó el ordenador, lo guardó en su funda y salió del despacho llevándose consigo.

2. LUGARES QUE YA NO EXISTEN

Nací en una ciudad fantasma, un lugar que ya no existe. Agdam. Doy por sentado que ustedes han oído hablar de la URSS, el imperio soviético que se desmoronó a finales del siglo pasado. La ciudad en la que nací estaba muy cerca de Armenia y de Azerbaiyán, dos regiones que siempre han estado en conflicto. Cuando los soviéticos dejaron de controlar la zona, las disputas étnicas volvieron a salir a la superficie después de décadas de aparente tranquilidad, lo que dio lugar a que el mismo año que yo nací, naciera también la República de Nagorno Karabaj, y con su nacimiento estallara la guerra. Durante mis primeros cinco años de vida no conocí otra cosa que la guerra. La ciudad de Agdam se había convertido en un símbolo de la resistencia azerí y los proarmenios quisieron borrarla del mapa. Vi a mi padre salir de casa una mañana y jamás volvió, porque una bomba no dejó de él ni sus zapatos. Más tarde vi a un grupo de soldados armenios turnándose para violar a mi madre; el último le disparó en la cabeza como colofón de su fiesta particular. A mí me dejaron allí; tenía entonces cinco años. Me quedé quieto durante un día entero junto al cadáver de mi madre hasta que un hermano suyo, mi tío Konul, me encontró y me llevó con él.

Tras varias semanas avanzando a pie hacia el este, llegamos a Bakú, y desde allí, mi tío logró que nos aceptasen a bordo de un carguero que cruzó el mar Caspio hasta Kazajistán. Durante meses no paramos ni un solo día. Mi tío caminaba y caminaba llevándome sobre sus hombros. Su objetivo era llegar a la isla de Barsakelmes, en el corazón del mar de Aral. ¿Alguna vez han oído hablar de ese mar? Es probable que no. Es un mar que dejó de existir. Nací en una ciudad que ya no existe y crecí en el fondo de un mar que tampoco existe. La ingenuidad de mi tío Konul le hacía creer que Barsakelmes era un paraíso, se lo había oído contar a alguien, y tal vez lo fue en algún momento, pero

cuando llegamos ni siquiera era una isla. La sequía la había unido a la costa oriental. El bueno de Konul huía del infierno y pretendía llegar al paraíso, y solo encontramos un nuevo infierno. Diferente al que habíamos conocido en Agdam, pero un infierno al fin y al cabo.

La culpa no era de otra guerra, sino de la estupidez de las autoridades soviéticas, que treinta años antes habían decidido utilizar el agua de los ríos que desembocaban en ese mar para cultivos de algodón situados a cientos de kilómetros de distancia. Un gran porcentaje de esa agua se perdía por el camino por los materiales defectuosos que se habían utilizado al construir el canal, y a eso se le sumó que cada vez se necesitaba más, con lo que el nivel del mar fue bajando sin que nadie pusiera ningún interés en evitarlo. Cuando mi tío y yo llegamos, buena parte del mar se había transformado en un desierto tóxico. Lo que poco antes había sido la costa era entonces una línea difusa salpicada de pueblos fantasmas con muelles de madera podrida que se estaban viniendo abajo. Donde había estado el mar había barcos pesqueros varados en lo que ahora era tierra firme. Yo era un niño que acababa de cumplir los seis años, y pensé que aquel lugar era mágico. Un mundo al revés.

3. VIEJOS AMIGOS

Si sus cuentas no fallaban, Zacarías Buenaparte disponía de dos días antes de que su cliente recibiera el siguiente mensaje, basándose en que el segundo contacto se había producido seis días después del primero, y el tercero cinco días después del segundo. Con lo cual, si el ritmo se mantenía, no habría un nuevo contacto hasta cuatro días después de aquella tercera grabación en la que Guillermo Bermúdez García había visto su propio rostro en el espejo. Era solo una suposición, pero por el momento era lo único que tenía.

Dos días eran tiempo suficiente para reunir la información necesaria que al menos le permitiera entrar en aquel extraño juego sabiendo dónde ponía los pies. Siempre y cuando su contacto en la web oscura respondiese a su petición, cosa de la que no había garantía. Por lo general lo hacía, pero no siempre.

Cuando entró en casa le saludó la voz femenina y perfectamente modulada de Nimbo:

—Bienvenido, Zacarías. ¿Todo bien en el mundo exterior?

—Hola, Nimbo. Todo bien, sí. Más frío que aquí, eso sí.

—¿Qué tal la reunión con el nuevo cliente?

—Ha resultado más intrigante de lo esperado.

—¿Ah, sí? ¿En qué sentido?

Zacarías fue hasta el salón y dejó su ordenador sobre la mesa de grafeno, que se encendió momentáneamente al percibir el contacto del objeto. La voz de Nimbo lo siguió hasta allí.

—Intrigante en el sentido de que ha despertado mi interés. Tiene que ver con IMDs.

—Tenía entendido que no te gustaban esos aparatitos. —Nimbo pronunció

esta última palabra con nítido desdén, algo que, en cierto modo, no dejaba de ser irónico.

Zacarías sonrió. Nimbo a menudo se comportaba como una auténtica ama de llaves, sabía dar conversación y también cuándo debía mantenerse callada, pero siempre tenía sus oídos informáticos alerta para escuchar cualquier comentario que se produjese dentro de sus dominios.

—Ya sabes lo que pienso sobre ellos.

—El cerebro humano se atrofiará si deja de obligarse a sí mismo a recordar, ¿es eso?

—Es posible, ¿no crees? Hay incluso casos de personas que son incapaces de realizar cálculos matemáticos básicos en su cabeza solo porque su teléfono móvil o sus gafas de grafeno óptico lo hacen por ellas. Hay quien no sale jamás de su casa porque puede hacerlo todo a través del ordenador...

—O a través de un dispositivo domótico, como yo.

—O a través de un dispositivo domótico, como tú. También hay gente incapaz de mantener una conversación, pero que vive pegada a un chat. Si nuestro cerebro se acostumbra a no tener que esforzarse en recordar solo porque los recuerdos se graban como archivos informáticos en un IMD, ¿por qué va a seguir haciéndolo? Es probable que pierda su capacidad de recordar, y si de pronto es necesario que vuelva a hacerlo, porque el IMD se avería y deja de funcionar, el cerebro ya no sabrá cómo. —Se encogió de hombros. Se había repetido a sí mismo aquel razonamiento multitud de veces, y seguía sin estar seguro de que fuese acertado—. Prefiero seguir confiando en mi memoria.

—Tienes una buena memoria —lo aduló Nimbo.

—Es buena, no es extraordinaria, pero es buena.

—Pero estarás de acuerdo en que la función original de los IMDs era muy positiva. La enfermedad de Alzheimer es una de las más tristes que pueden afectar a los seres humanos.

—Claro. Eso me parece bien, lo que no me gusta es en lo que se han convertido los IMDs.

—Todo avance tiene su parte negativa.

—¿Tú también, Nimbo?

Sonó una risa artificial. La risa era lo único que demostraba que Nimbo no

era una humana oculta tras las paredes de la casa.

—Tendrías que verme a primera hora, recién levantada. —Era una broma típica entre ellos, nacida a raíz de un comentario malévolo de Nimbo tras la marcha de una de las parejas esporádicas de Zacarías: «Reconozco que era una belleza cuando se metió en tu cama, pero has tenido suerte de estar dormido cuando se ha levantado», le había dicho. Una de las características de Nimbo que más le gustaban a Zacarías era su facilidad para realizar comentarios mordaces sobre sus visitas.

—¿Ha habido alguna novedad mientras estaba fuera?

—Un pequeño grupito de críos se ha acercado a llamar al timbre. Creo que pretendían venderte boletos para una rifa o algo así, ¿tal vez para poder pagarse el viaje de fin de curso? Los he echado sin miramientos.

—Me lo imagino. No seas brusca con los chavales del barrio, Nimbo. A saber lo que serán capaces de hacer si te descuidas. ¿Ninguna llamada?

—Tu madre. Le he dicho que podía localizarte en el móvil.

—Ya he hablado con ella.

—¿Partida nueva?

—Sí.

—¿Ganarás?

—¿A mi madre? Solo he conseguido ganar dos veces, y creo que fue porque ella estaba enferma o porque se apiadó de mí.

—Ánimo.

—Ya, gracias. Si no ha llamado Iker, es de suponer que la cena sigue en pie. ¿Puedes encargarte?

—Contaba con ello. Últimamente estás dejando de lado tu afición a la cocina.

—Ya habrá tiempo de eso. Voy a darme una ducha.

—Iker acaba de aparcar frente a la entrada —informó Nimbo.

—Bien. Ah, una cosa: llama a mi madre y dile que mi segundo movimiento es Caballo C-6.

—¿Algo más?

—Supongo que ella ya tendrá pensado su siguiente movimiento. Dile que tengo invitados a cenar y que no podré continuar hasta mañana.

—Muy bien. Iker está a punto de pulsar el timbre. Os dejo solos.

—Gracias, Nimbo.

Al abrir la puerta se encontró con la media sonrisa de Iker Cienfuegos, su mejor amigo desde que habían coincidido sobre la hierba recién cortada de un campo de fútbol en un partido de categoría benjamín. Zacarías jugaba de delantero e Iker era el defensa encargado de marcarlo. Se pegó a él como una auténtica lapa, alternando agarrones y patadas con chistes y bromas que sacaron a Zacarías de quicio. En la única ocasión que pudo zafarse de él, corrió por la banda con el balón pegado al pie hasta que su rival lo zancadilleó con brusquedad por detrás, justo antes de entrar en el área. En la caída, Zacarías apoyó mal el brazo izquierdo y se lo rompió.

Por aquel entonces, su padre aprovechaba para dejarlo en el polideportivo a la hora convenida con el entrenador y desaparecía hasta cinco o diez minutos antes de que terminase el partido. Nunca había mostrado interés ni en el fútbol ni en su propio hijo, y Zacarías se había acostumbrado a sus excusas para ausentarse y no verlo jugar —años más tarde averiguó que el motivo era una amante a la que su padre casi doblaba en edad, y con la que un buen día decidió irse a vivir, abandonándolos a él y a su madre, algo que ninguno de los dos lamentó en exceso—. Así las cosas, fue el padre de Iker quien se ofreció a llevarlo al hospital como un modo de subsanar el daño causado por su hijo. Durante el trayecto, Iker le pidió perdón y siguió con sus chistes sin sentido, que provocaron que Zacarías llorase y riese al mismo tiempo. Más tarde, con la escayola puesta, lo llevaron hasta su casa y pensó que ya no volvería a verlos, pero aquella misma tarde Iker fue a visitarlo con un regalo.

—Lo del regalo ha sido cosa de mi madre, para que me perdones por lo de esta mañana, pero lo he elegido yo. Espero que no te lo hayas leído ya —dijo mostrándole el libro que le había comprado.

Zacarías miró la extraña ilustración que había en la portada y el título: *El legado de Olkrann*. Negó con la cabeza.

—No lo conocía.

—Ya, bueno... Espero que te guste —sonrió Iker, y se sentó en la silla del escritorio que Zacarías tenía en su habitación. Paseó la mirada por la estancia mientras Zacarías lo observaba a él, preguntándose si estaba bien de la cabeza —. Vaya una patada que te he arreado en el partido, ¿eh?

—¿Una? He perdido la cuenta de las patadas que me has dado.

El otro se encogió de hombros.

—Soy defensa —sentenció.

—Yo creo que eres karateca.

Iker se echó a reír, y Zacarías, contra su voluntad, se contagió de aquella risa.

—Me gustaría ir a kárate, o a judo. Algo de eso. ¿Por qué no te apuntas conmigo?

Zacarías creyó, definitivamente, que aquel chico estaba un poco loco: primero lo molía a patadas en el campo de fútbol y ahora le pedía que se apuntasen juntos a artes marciales. Pero la manera que tenía el chaval de sonreír hacía que uno no pudiera enfadarse con él, y cuando una hora y pico más tarde se marchó de su casa, ambos habían decidido que sí, que cuando su brazo estuviera curado se apuntarían a judo.

La sonrisa de Iker le había servido para abrir puertas y corazones, conseguir mejorar las notas académicas y disminuir los castigos, pero desde hacía trece años se había quedado helada en una especie de gesto intermedio que ya no llegaba nunca a ser una sonrisa de verdad, solo un leve atisbo.

Fue en otoño de 2029.

Iban a colegios distintos y distantes, pero Iker se empeñó en que sus padres lo matriculasen en el mismo instituto al que iría Zacarías. Para entonces ya eran inseparables y pasaban todo el tiempo que podían juntos. Lo compartían casi todo, los apuntes de clase, las aficiones, los gustos, los primeros cigarrillos, las primeras salidas nocturnas, las borracheras, los sueños, incluso en una ocasión compartieron a la misma chica (aunque eso fue idea de ella y fue una experiencia efímera). Iker era más lanzado para casi todo, más osado, menos precavido. Tenía mucha desvergüenza y bastante más fortuna con las chicas. Zacarías era más aplicado en clase, menos atrevido en la calle, pero disfrutaba dejándose arrastrar por su amigo.

Cuando llegó el momento de ir a la universidad, decidieron probar suerte en Estados Unidos y consiguieron que los aceptasen en Boston. Durante su primer año allí estuvieron a punto de ser expulsados. Luego apareció Mary Ann. Era la primavera de 2028.

Mary Ann surgió de la penumbra de un pasillo en la fiesta de cumpleaños de un compañero de estudios y se quedó allí plantada, en el umbral del salón, devolviéndole la mirada y la sonrisa a Iker. Era rubia, tenía los ojos color

miel y un encanto indefinido que hacía que todo el mundo se sintiese a gusto cerca de ella. En algún momento de aquella noche sin fin, Zacarías perdió de vista a Iker y se hizo a la idea de volver solo a la habitación que compartían cerca del campus. No lo vio de nuevo hasta dos días más tarde, cuando se presentó de la mano de Mary Ann para llevárselo con ellos al cine.

Mary Ann era una fanática del cine italiano de mediados del siglo XX y trató sin mucho éxito de convencerlos de sus virtudes.

Al final de curso, Zacarías regresó a España para estar con su madre, pero Iker decidió quedarse para recorrer Estados Unidos con Mary Ann. Compraron un coche de segunda mano y fueron a Nueva York. Se quedaron allí solo una semana y luego continuaron en dirección oeste, a través de todo aquel país de gigantes hasta Los Ángeles y San Diego. Zacarías no supo nada de su amigo hasta que se reanudaron las clases y dio comienzo el segundo curso. Iker le contó entusiasmado todas las maravillas que había visto, las locuras que habían hecho, durmiendo al aire libre, haciendo el amor al lado de la carretera, colándose en conciertos de grupos que ni siquiera conocían.

El romance siguió durante todo aquel año y Zacarías aprovechó las repetidas ausencias de su compañero de piso para aplicarse en los estudios y obtener buenas notas en los exámenes finales. El verano siguiente, Iker y Mary Ann viajaron con él a España y aprovecharon las vacaciones para visitar Barcelona, Madrid, Córdoba, Sevilla y Granada.

Los tres regresaron a Boston para su tercer curso de carrera, pero entonces llegó el fin.

El último día de septiembre, Iker se presentó a medianoche en el apartamento y zarandeó a Zacarías hasta que consiguió despertarlo. Mary Ann estaba embarazada de dos meses.

—¡Tienes veinte años!

—Veintiuno, carahuevo. A ver si aprendes a contar. Y Mary Ann tiene veintidós. Eso suma cuarenta y tres, por si te lo estás preguntando.

—¿Qué vais a hacer?

Iker se encogió de hombros.

—Esperar.

—¿A qué? ¿Esperar a qué?

—A que nazca, capullo, a que nazca.

Zacarías se incorporó en la cama mientras Iker rompía a reír a carcajadas.

—¿Va en serio?

—¡Claro que va en serio!

—¡No...! ¡Iker! ¡Tienes veintiún años, joder!

—¡Y un niño en camino!

Pese a que Zacarías pensaba que el embarazo era un accidente, Iker y Mary Ann le dijeron que, aunque no lo habían planeado, tampoco habían intentado evitarlo. Tendrían el niño. En sus mentes enamoradas no había cabida para ninguna otra opción.

—No se me ocurre nada que pueda hacerme más feliz que esa chica tenga en sus entrañas un hijo mío —dijo Iker.

A sus veinte años, Zacarías todavía no se había planteado la posibilidad de ser padre. Era una idea que, si acaso, quedaba relegada para un futuro muy lejano. No tenía pareja estable y, por el momento, prefería no tenerla. Lo que habían hecho Iker y Mary Ann, lo que se proponían hacer, se le antojaba una locura, pero en sus miradas, en sus sonrisas, percibía que estaban decididos.

Luego, en octubre llegaron las primeras noticias. Al principio quedaban semiocultas en los informativos, una breve anotación en los periódicos digitales, apenas un titular sin demasiados datos que lo acompañasen. La gripe del otoño de 2029. El virus mutó con una rapidez imprevista y se volvió letal. Los primeros casos que se dieron a conocer fueron en Asia, en Tailandia, Camboya, Myanmar y Vietnam, pero en cuanto el virus cruzó las fronteras de China e India ya no hubo forma de pararlo. En la misma semana aparecieron nuevos brotes en Estados Unidos, Suecia y Alemania. No tardaron en surgir las teorías de costumbre sobre la posibilidad de que el virus hubiera sido creado artificialmente con la intención de afectar a los inmigrantes, a los negros, a los homosexuales... Sin embargo, la enfermedad no diferenció entre nacionalidades ni profesiones, pero sí incidió con mayor virulencia entre los grupos más débiles: ancianos, niños y enfermos. Sus cuerpos se llenaban de pústulas y excrecencias cutáneas, horribles protuberancias deformantes que les daban un aspecto monstruoso. Las vacunas surgieron con urgencia y resultaron ineficaces, y en cuestión de cuatro meses, entre noviembre y febrero, alrededor de un tercio de la población mundial había fallecido. Se cerraron las fronteras, pero no sirvió de nada, el virus ya se había propagado.

Mary Ann murió en enero, junto con otros ciento veinte millones de

ciudadanos estadounidenses.

Con la primavera las muertes fueron cesando. Al parecer, el calor acabó con el virus. Los últimos en caer enfermos consiguieron sobrevivir, aunque los síntomas ya nunca se borraron de sus cuerpos. Muchos preferirían haber muerto. El número de suicidios entre los infectados fue incuantificable.

No existían hospitales ni residencias suficientes para tantos millones de seres humanos, por lo que muchos de ellos fueron reclusos en campamentos improvisados que, poco a poco, con el paso de los meses, fueron trasladándose a las afueras de las ciudades y después acabaron convertidos en una suerte de guetos habitados por una nueva raza surgida de la pandemia. Campos de concentración para la raza de los infectados. Ya no eran contagiosos; el virus había muerto en ellos, pero los había marcado a fuego.

Hubo quienes enloquecieron y quienes aceptaron con resignación lo que les había deparado el destino, pero buena parte de aquellos infectados trató de rebelarse contra el encierro al que eran sometidos. No aceptaban las razones de las autoridades, que aseguraban estar protegiéndolos, al tiempo que buscaban una cura definitiva y una vacuna fiable para futuros rebrotes del virus. Lo que sospechaban los infectados era que el verdadero motivo no era otro que alejarlos, hacerlos invisibles para que la población sana pudiera seguir adelante con sus vidas y olvidar la pandemia, como había pretendido olvidar las sucesivas crisis económicas o las guerras.

En algunos de los campamentos se produjeron revueltas en las que tuvo que intervenir el ejército. La información al respecto escaseaba y era a menudo contradictoria; lo único que se sabía con certeza en las ciudades era que un gran número de infectados habían escapado y vagaban por los campos en solitario o en pequeños grupos. Zombis deformes a los que cualquier mínimo roce les producía heridas sangrantes, pero que, a diferencia de los zombis de ficción, no se alimentaban de cerebros ni de carne humana.

En algunos lugares cundió el rumor de que el contagio todavía era posible, por lo que muchas ciudades fueron valladas para impedir el regreso de los infectados, y en otras el vallado se redujo solo a ciertas zonas. En diferentes puntos del planeta se produjeron auténticas batallas campales entre la población sana y la infectada, lo que las autoridades aprovecharon para alimentar la idea de que los enfermos se habían vuelto violentos y debían permanecer reclusos.

El miedo y la locura se extendieron con la misma rapidez con que antes lo había hecho el virus. No tardaron en formarse grupos paramilitares que pretendían proteger a la población eliminando el riesgo de que la enfermedad retornase. Daban caza a los infectados que erraban por los campos como si fueran animales. A la vez surgieron otros grupos en defensa de las víctimas, héroes de a pie que se desvivían por cuidar a los que habían padecido la enfermedad.

El mundo se llenó de monumentos en recuerdo de los fallecidos, pero prefirieron olvidar a los supervivientes.

En cuanto se abrieron las fronteras, Zacarías e Iker regresaron a España, donde la epidemia había aniquilado a cerca de veinte millones de personas.

El mundo entero trató de prepararse para el siguiente otoño y la siguiente gripe, pero el virus nunca volvió a ser tan virulento. Al menos, en los trece años que habían transcurrido desde entonces. Sin embargo, la vida y el modo de afrontarla habían cambiado. Había quien veía en cada nuevo brote de gripe un indicio del apocalipsis.

Se estrecharon la mano con cariño e Iker pasó al interior de la casa. Habían hecho la promesa de cenar juntos, como mínimo, una vez al mes, aunque ya nada era como antes. Iker no había vuelto a ser el mismo desde que el féretro de Mary Ann había sido introducido en el horno crematorio. El propio Zacarías había cambiado hasta un punto que ni él mismo habría imaginado cuando estudiaba en Boston.

—¿Cerveza?

—Si no tienes nada mejor...

—Vino, pero había pensado dejarlo para la cena.

—Es broma. Cerveza está bien.

Meses después de haber regresado a España, Iker desapareció. No dijo que planease marcharse, ni mucho menos adónde, simplemente se esfumó. Desesperados, sus padres trataron de localizarlo por todos los medios, y acabaron pidiéndole a Zacarías que fuese en su busca, ofreciéndose a pagarle todos los gastos.

Zacarías pensó que lo más probable era que Iker hubiera regresado a Boston tras los recuerdos de Mary Ann; se entrevistó con la familia de la chica, con compañeros de la universidad que podrían haberle dado

alojamiento... pero nadie lo había visto. Lo único que encontró y que confirmaba que Iker había estado allí fue un trozo de papel que la madre de Mary Ann había encontrado sujeto con una piedra frente a la lápida de la tumba vacía de la joven. Una carta de despedida garabateada de manera apresurada. Luego nada. Eso le hizo temer que su amigo hubiese decidido quitarse la vida.

Iker reapareció tres años más tarde, reducido a un mero espectro de lo que había sido.

Desde entonces, su estado físico y anímico había mejorado, pero todo su ser había quedado impregnado para siempre de un aura de melancolía y fragilidad. Durante mucho tiempo, Zacarías dio por hecho que acabaría por desaparecer de nuevo, que algún día recibiría la noticia de que se lo había tragado la tierra, o peor, que alguien había encontrado su cuerpo sin vida.

Pero no fue así. Pasaron días, semanas, meses y años, e Iker continuó allí.

Pero era un Iker sin alma.

Sus padres se esforzaron en que rehiciese su vida sentimental y le suplicaron a Zacarías que le organizase citas a ciegas de las que Iker huía como de la peste. Por fin, todos terminaron por rendirse y le dejaron estar.

Se sentaron frente a frente y Nimbo encendió la chimenea. Por regla general, cuando había visitas, el dispositivo domótico se mantenía en riguroso silencio, a no ser que Zacarías le indicase lo contrario o sus invitados le preguntasen directamente.

—¿Cómo va todo? —preguntó Zacarías.

—Están mejorando las ventas. El bache no ha durado mucho esta vez. — Iker había heredado de su padre un conglomerado de inmobiliarias desperdigadas por toda la costa del levante español y se había convertido en un director de empresa perennemente ausente. El negocio había sufrido un gran parón durante el año de la pandemia y los tres o cuatro siguientes, hasta que los supervivientes habían ido recuperando la confianza y volvieron a invertir en la compra de casas y locales comerciales. La pandemia había dejado muchísimas casas vacías, pero la gran mayoría fueron demolidas para construir nuevas. Era una forma de borrar, o al menos solapar, el pasado reciente. Casi nunca pisaba las oficinas, se conformaba con mantenerse informado desde su casa. Repudiaba el trato directo con los clientes y con sus

propios empleados. Tenía dinero de sobra para vivir de las rentas, pero nadie que se cruzase con él por la calle lo diría, pues no pocas veces lo confundían con uno de los muchos vagabundos que pululaban por las calles de la ciudad —. ¿Y tú, cómo vas?

—Bien. No me quejo.

—¿Algún caso nuevo?

—Sí, algo hay. Pero aún es pronto para saber si valdrá la pena. Por ahora es... No sé cómo definirlo. Extraño. —A Zacarías no le gustaba hablar de los casos que le encargaban investigar hasta que había terminado con ellos. Las únicas dos excepciones eran Nimbo y, en contadas ocasiones, su madre. Ella, pese a su edad, tenía un cerebro privilegiado, y sus consejos solían ser acertados. A Iker si acaso le contaba casos ya resueltos, porque en aquellos encuentros mensuales, sus conversaciones ya no acostumbraban a superar los límites de la cortesía. La intimidad que habían compartido en el pasado se había ido extinguiendo. Zacarías daba por hecho que, para su amigo, él se había convertido en un simple madero flotante en medio del naufragio, un asidero a la realidad al que recurría una vez al mes para convencerse de que seguía vivo y de que todos los recuerdos que lo atormentaban eran ciertos. Por su parte, él echaba de menos lo que había habido entre ellos dos, aquella amistad inquebrantable que ahora comprendía que solo era posible en la infancia y en la primera juventud. En cierto modo, Iker también era para él una especie de asidero, no ya a la realidad, sino a un pasado que añoraba.

En aquellas cenas de compromiso sus conversaciones eran a menudo anodinas, y estaban respunteadas de silencios incómodos. Nada que ver con las de tiempo atrás, cuando podían hablar durante horas hasta que los sorprendía el amanecer y acudían a la facultad sin haber pegado ojo.

Ahora casi siempre se despedían antes de medianoche, con la sensación de haber cumplido con un simple conocido, un vecino agradable y poco más. Solo en ocasiones alargaban la sobremesa y veían una película antigua.

—Buenas noches, Nimbo. Me voy a la cama.

—Tu madre me ha dictado su nuevo movimiento: Peón D-4.

—Ahora no tengo ganas. Mañana.

—Como quieras. Buenas noches.

Tuvo la impresión de que acababa de cerrar los ojos cuando percibió algo

de luz a través de los párpados y la voz de Nimbo penetró en sus oídos:

—Acabas de recibir un mensaje. Creo que es importante.

Zacarías supuso de quién se trataba y se levantó. Sus pies descalzos notaron el contacto tibio del suelo radiante que Nimbo había conectado. Mientras se acercaba a la mesa de grafeno, esta se iluminó y el mensaje apareció en su superficie:

¿Desde cuándo te dedicas a buscar fantasmas?

Tocó con la yema del dedo índice el botón de responder y el teclado surgió en la mesa. Escribió:

Por favor, ¿puedes ser más explícito? A esta hora de la noche mi cabeza no está para resolver enigmas.

Cifró el mensaje y lo envió. Tor5 se encargaría de hacerlo llegar a su destino, aunque su excesivo celo en el anonimato le llevaría unos cuantos minutos.

—Nimbo, ¿puedes prepararme un café?

—¿No vuelves a acostarte?

—Esperaré la respuesta.

—Puedo avisarte cuando llegue. Te conviene dormir.

Zacarías giró la cabeza y miró a un punto indeterminado de la pared, como si Nimbo estuviese solo allí.

—Esperaré.

—Bien, como quieras.

Cinco minutos más tarde, le avisó de que el café estaba listo y Zacarías fue a la cocina para recoger la taza. Luego volvió a sentarse para esperar pacientemente. Tor tenía sus ventajas y sus inconvenientes: permitía mantener el anonimato haciendo rebotar su mensaje por infinidad de servidores, añadiéndole un nuevo cifrado en cada uno de ellos, pero, a cambio, era demasiado lenta —en la versión 5 ya no lo era tanto como en la original, pero aun así se requerían como mínimo varios minutos para que un simple mensaje llegase a su destinatario—.

Fantasmas. ¿A qué se refería? Dio un par de tragos mientras releía el breve mensaje de su contacto en la web oscura. «¿Desde cuándo te dedicas a buscar fantasmas?». ¿Qué sentido tenía eso?

—¿Quieres que suba un poco la calefacción? —preguntó Nimbo.

—Quiero silencio.

—De acuerdo.

Zacarías tamborileó con los dedos de su mano derecha en el borde de la mesa durante un rato, hasta que por fin la superficie volvió a iluminarse y apareció en ella la imagen de un sobre cerrado. Lo tocó y el mensaje se desplegó ante sus ojos.

Bermúdez García, Guillermo.

NSS: 05/30255407/33C.

Fecha de nacimiento: 19/10/1999.

Lugar de nacimiento: San Fernando, Cádiz. España.

Estudios: Licenciado en Económicas, Universidad Complutense de Madrid.

Empleo: contable en Empresa de Servicios de Limpieza (Alarcón Limpio, S. L.).

Situación familiar: padres fallecidos. Él, conductor de autobús; ella, profesora de escuela primaria. No hay datos relativos a matrimonio, descendencia ni orientación sexual.

Fecha de defunción: 15/11/2029.

Lugar de defunción: Alarcón, Madrid. España.

Causa de defunción: virus.

Este es tu fantasma. Un tipo de lo más interesante.

Zacarías leyó las últimas cuatro líneas del mensaje dos veces y, sin saber con exactitud por qué, sintió cómo un escalofrío le subía por la espina dorsal.

Se aseguró de que el número de la Seguridad Social coincidía con el que él tenía anotado y luego terminó el café de un trago.

—¿Malas noticias?

—Inesperadas.

—Te noto intrigado.

Zacarías realizó un leve gesto de asentimiento.

—Sí, Nimbo. Cada vez más.

Se inclinó de nuevo sobre la mesa y tecleó:

¿Posibilidad de error? He conversado con el fantasma.

—Hazme una segunda taza, Nimbo. Se me ha quitado el sueño.

La respuesta llegó cuando la segunda taza ya estaba mediada.

¿Posibilidad de error? Me ofendes. Te agradecería que no volvieras a hacerlo.

Me gustaría haber estado presente en tu conversación con el fantasma. Siempre me han gustado las historias de fantasmas. ¿Has leído *Otra vuelta de tuerca*, de Henry James? Te la recomiendo.

Adjunto foto del sujeto extraída de la base de datos de la Universidad Complutense de Madrid. Es de suponer que los años transcurridos y la descomposición propia de los cadáveres dificulten su identificación, pero igual te vale.

Me despido por hoy (te recuerdo que no me pagas por mis servicios, así que no me pidas que me quede).

Zacarías abrió el archivo adjunto y un veinteañero risueño y confiado se asomó a la superficie de la mesa de grafeno.

Habían pasado años desde que la foto había sido tomada. Años en los que el mundo había cambiado, la humanidad había menguado y el futuro se había teñido de un gris poco halagüeño. Pero no eran años suficientes para que aquel joven estudiante universitario se transformase en el tipo orondo y asustadizo con el que Zacarías se había reunido el día anterior.

No se molestó en enviar un mensaje de agradecimiento a su contacto. Cerró la aplicación Tor5 y el navegador y se levantó de la mesa.

—Nimbo, llama a Perdomo.

—Son las 3:52 de la madrugada —repuso la voz femenina de Nimbo.

—Conociéndolo, es probable que esté despierto. Dile que me espere en la puerta de su casa en treinta minutos. Voy a ducharme.

—¿Debo preocuparme?

—Te recuerdo que no puedes.

4. LA TUMBA

Mi tío consiguió que un vigilante de la antigua reserva natural de Barsakelmes nos permitiera quedarnos en su casa. La gente de aquella región se estaba marchando, habían vivido de la pesca y ya no podían hacerlo; pero el guardabosques, Valentin, nos explicó que él se quedaría allí. Había enterrado a su madre en la antigua isla y no pensaba moverse.

Durante algo más de tres años, mi hogar fue aquella isla que ya no era tal, y mi parque de juegos fue el fondo de un mar que los soviéticos habían borrado del mapa. No tenía obligaciones; estaba solo con mi tío y el guardabosques, solían pasar meses sin que viera a nadie más. Mi día a día consistía en recorrer aquel lugar fantasmagórico y hacer una relación de los barcos abandonados; el juego que más me entretenía era colarme en los más grandes e imaginar que surcaba los océanos más peligrosos del mundo mientras me atacaban horribles monstruos marinos. Cerraba los ojos y el mar estaba allí de nuevo, con sus olas y sus mareas.

Una mañana encontré una botella semienterrada en la arena. Tenía un trozo de papel en su interior con un mensaje:

«¡Socorro! Mi barca de pesca se ha hundido y estoy atrapado en una isla. Vengan a buscarme».

Miré a mi alrededor y no vi ninguna elevación del terreno que pudiera haber sido una isla años atrás. Valentin decía que hubo varias antes de que el mar empezara a secarse, pero ahora ya no. Nunca supe si aquel naufrago fue rescatado o si murió esperando, o si acaso pudo salir andando cuando el agua fue retirándose.

Mi tío Konul se sentía como ese naufrago, y ya no tenía fuerzas ni ánimos para marcharse otra vez en busca de otro lugar. Mientras yo exploraba el fondo del mar, él no hacía otra cosa que mirar al vacío. En cierto modo los

dos habíamos muerto y de nosotros solo quedaban nuestros espectros, que vagaban entre los cadáveres oxidados de lo que había sido la flota pesquera del mar de Aral. Creo que de no haber sido por la muerte del guardabosques no nos habríamos ido nunca.

Fui yo quien lo encontré, cuando tenía diez años; estaba sentado en una silla con la cabeza entre las manos. Ni siquiera en las gentes de Agdam vi un gesto de desesperación semejante.

Ese mismo día mi tío y yo nos pusimos en camino, de nuevo hacia el este. Tardamos más de un año en recorrer los mil quinientos kilómetros que nos separaban de la capital, una ciudad a la que acababan de cambiarle el nombre. Poco antes se llamaba La Ciudad de la Tumba Blanca, pero el presidente Nazarbáyev decidió llamarla Astaná, que significa «capital». Recuerdo que en aquel momento pensé en lo irónico de todo cuanto me sucedía: nací en una ciudad muerta, crecí en un mar muerto y acababa de llegar a otra ciudad a la que sus habitantes seguían refiriéndose como «La Tumba».

Pero lo cierto es que en esa tumba fue donde me convertí en lo que ahora soy.

5. INCURSIÓN NOCTURNA

Llegó con algo más de diez minutos de retraso, pero Perdomo estaba esperándolo con las manos metidas en una chaqueta negra que le llegaba hasta las rodillas y una gruesa bufanda gris oscuro que solo dejaba a la vista sus ojos y su calva, reluciente bajo la luz ocre de una farola. Llevaba una mochila en bandolera. Zacarías detuvo el vehículo a su lado y el otro subió.

—No hace tanto frío.

—Sí que lo hace.

—¿He interrumpido algo interesante?

Perdomo se aflojó la bufanda y sonrió a través de una barba algo descuidada.

—Tú y yo tenemos conceptos diferentes sobre lo que es interesante y lo que no lo es, jefe.

Zacarías aceleró por la calle desierta.

—O sea, estabas viendo una de tus películas antiguas, ¿me equivoco?

—Ya no se hacen películas así.

—¿Cuál era esta vez?

—*Rashmon*, de Kurosawa. Una maravilla, rodada hace casi un siglo.

—No la he visto.

—No me extraña viniendo de ti, jefe. ¿Qué sabes del cine del siglo XX?

—Que es antiguo.

Perdomo negó con gesto de desconsuelo.

—*Rashmon*, película número trece en la filmografía de Akira Kurosawa, rodada en 1950 y protagonizada por Toshiro Mifune. Cuenta cuatro versiones de una misma historia: el asesinato de un samurái. La versión de la mujer de la víctima, la del asesino, la de un testigo de los hechos y la del propio samurái.

Puedo pasártela, si me prometes que vas a verla.

—Ya te la pediré otro día. —Su acompañante refunfuñó—. Ahora no tengo tiempo de ver películas.

—¿Adónde vamos?

—No muy lejos. Ya casi estamos.

Zacarías solo recurría a Perdomo cuando su instinto lo obligaba a rebasar los márgenes que marcaba la ley. Se habían conocido cuatro años antes, cuando al investigador privado lo habían arrinconado en un callejón tres tipos contratados por un empresario cuyas aspiraciones políticas se habían visto irremediabilmente interrumpidas como consecuencia de un negocio turbio que Zacarías había sacado a la luz. La casualidad quiso que Perdomo se asomase, atraído por el alboroto, y decidiera unirse al bando más débil. Le gustaban las peleas y las causas perdidas. Aunque su aportación sirvió para nivelar un poco las diferencias, al final acabaron los dos tirados en el suelo con sendos labios partidos, ojos morados y varias magulladuras repartidas por todo el cuerpo.

Perdomo era un tipo extraño, con músculos de boxeador encerrados en un cuerpo de reducida estatura, apenas un metro sesenta. Poseía una habilidad innata para meterse en líos y en casas ajenas. No tenía reparos en dar palizas, y no pocas veces había sido él quien las había recibido. Por lo que Zacarías sabía, no tenía amistades, no tenía pareja ni familia, no tenía principios, pero tenía su plena confianza.

Localizó una plaza de aparcamiento al principio de la calle y detuvo el coche. Faltaban pocos minutos para las cinco.

—Hemos llegado —dijo.

—¿Qué quieres que haga?

* * *

Guillermo Bermúdez García no podía conciliar el sueño. En su cabeza se agolpaban un montón de ideas confusas, algunas paranoicas, otras puramente demenciales. Se había pasado la tarde encerrado en casa buscando cualquier dispositivo de vigilancia, cámaras en miniatura ocultas y micrófonos, pero no había hallado nada, pese a que en su búsqueda había desmontado lámparas, descolgado cuadros y volcado sillones y mesas. Antes de acostarse había

comprobado y revisado infinidad de veces los cierres de todas las puertas y ventanas. Y, tal y como había hecho cada noche hasta que había cumplido los ocho años de edad, cuando vivía en otra ciudad, había abierto los armarios y se había agachado para otear bajo la cama. Nada. No había nada. Ningún monstruo acechándole. Pero, sin embargo, lo tenían cogido.

Le habían descubierto.

Su pasado estaba regresando. Por muchas capas de tierra que le había echado encima para mantenerlo bien enterrado, alguien lo había vuelto a sacar a la superficie.

Había muchas cosas en su pasado de las que se arrepentía, pero solo había una que lo atemorizaba.

Tumbado en la cama a oscuras, sus ojos se mantenían fijos en el techo de escayola como si fuera una pantalla de plasma en la que aparecían en rápida sucesión imágenes de su vida. Recuerdos. Había sido un estúpido. No se había implantado el IMD2 por decisión propia, no era tan mayor como para sufrir lagunas de memoria; no había sido algo voluntario como cuando se había comprado un coche de lujo, un ordenador de última generación, gafas de grafeno óptico y todas y cada una de las novedades tecnológicas nada más aparecían en el mercado. El único partido que le había sacado al IMD2 había sido el de visionar hasta el hartazgo algunos episodios de su propia vida, conversaciones con su exmujer, sus últimos encuentros íntimos, su adiós, las citas con prostitutas que se habían sucedido a un ritmo más o menos estable desde que se había mudado a Alicante, escenas todas ellas en las que él no salía. Como mucho, las manos, un fragmento de piel aquí o allá. Y ahora ese aparato endiablado lo había metido en un atolladero del que ignoraba cómo podría salir bien parado. Debería haberse deshecho de él cuando le dio carpetazo a todo.

Cerró los ojos, pero no para dormir. Para llorar. Si la estupidez se pudiera cuantificar, él tendría cerca del límite máximo. Pensándolo ahora, su vida se reducía a una concatenación de errores y cobardías. Y aciertos, se dijo. Algunos aciertos. Entre ellos, un acierto que era el mayor error de todos.

La primera lágrima se escurrió entre sus pestañas al mismo tiempo que se producía el primer ruido.

Abrió los ojos y se sentó en la cama. Había sido una especie de crac, un crujido. Pero ahora reinaba el silencio. Podría haber sido uno de esos ruidos

nocturnos de las casas. Todas las casas emiten ruidos extraños por las noches, zumbidos de los electrodomésticos, lamentos de las paredes, quejidos de las tuberías...

Se levantó y fue hasta la puerta del dormitorio. Acercó la cabeza y escuchó, sujetando la manivela del pomo. Silencio. Los únicos sonidos que oía ahora eran el desbocado martilleo de su corazón y el flujo vertiginoso de la sangre en sus venas.

Volvió a la cama. Volvió a sus recuerdos. Recuerdos para los que no le hacía falta el IMD2.

El puto IMD2.

Como en un juego macabro, una tortura psicológica que se infligía a sí mismo, el primer error que surgió en su galería de recuerdos fue uno absurdo. O no tanto. Una chica de su clase en el instituto... ya no podía acordarse del nombre, Mónica, o Maribel, o Míriam, algo con M. Había reunido valor durante semanas para pedirle que saliera con él, la había cogido del brazo en la escalera, entre clase y clase, y cuando empezó a hablar, el grupo de amigas había tirado de ella hacia los aseos. Lo habían dejado con la palabra en la boca, y pudo escuchar sus risas al otro lado de la puerta con nitidez. Más tarde, en el siguiente cambio de clases, ella se le acercó. «¿Ibas a preguntarme algo antes?». «No». Le dijo que no, que ya no importaba, y entonces distinguió algo en sus ojos. Nunca supo qué era, pero cada vez que recordaba aquel momento se decía que era decepción. Decepción en los ojos de Mónica, o Míriam o Maribel. La primera de las personas a las que había decepcionado. Ella seguramente ya no lo recordaría a él. O sí, tal vez sí. Pero recordaría a un muchacho tímido, introvertido, a alguien que ya no existía.

Luego decepcionó a sus padres, a su mujer, a los pocos amigos que tuvo, y también a sí mismo.

Ruido. Una repetición del que había oído antes.

Se esforzó en convencerse de que era su imaginación jugándole malas pasadas y se obligó a no levantarse para ir a comprobar que todo estaba bien. Seguro que todo estaba bien, seguro que no pasaba nada.

No obstante, su intranquilidad pudo más y finalmente le hizo ponerse en pie y recorrer la escasa distancia que lo separaba de la ventana. El exterior estaba en tinieblas, no había rastro del amanecer y las farolas apenas iluminaban, pero el mundo parecía estar en calma. No había nadie allí fuera.

Nada que temer.

Debería estar muerto. En cierto modo lo estaba.

De nuevo fue a la cama y se deslizó bajo el edredón. No volvería a moverse hasta que el sueño lo arrastrase consigo. Le vendría bien descansar, lo ayudaría a calmarse. Llenó sus pulmones de aire y lo fue soltando poco a poco, para relajarse. Repitió la acción varias veces. No abriría los ojos otra vez. Por la mañana decidiría qué hacer: seguir esperando, o huir. Pero ¿huir a dónde? Si ya le habían robado sus recuerdos, ¿dónde podía esconderse esta vez?

Otro ruido. Sus párpados se estremecieron pero se negó a abrirlos. Estaba paranoico.

Pero ahora el ruido se alargó. ¿Eran los latidos de su corazón o las pisadas de un intruso en los peldaños de la escalera? El siguiente ruido fue el de la puerta de la habitación al recibir el impacto de una patada desde fuera.

Al abrir los ojos solo tuvo tiempo de ver una sombra enmascarada que se abalanzaba sobre él y lo golpeaba sin miramientos en la cabeza. A continuación una mano férrea le agarró la mandíbula y apretó un paño contra su nariz, torciéndosela. Guillermo Bermúdez García notó la humedad del paño y reconoció el olor. Cloroformo. Sintió pánico. «¿Qué van a hacerme?». La voz solo atronó dentro de su cabeza, y de repente le pareció que era otro quien gritaba y forcejeaba desesperado. Su consciencia se fue diluyendo como la de un ahogado.

No percibió que lo volteaban para ponerlo boca abajo sobre la cama y le apartaban el pelo encanecido que le cubría la nuca. A su asaltante le llamó la atención descubrir dos cicatrices en lugar de una sola, una visiblemente más reciente, pero curada y cerrada por completo. Torció el gesto, pero no era parte de su trabajo realizar conjeturas. Maniató a su víctima y salió del dormitorio para recoger la bolsa que había dejado en el pasillo. De ella extrajo un bisturí, gasas, hilo de catgut para suturas quirúrgicas, solución de glicerol, pinzas y guantes. Lo dispuso todo sobre el edredón y preparó una jeringuilla con un relajante muscular a base de tubocurarina.

En menos de dos minutos había realizado el corte y había extraído el IMD2. Aplicó suero fisiológico a la herida y la tapó con una gasa impregnada de povidona yodada. Luego se sentó en el suelo e introdujo el IMD2 en un visor-grabador. La operación de copiar todo el contenido ocupó apenas otro

par de minutos, después de lo cual volvió a insertarlo en la nuca de su víctima, cerró la herida y deshizo el nudo de la cuerda con la que lo había atado.

—Dulces sueños —murmuró mientras recogía todo y se marchaba.

* * *

Zacarias tenía los codos apoyados sobre la mesa de grafeno de su salón y contemplaba la imagen digital del tablero de ajedrez en el que Nimbo había dispuesto las piezas de acuerdo con los movimientos que habían llevado a cabo hasta el momento.

Tenía algo de sueño, pero imaginaba que no tardaría mucho en recibir una llamada de teléfono, así que había decidido no acostarse.

El amanecer se desplegaba sobre la ciudad con la parsimonia de un holgazán, y el mundo se teñía de un gris azulado antes de adquirir su verdadero color.

—El café y las tostadas están listas —informó Nimbo.

—Gracias. Envíale un mensaje a mi madre con mi movimiento: Peón come Peón. C-5 a D-4.

—Muy bien. ¿Quieres decirle algo más?

—Dile que todavía no sé si podré ir hoy a verla. Que lo intentaré. —Pasó la mano sobre la superficie de la mesa y el tablero de ajedrez desapareció. Luego fue a la cocina para tomarse el desayuno.

Cuando la taza de café estaba casi vacía y de la primera tostada solo quedaban unas migas en el plato, sonó el teléfono. Dejó que el timbrado se repitiera dos, tres veces.

—Contesta tú y conecta el altavoz. Di que estoy en la ducha.

—Muy bien.

La voz temblorosa de Guillermo Bermúdez García se escuchó con nitidez en la cocina, como si estuviera allí, sentado ante él:

—Señor Buenaparte, soy Guillermo Bermúdez. Anoche me atacaron... Entraron en mi casa y me drogaron. Necesito su ayuda, por favor. No me han robado, no se han llevado nada, pero... Por favor, ¿puede ayudarme en esto? ¿Podemos vernos?

Se hizo el silencio, pero la llamada no se cortó. Se oía la respiración

agitada de Bermúdez al otro lado. Su estado de nervios era patente. Zacarías dejó la segunda tostada, que había mantenido entre sus dedos sin llegar a llevársela a la boca, y se puso en pie. Su teléfono móvil estaba conectado al fijo en el salón, de modo que Nimbo podía atender las llamadas que se recibiesen en cualquiera de ellos. Cogió el pequeño aparato y habló:

—Señor Bermúdez, buenos días.

—No... no son buenos. ¿Ha oído lo que estaba diciéndole a su contestador?

—Sí. ¿Se encuentra bien?

—Nunca me habían atacado. Se suponía que mi casa era segura.

Zacarías esbozó una sonrisa ante semejante ingenuidad.

—Hoy en día todo es seguro, y nada lo es. Decía usted que no le han robado.

—Han sido ellos, señor Buenaparte. Me han... Al despertarme creí que me habían extirpado el maldito dispositivo de memoria, el IMD, pero he comprobado que lo sigo teniendo. Sin embargo, me han hecho un corte y me han vuelto a coser.

—Tranquilícese. ¿Está en su casa?

—Sí.

—Vaya a una cafetería, elija una en la que haya bastante gente. Yo necesito un poco de tiempo. Lo llamaré y le diré a qué hora podemos vernos.

—Por favor...

—Será lo más pronto posible, señor Bermúdez. Mientras tanto, rodéese de gente, no se quede solo. Y recuerde, elimine esta llamada de su IMD en cuanto cuelgue el teléfono.

—Sí, de acuerdo, lo haré enseguida.

—Salga de su casa y haga lo que le he dicho. No hable con nadie hasta que yo lo llame.

Colgó y se mordió el labio, pensando. Sabía que Nimbo aguardaba, del mismo modo que sabía que no le preguntaría sobre la conversación que acababa de producirse.

—Vuelve a mandarle un mensaje a mi madre para que lo oiga cuando se despierte. Dile que seguro que no podré pasarme hoy.

—Muy bien.

- Necesito una ducha larga y caliente.
- ¿Otro café? Percibo cansancio e inquietud en tu voz.
- Café y zumo de naranja.
- Estará listo cuando salgas de la ducha.

Antes de encender el motor del coche, marcó el número de Perdomo. Su ayudante tardó tanto en contestar que empezó a preocuparse.

—¿No estarías durmiendo? —preguntó cuando al fin oyó la voz ronca del otro.

- Por supuesto que no. Sabes que el sueño y yo no hacemos buenas migas.
- ¿Tienes algo?

—Sí, un montón de basura monótona y aburrida. Escenas subidas de tono con una amplia galería de prostitutas, una de las cuales aparece con cierta asiduidad. Conversaciones con vecinos y demás, una discusión con un conductor semiadolescente. Nada que pueda ser de tu interés.

—¿Te queda mucho por revisar?

—Tres cuartas partes, o más. Este tipo no borra nada. Lo suyo puede calificarse de síndrome de Diógenes informático.

—Ya, ve al principio de los tiempos y empieza desde ahí. —Antes de pulsar el botón de fin de llamada, se le ocurrió una idea—: Oye, ¿tienes el nombre de esa chica, la que se repite?

—Valery. Claro, que si ese es su nombre verdadero yo soy el papa y te estoy hablando ahora mismo desde el Vaticano.

—¿No hay nada más sobre ella?

—Imágenes para dar y tomar. Desde todos los ángulos. ¿Quieres copia? Tiene un cuerpo bonito y no he visto señales de pinchazos.

—Déjate de tonterías. ¿Tienes el número de contacto?

—Sí, ¿apuntas?

Zacarías tecleó en la memoria de su móvil el número que Perdomo le dictó.

—Vale, lo tengo.

—¿Crees que ella puede tener algo que ver?

—La verdad, Perdomo, es que no tengo ni idea. Todavía no sé de qué va esto y cada vez me pica más la curiosidad.

—Sigo buscando.

—Sí, y llámame en cuanto encuentres algo que te parezca interesante.

—A la orden, jefe.

Colgó, pulsó el contacto y pisó el acelerador. Eligió la ruta más larga pero menos frecuentada para llegar a la costa, una avenida que partía en dos lo que a finales del siglo XX había sido una extensión infinita de campo reseco, y a comienzos del XXI era una sucesión incongruente de urbanizaciones de lujo que ahora se hallaban parcialmente abandonadas. Cuando él era un niño había habido un momento en el que casi todo el mundo se había creído rico y había gastado lo que no tenía. Luego había llegado la hecatombe financiera y varios años de crisis, tras las cuales, nadie había aprendido nada. Menos de una década después se había repetido, y cuando todos daban por hecho que la recuperación estaba de nuevo en marcha, había aparecido el virus. Ahora, otra vez, la gente vivía como si una futura crisis económica fuera imposible. La pandemia, en cambio, sí había dejado mellas indelebles. No era lo mismo ver a alguien arruinado, sin hogar, pidiendo limosna en un semáforo o en la entrada de un supermercado, que un grupo de cadáveres deformes cubiertos de moscas. Unos se volvían invisibles, mientras los otros se quedaban grabados en las retinas. Solo los que habían nacido después del brote podían cerrar los ojos al irse a dormir sin que apareciesen las imágenes de los moribundos y los muertos.

Una de las que Zacarías solía ver era la de su padre.

Estaba bien cuando él regresó de Estados Unidos. Fue a verlo al poco de llegar, la relación entre ambos nunca había sido buena y se había convertido en casi inexistente cuando Manuel Buenaparte había hecho sus maletas y se había ido de casa para intentar disfrutar de una segunda juventud junto a su amante; pero Zacarías había pensado que, dada la epidemia, lo mínimo era pasarse a verlo. Comprobar que estaba bien de salud, rendir cuentas de su estancia en América, interesarse por su trabajo y despedirse hasta un futuro encuentro. Contra su voluntad, la pareja de su padre, que apenas tenía diez años más que él, le cayó simpática. Hasta entonces jamás habían hablado, si acaso algún saludo breve y nada más, pero se mostró como una excelente cocinera y una mejor anfitriona, que se esforzaba por reconducir la conversación entre padre e hijo cuando se plagaba de vacíos y silencios. Ella estaba horrorizada por los estragos de la enfermedad letal, él parecía más

amargado por darse cuenta de que su juventud, por mucho que pretendiera estirarla como una goma elástica, era definitivamente parte del pasado, y Zacarías, por su parte, no sabía aún cómo enfrentarse a un mundo nuevo en el que la muerte había dejado de ser algo que solo afectaba a otros.

Fue ella, Virginia, quien lo llamó algunas semanas más tarde.

—Tu padre está enfermo. Se ha pasado la noche tosiendo. Llevamos todo el día en el hospital... —La pausa se hizo eterna—: Dicen que es el virus.

—Se suponía que ya no era contagioso —dijo él, pero no hizo falta que Virginia le respondiera. El propio Zacarías era consciente de que seguían produciéndose infecciones y muertes. El virus no se había extinguido por completo, continuaba apareciendo aquí y allá, como un Gadiana letal. Los expertos advertían de que podían producirse todavía miles de fallecimientos más, porque había un porcentaje muy alto de infectados que aún no habían desarrollado la enfermedad.

Murió cuarenta y ocho horas después de ingresar en el hospital, reducido a una pústula sangrante que lo cubría por completo. Fue una de las últimas víctimas mortales de la pandemia.

De su funeral, Zacarías guardaba tres recuerdos:

El abrazo sincero que su madre le dio a aquella joven por la que su marido la había abandonado.

Su total incapacidad para descifrar los sentimientos que bullían en su interior. Lo único que tenía claro era que no poseían la misma intensidad que cuando había sabido de la muerte de Mary Ann y había visto el rostro descompuesto de Iker.

Y el fuego. Un fuego que en realidad no había visto. El féretro donde yacía su padre había desaparecido tras una compuerta, arrastrado por un mecanismo de poleas sobre un par de raíles que le hicieron pensar en un ferrocarril de juguete, pero no llegó a ver las llamas que se aprestaban a devorarlo. Los gobiernos habían dado orden de que todos los fallecidos a causa de la pandemia fuesen incinerados.

A Virginia no volvió a verla. El suyo era otro de los rostros que se habían asomado un instante a su vida y que luego habían desaparecido para siempre.

A través de la ventanilla del coche vio el fuego de una hoguera en el lateral de una de las casas abandonadas. Muchas de ellas estaban ocupadas por inmigrantes llegados de todas partes, otras por parados desahuciados.

Algunas de las casas de lujo construidas en la última y fugaz época de bonanza económica eran ahora el alojamiento de los necesitados.

No mucho más allá comenzaba la zona de exclusión. Los muros que cercaban la ciudad no se veían desde la carretera, pero todos eran conscientes de que estaban allí. Y, al otro lado vagaban los infectados. Había curiosos que se acercaban hasta allí para observarlos, pero la gran mayoría de la gente prefería ignorarlos. Zacarías aprovechó la escasez de tráfico para acelerar por encima del límite permitido y alejarse de allí.

El mar era otra de las cosas que había cambiado. El de su infancia era azul, mientras que ahora lo mejor que podía decirse de su color era que en los atardeceres adquiría una tonalidad parecida al púrpura, pero el resto del día era de un color terroso, y de noche de un negro amenazador. Ya no era un privilegio tener una casa en la misma orilla, todo lo contrario. El hedor era a menudo insoportable. Los vertidos descontrolados durante años, sumados a la explosión de la plataforma petrolera de Al Bouri, en Libia, y las erupciones casi simultáneas de los volcanes Stromboli y Marsili, en la costa occidental de Italia, habían acabado con aquel mar que había sido cuna de la civilización.

Detuvo el coche en una zona de aparcamiento vacía y permaneció un rato sentado, con el motor apagado. Frente a él, el Mediterráneo se extendía como un recuerdo defectuoso de lo que había sido, ondulado por las suaves crestas de las olas que iban a romper en las rocas del malecón. Delante mismo del morro del vehículo nacía un paseo marítimo de varios kilómetros de longitud que se había empezado a construir quince años atrás, cuando el ambicioso alcalde Sopena se había dejado convencer por los planes urbanísticos de un grupo de constructores que le habían sufragado su campaña electoral. Antes de que estuviese terminada la urbanización del paseo, la pandemia y las erupciones volcánicas habían provocado su abandono. Zacarías recordaba los tiempos en los que toda la costa levantina era invadida por cientos de miles de veraneantes, gentes del interior de la península y turistas extranjeros que se adueñaban de cualquier porción accesible de arena durante los meses de calor y luego se marchaban dejando tras de sí un aroma a crema bronceadora y un rastro de plásticos vacíos. Ya nada de eso volvería a repetirse en mucho tiempo, en generaciones. Nadie se acercaba ahora a la costa mediterránea si podía evitarlo. La cuna de la civilización se había convertido en un abismo al que no querían asomarse. Un recuerdo de las cosas mal hechas y de la fuerza

incontrolable de la naturaleza. Una ventana abierta al fin del mundo.

Reclinó el respaldo hacia atrás y cerró los ojos. Había llamado a Bermúdez y le había dicho que se reuniese con él allí, pero sabía que aún tardaría un buen rato en llegar.

Intentó concentrarse en lo que le diría, en lo que había descubierto sobre él, pero su mente divagó hacia movimientos de ajedrez, y acto seguido, hacia la nada. No se resistió al sueño porque sabía que unos minutos de descanso le harían bien.

Un par de toques suaves en el cristal de la ventanilla le hicieron despertar con un sobresalto. El exceso de luz que le rodeaba y la sombra que se inclinaba sobre él le impidieron comprender dónde se encontraba hasta varios segundos después de haber abierto los ojos. La sombra le hablaba, pero el sonido le llegaba distorsionado.

Parpadeó y se incorporó en el asiento. Estaba en su coche, en un aparcamiento solitario frente a un mar muerto. La sombra la proyectaba Guillermo Bermúdez García, o, más bien, su fantasma. El hombre que utilizaba el nombre y la identidad de un muerto. Su rostro mostraba preocupación, impaciencia y miedo. Sobre todo, miedo.

—¿Está bien, señor Buenaparte?

Zacarías abrió la puerta y se apeó del vehículo.

—Sí. He aprovechado para recuperar un poco de sueño atrasado.

—He tenido que coger un taxi para venir aquí. Esto está en mitad de ninguna parte. ¿Por qué me ha citado aquí?

—Es un buen sitio para hablar a solas. Ningún bar es seguro al cien por cien, ni tampoco una calle de la ciudad.

—¿Sistemas de escucha?

—Los hay por todas partes. Aquí no, esto es un vestigio de la ciudad que iba a ser y no fue. A nadie le interesa oír las cosas que se dicen aquí.

Por las mañanas, el paseo marítimo solo era utilizado por aficionados al ciclismo o al *running*. Cuando caía la tarde, se convertía en territorio de chaperos.

—No sé qué hacer —empezó Bermúdez—. Me han quitado el IMD y me lo han vuelto a colocar. No lo entiendo. No se me ocurre... Pensé que podrían

haberme colocado otro distinto, pero no. Es el mismo que ya tenía, con todos mis recuerdos.

Zacarías se encogió de hombros.

—¿Pudo ver a su atacante?

—Llevaba el rostro tapado, y me golpeó en la cabeza antes de drogarme con cloroformo. —Ahora Zacarías asintió—. ¿Por qué lo hicieron? ¿Por qué? No tiene sentido, ¿verdad? Ya tenían acceso a mi IMD, así que ¿por qué...?

—Eso no importa en este momento.

—¿¿Cómo?! ¿Cómo que no importa?

—Cuénteme la verdad. —Bermúdez le mantuvo la mirada un instante, dubitativo, y luego sus ojos buscaron otro objetivo—. Usted me ha mentado. Dígame la verdad o nuestra relación termina aquí mismo.

—La verdad —murmuró el otro, como para sí mismo—. La verdad a veces es un infierno.

—La verdad es lo único que puede hacer que siga con usted, señor Bermúdez, o como quiera que se llame. —Los ojos de su interlocutor volvieron a él impulsados por un acto reflejo—. No sé de qué va este asunto y eso no me gusta. No puedo realizar una investigación sin saber qué es lo que estoy buscando. Me ha contratado para ayudarlo, pero no ha sido sincero conmigo. Quiere que proteja sus recuerdos, pero no me gusta que me engañen y no trabajo para quien lo hace.

—Son mis recuerdos. Usted me dijo en su oficina que no tenía por qué contárselo.

—Cierto. Pero de ayer a hoy he descubierto una cosa. Los recuerdos que usted tiene no son los recuerdos de Guillermo Bermúdez García —sentenció Zacarías. El hombre entreabrió la boca sin llegar a decir nada—. ¿Quién es usted en realidad?

—¿Qué...? Se equivoca.

—Está utilizando el nombre de un muerto. Guillermo Bermúdez García falleció en la pandemia, en 2029. Hubo tantos muertos en tan poco tiempo que mucha gente aprovechó para cambiar de identidad. Personas que huían de algo, tipos que habían cometido crímenes sangrientos, banqueros que se habían forrado y estaban siendo investigados. ¿Alguno de esos casos fue el suyo?

—Yo no... No... Yo...

—Dígame la verdad y quizá pueda seguir contando conmigo. Si vuelve a mentirme, olvídese de mi ayuda.

El hombre negó repetidamente con la cabeza, con gesto aturdido. El viento soplaba con fuerza y le hinchaba la chaqueta como si lo invitara a volar, pero se sentía atrapado entre las cuatro paredes de un zulo de reducidas dimensiones.

—¿Y si la verdad no le gusta? ¿Me seguirá ayudando entonces, si la verdad es demasiado horrible?

—Puede. Si me paga lo suficiente.

Zacarías Buenaparte se había convertido en un investigador privado muy particular. No aceptaba todos los casos que le llegaban, solo aquellos que despertaban su interés, y, cuando lo consideraba necesario, no tenía reparos en extralimitarse o sacar provecho de modos no del todo legales.

—¿Me lo promete?

—No.

—La única forma que tengo de obtener su ayuda es contarle la verdad, pero cuando la oiga, tal vez no quiera ayudarme.

Zacarías asintió.

—Tengo pocos escrúpulos, pero todavía me quedan algunos —dijo. Los ojos del otro se humedecieron. Parpadeó para retener las lágrimas, mientras Zacarías le preguntaba—: ¿Qué fue lo que hizo que le llevó a robar la identidad de un muerto?

—Creí que lo descubrirían, por eso...

El teléfono móvil de Zacarías comenzó a sonar en su bolsillo. Estuvo a punto de cortar la llamada sin comprobar quién era, convencido de que se trataba de su madre, ansiosa por continuar la partida, pero lo pensó mejor y miró el número que aparecía en la pequeña pantalla. Era el de Perdomo. Aceptó la llamada y se llevó el aparato al oído:

—Dime cosas.

—Jefe, escucha —la voz de Perdomo sonó ansiosa—, los recuerdos de tu cliente no encajan. Alguien ha estado trasteando en su IMD antes que yo. Pero...

—Espera, ¿qué quieres decir?

—He encontrado recuerdos falsos.

—Explícate, Perdomo. Ahora mismo estoy...

—¿Estás con él?

—¿Qué?

—¿Estás con ese tipo?

—Sí. ¿Qué ocurre?

—¡Mátalo!

Zacarías dirigió los ojos hacia el hombre que tenía enfrente, que le devolvía la mirada lleno de inquietud.

—¿Me oyes, jefe?

—Te oigo.

—¡Mátalo, joder, mátalo!

Sin decir nada más, colgó y volvió a guardarse el móvil en el bolsillo. No llevaba ningún arma encima, pero superaba al otro en fuerza física. Su mano derecha se cerró en un puño. Llenó sus pulmones de aire y lo fue soltando con lentitud.

—Tiene cinco segundos para empezar a hablar. Le voy a dar una oportunidad. Dos, en realidad, dos oportunidades. Tiene cinco segundos para empezar a contarme la verdad, solo la verdad. Depende de cuál sea esa verdad, puede que decida ayudarlo. Esa es su primera oportunidad. La segunda es que si lo que me va a contar tiene alguna relación, la mínima que sea, con pederastia, le aconsejo que emplee los cinco segundos que le concedo para echar a correr, porque lo mataré a golpes aquí mismo.

—¡Por Dios! ¡No...! ¿Pederastia? ¡No soy un maldito pederasta! ¡Dios mío! Yo no... No le haría daño... ¡Nunca quise hacer daño a nadie...!

—Entonces empiece a hablar. Uno... dos... tres...

6. EL CABALLO DE COLOR PÁLIDO

Guillermo es mi verdadero nombre. Los apellidos no. Pensé que me resultaría más sencillo acostumbrarme así, si el nombre de pila coincidía con el original. También coincidían otras cosas, como la edad. Guillermo Bermúdez García nació en octubre del 99; yo, en febrero de ese mismo año. Le sacaba ocho meses y le sobreviví. Y me aproveché de su muerte.

Durante mi infancia y mi juventud, solo destacué por una cosa: mis calificaciones académicas. Fui un superdotado para las ciencias, las Matemáticas no tenían ningún misterio para mí, pero lo que más me atraía era la Química y la Biología. No había nada más en mí que llamase la atención, ni mi carácter, ni mi sentido del humor, ni mi físico. Siempre fui una persona muy introvertida. Mi incapacidad para abrirme a los demás me llevó a concentrarme con más ahínco en los estudios, y eso, irónicamente, me convirtió en una pequeña celebridad. Momentánea, claro. Fui uno de los estudiantes de Secundaria con mejores calificaciones de toda Europa, lo cual hizo que varias universidades importantes me ofrecieran una beca. Me decanté, en primer lugar, por Cambridge, pero tras dos años allí me fui a Berkeley, la mejor universidad en lo que a Química se refiere. Estudié allí siete años.

Antes de concluir mis estudios, ya había una amplia lista de laboratorios ofreciéndome contratos en condiciones que no se me habría ocurrido ni soñar, pero los rechacé a todos. Quería obtener mi título antes de lanzarme al mercado laboral. Se lo debía a mis padres.

Ninguno de ellos había llegado a la universidad. Los dos tenían mentes más bien mediocres, hasta tal punto que supongo que era una especie de milagro o una broma del destino que un superdotado como yo fuese el producto de la unión de sus genes. Regentaban una ferretería. Sabían de

bricolaje: tuercas, tornillos, alcayatas, bombillas... Lo único que ellos querían era tener un hijo con titulación universitaria. Y no pude dárselo.

Incomprensible, ¿verdad? Era un superdotado, apenas necesitaba estudiar para saberlo todo. Era como si los conocimientos ya estuviesen en mi cabeza, sentía que solo tenía que abrir una puerta y allí estaba todo. Mi mente era un gabinete con miles de cajones donde toda la información estaba perfectamente ordenada. Ni siquiera tenía que esforzarme por buscar el cajón correcto, se abría solo y la información se desbordaba de su interior. Pero sucedió algo inesperado durante mi estancia en Berkeley. ¿Se lo imagina? Descubrí la vida. Descubrí, de pronto, que había todo un mundo esperándome. Descubrí la noche, las fiestas universitarias, descubrí el sexo. Y, por extraño que parezca, descubrí que alguien se había enamorado de mí. Ocurrió todo de forma tan repentina que me perdí. Como si a alguien que ha vivido encerrado en una caverna le permitiesen salir de pronto y ver lo que se ha estado perdiendo. Y no solo verlo, sino también participar en ello.

Mi último año en la universidad solo puede calificarse de descalabro. Suspendí exámenes por primera vez en mi vida; a otros, ni tan siquiera me presenté.

El desastre fue de tal magnitud que me amenazaron dos veces con expulsarme. Varios profesores intentaron reconducir mi comportamiento, hacerme ver que me interesaba, aunque fuese por puro egoísmo, volver a ser el estudiante que había sido. Lo intenté. Poco, pero lo intenté. El caso es que muchos de los cajones de mi mente que hasta entonces habían estado siempre llenos de información, ahora se abrían para mostrarme el vacío, o botellas de alcohol, invitaciones a fiestas, escenas de sexo desenfundadas...

Había días de los que no guardaba el menor recuerdo. El alcohol lo borraba todo. A algunos de mis compañeros de juerga les pasaba lo mismo, así que un día uno lo sugirió: ¿por qué no nos comprábamos un IMD? Como quien se hace un tatuaje por culpa de una apuesta o quien recorre el campus en cueros en plena madrugada para demostrar que no se arredra ante nada. Al final no lo hice, igual que había surgido la idea, quedó en el olvido.

La tercera amenaza se hizo realidad. Me expulsaron de Berkeley por conducta inapropiada.

Fue patético. Incluso el día que recogía las cosas de mi habitación estaba borracho. No me daba cuenta de lo que ocurría.

Necesité casi una semana para comprender que había enterrado mi carrera y mis posibilidades de triunfar en el campo que tanto me gustaba. Sí, podría haberme licenciado en alguna otra universidad, aquí en España, por ejemplo, pero no lo hice. Ni siquiera regresé a casa. Me quedé en California, lamentándome y lloriqueando.

No les dije nada a mis padres. No me atreví. Pero, por supuesto, acabaron enterándose. Los había decepcionado y no me lo perdonaron jamás. Habían vertido todas sus esperanzas en mí, y yo me había dejado seducir en el último momento por la vida nocturna.

Para rematar mi estancia en California, me casé. No fue algo premeditado, pero es lo único de lo que hice allí de lo que no me arrepiento. La chica con la que estaba saliendo cuando me expulsaron de la universidad me acogió en su casa. No me planteé pedirle matrimonio, estaba convencido de que acabaría por hartarse de mí tarde o temprano, pero, por alguna extraña razón que escapaba a mi comprensión, estaba perdidamente enamorada de mí y soportó mis lamentos y mi comportamiento vegetativo durante varios meses.

Fue ella la que se empeñó en que nos casásemos. Y no pude ni quise negarme.

Entonces recibí el mensaje que habría de cambiar mi vida. Pensé que, sin duda, los cambios serían para mejor, y lo fueron. Al principio. Era mi sueño hecho realidad. Ella continuaba en la universidad, y un día volvió de clase con la carta en la mano; se la había entregado uno de mis antiguos profesores. El mensaje procedía del Departamento de Recursos Humanos de Minotauro.

—Un momento, espere.

—¿Qué? —balbuceó Guillermo, parpadeando, incapaz de regresar al paseo marítimo desde la profundidad de sus recuerdos.

—Viene alguien.

Un hombre avanzaba en su dirección. A Zacarías le llamó la atención el hecho de que su aspecto no parecía el de la típica persona dada a ocupar su tiempo paseando, mucho menos por aquel lugar tan apartado del núcleo urbano. Y no le gustó su forma de caminar, como si lo empujase una prisa irresistible. Desde que lo había visto apenas había prestado atención al relato de su cliente.

—¿Conoce a ese tipo? —preguntó.

Su acompañante miró al extraño.

—No. Es un crío.

Era muy joven, en efecto. No tanto como para ser considerado un crío, pero sí un veinteañero. Tal vez se había perdido en aquel viejo paseo marítimo que ya casi nadie frecuentaba. O posiblemente fuera un chapero en busca de clientela.

Zacarías le permitió llegar hasta ellos, observándolo con atención, pero enseguida comprendió su error. Cuando aún estaba a diez o doce metros, el desconocido hizo un movimiento con su brazo derecho hacia atrás y de pronto apareció en su mano un objeto metálico que emitió un resplandor al recibir el impacto del sol.

Una pistola.

Apuntar y disparar fue una misma cosa. Zacarías sintió una llamarada horadándole el estómago y oyó un grito que no era suyo. Se dobló por la cintura y cayó al suelo, primero de costado y luego boca arriba. Su boca se impregnó de un desagradable sabor a herrumbre.. No oyó un segundo disparo, pero sí una voz distorsionada que no pudo entender, aunque supo que no le hablaba a él. Su visión se fue emborronando hasta fundirse a negro.

Una debilidad inmensa se había adueñado de todo su cuerpo. Necesitaba dormir. Quería dormir. Y soñar.

Le vencía el sueño. ¿O era la muerte?

7. LABERINTO

Abrió los ojos y lo primero que surgió ante él fue una sonrisa, lo cual era agradable después de la oscuridad sin sueños que lo había envuelto. Sintió también una ligera presión sobre el pecho y, al mirar hacia allí, vio una mano de mujer, una mano blanca y pequeña. La mano y la sonrisa de su madre.

Sus ojos volvieron a cerrarse y no supo cuánto tardó en volver a abrirlos, pero ella continuaba allí, igual que las veces en las que, de pequeño, un mal sueño le hacía despertar en mitad de la noche. Era siempre su madre la que se quedaba con él hasta que volvía a dormirse.

La habitación era la de un hospital.

—¿Cómo te encuentras?

Le llevó casi un minuto dar con la palabra adecuada:

—Raro.

—Has estado a punto. Me has dado un buen susto.

—Lo siento. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Tres días.

Cerró de nuevo los ojos. Los párpados le pesaban como losas.

—Quieren hablar contigo.

—¿Quién?

—La inspectora Guerrero.

En el campo de visión de Zacarías apareció una nueva figura. Una mujer delgada, con el pelo oscuro recogido en una coleta y ojos marrones. Su sonrisa de presentación fue efímera.

—Me alegro de que se encuentre mejor, señor Buenaparte. Como le acaba de decir su madre, necesito hacerle unas cuantas preguntas. Han pasado tres días desde que le dispararon, así que cuanto antes pueda facilitarme

información de utilidad...

—Pensé que iba a morir.

—Supongo que quien le disparó pensó lo mismo. Por eso no se preocupó de rematarle. Tuvo usted mucha suerte de que le encontrase un ciclista.

—¿Solo a mí? ¿Y el otro hombre?

—¿Quién? ¿Lo acompañaba alguien?

—¿No encontraron a nadie junto a mí?

—Solo estaba usted tirado en el suelo, señor Buenaparte. Dígame, ¿quién le acompañaba?

Zacarías recordó que el nombre que tenía era falso. Seguramente la policía no tardaría en averiguarlo, pero no le importaba.

—Me dijo que su nombre era Guillermo Bermúdez García.

La inspectora apuntó el dato.

—¿Fue él quien le disparó?

—No. Otro hombre, muy joven. No lo conocía.

—¿Sería usted capaz de reconocerlo si volviera a verlo?

Sería capaz de matarlo si volviera a verlo, pensó Zacarías. Se limitó a asentir.

—Dentro de un rato, un compañero le mostrará algunas fotografías, por si tenemos suerte con eso. Me ha dicho su médico que usted no lleva un IMD, ¿correcto?

—Sí. O sea, no.

—Esos cacharritos nos vienen muy bien para casos como este. Hemos atrapado a muchos criminales gracias al IMD de sus víctimas.

—Supongo que la mayoría de criminales serán conscientes de ello, ¿verdad? Algunos habrán aumentado la violencia de sus actos por culpa de los IMDs.

—Así es, sí —reconoció la inspectora—. Ahora muchos violadores se convierten en asesinos para arrancarle el IMD a sus víctimas.

—¿Significa eso que el agresor sabía que Zacarías no tenía un IMD? —intervino su madre—. ¿O que no teme ser identificado?

—No necesariamente. Bastaría con una simple inspección de la nuca para comprobar si lo tiene o no. La cicatriz es fácil de reconocer.

—Nunca he entendido esa moda de ponerse uno de esos aparatos.

—No le haga caso a mi madre, inspectora. Sigue leyendo libros en papel.

Delia Guerrero sonrió a la mujer sentada a los pies de la cama. No quedó claro en un principio si era un gesto de simpatía o de incredulidad, pero ella misma se encargó de explicarlo:

—Yo tengo algunos en casa. Los heredé de un tío mío.

—Entonces pertenecemos a la misma secta, inspectora —bromeó la madre de Zacarías.

—Bien, recapitulando, señor Buenaparte: usted estaba en el paseo marítimo con ese tal Guillermo Bermúdez García, una tercera persona les salió al paso y le disparó a usted. ¿Sin mediar palabra? —Zacarías asintió—. ¿Tuvo usted la impresión de que su acompañante, el señor Bermúdez, y esa tercera persona se conocían?

—No. Le pregunté y me dijo que no.

—¿Por qué estaban allí? Casi nadie va a ese paseo marítimo.

—El señor Bermúdez quería contratar mis servicios. Doy por supuesto que usted ya sabe a qué me dedico. —Ahora quien asintió fue ella.

—¿Por qué no se vieron en su oficina?

—Lo hicimos. Pero yo no estaba seguro de querer aceptar, así que quedamos por segunda vez.

—¿Para qué quería contratarle?

—Se sentía perseguido, decía que no sabía por qué ni por quién. —No era toda la verdad, pero sí la suficiente como para que la inspectora no pensase que no quería colaborar.

Delia Guerrero ocupó un par de minutos en repasar sus notas, tiempo que la madre de Zacarías aprovechó para estirar la sábana que cubría a su hijo.

—Dado su estado y las circunstancias, solicité una orden para comprobar el historial de llamadas de su móvil. Comprenda que durante las primeras horas su fallecimiento era más probable que su recuperación. La última que recibió fue de un usuario llamado Luis Ángel Perdomo. ¿Puede decirme qué le dijo?

«Mátalo». Eso era lo que le había dicho. «Mátalo, mátalo».

—No tuvo tiempo de decirme nada, le corté... porque en ese momento vi a mi agresor acercándose.

—Pero usted conoce a Luis Ángel Perdomo.

—Sí. En alguna ocasión ha colaborado conmigo.

—Extraña elección, señor Buenaparte. Entiendo que está al corriente del pasado de Perdomo. Tiene una amplia y variada serie de entradas en nuestra base de datos. Allanamiento, robo, drogas, peleas, apuestas ilegales...

—Sí, pero lleva tiempo sin meterse en líos.

La inspectora clavó los ojos marrones en Zacarías y este se sintió como si lo estuviera sometiendo a algún tipo de examen.

—Luis Ángel Perdomo fue hallado muerto hace tres días, señor Buenaparte. El mismo día que le dispararon a usted.

Zacarías le había pedido a su madre que pasase por casa para coger su ordenador portátil, y ahora contemplaba en la pantalla el tablero de ajedrez con los movimientos realizados hasta el momento. Después de haberse comido un peón de su madre, ella había reaccionado comiéndose al osado peón con su caballo. F-3 a D-4. Ahora volvía a ser el turno de Zacarías.

Durante años, desde que él contaba apenas cuatro o cinco, su madre le había instruido en los misterios de aquel juego de origen incierto, le había explicado paso a paso la relevancia y los movimientos de cada pieza, le había enseñado con paciencia infinita estrategias de ataque y cómo defenderse de ellas, y le había dicho que, cuando uno jugaba de verdad al ajedrez, todos los problemas externos desaparecían de su mente. Solo existía el tablero, las piezas repartidas por las sesenta y cuatro casillas y la intrincada red de movimientos pasados y futuros.

Una vez superada la infancia, en la que le dejó vencer con cierta frecuencia para que su mente infantil no se desanimase, Zacarías solo había obtenido la victoria en un par de ocasiones, y había perdido la cuenta de las derrotas, por lo que cuando conseguía que la partida terminase en tablas esbozaba una sonrisa que tardaba varios días en borrarle.

En esta ocasión, no obstante, no logró apartar de su mente todos los problemas del mundo exterior. Estaba en un hospital, reponiéndose de una herida que, según los médicos, había estado a milímetros de ser letal, en una habitación custodiada por un agente de policía que se suponía que estaba allí para protegerle por si su agresor decidía acabar su trabajo, pero que Zacarías sospechaba que también estaba para vigilarle: no sabía nada de Perdomo aparte de que estaba muerto y tampoco sabía nada de su cliente, ni siquiera si

seguía vivo. Así las cosas, concentrarse en la partida le resultaba imposible.

—Peón a G-6.

Su madre asintió en silencio. Era un gesto habitual, intencionado o no, cuando jugaban frente a frente, y Zacarías había llegado a creer que ella sabía de antemano todos los movimientos que él podía hacer en un momento dado, igual que todos los movimientos con los que ella podría reaccionar. En la cabeza de su madre había una serie infinita de jugadas. No necesitaba un IMD para recordarlas. El ajedrez era su pasión. No había tenido ninguna otra en la vida. En la cabeza de Zacarías bailaban una serie infinita de razones por las que Perdomo había sido asesinado y ninguna tenía que ver con él, pero intuía que todas eran falsas, que la verdadera y única razón por la que Perdomo había muerto era que él lo había involucrado en un caso del que no sabía nada. También poblaban su mente multitud de motivos por los que su cliente tenía miedo de sus recuerdos. Quizá ya nunca averiguase si alguno de esos motivos era el correcto.

El tacto de la mano de su madre sobre la suya le hizo levantar la vista.

—¿Estás bien?

—Claro.

—Muevo: Caballo a C-3. Ahora guarda la partida y piensa en todas las cosas que tengas que pensar, incluido tu próximo movimiento. Volveré mañana a verte. —Se levantó y se inclinó para plantarle un beso en la frente.

Al empujar la puerta para salir, Zacarías vislumbró el perfil del agente de policía en el pasillo, con cara de aburrimiento, luego la puerta volvió a su posición original y se quedó solo, aislado del mundo exterior. Guardó la partida de ajedrez y abrió Tor5. La única manera que se le había ocurrido de volver a ese mundo exterior era sumergiéndose en su lado más oscuro.

No obstante, no tenía muy claro qué era lo que podía buscar. Su última conversación con su cliente, en la que se suponía que iba a contarle la verdad, no había servido para revelar ningún dato trascendental antes de la interrupción del pistolero. ¿O sí? Si lo que el tipo le había contado era cierto, su nombre de pila real era Guillermo, pero le continuaban faltando los apellidos. Tal vez podría averiguarlos si también era cierto que había sido uno de los mejores estudiantes de Secundaria a nivel europeo. Quizá podría dar con algún listado de estudiantes con alguna distinción académica. Otra posibilidad era meterse en la base de datos de la universidad de Cambridge o

la de Berkeley; no sería algo demasiado complicado, pero sí necesitaría tiempo para dar con el estudiante correcto. Y eso solo sería un primer paso, saber quién era su cliente no significaba saber qué era lo que ocultaba con tanto celo. Pero era un primer paso, al fin y al cabo, y para salir de cualquier laberinto hay que empezar a caminar.

* * *

—Buenos días, señora Buenaparte.

—Buenos días, inspectora. Buenaparte es el apellido de mi exmarido, el padre de Zacarías. Hace años que vuelvo a utilizar mi apellido de soltera, Solzhenitsyna. María Solzhenitsyna.

La inspectora Delia Guerrero arqueó las cejas. La mención de aquel apellido de Europa del Este la había cogido por sorpresa. No había nada en el físico de la mujer que tenía delante que le hubiera hecho sospechar que fuera de origen ruso.

—Mi padre era ruso —explicó la mujer—. Vino a España y se casó con una española.

—He vuelto a hablar con su hijo, y me ha dicho que había bajado usted a comer algo.

—Ya casi he terminado, iba a tomarme un delicioso café de máquina de hospital. ¿Me acompaña? —La invitó con un gesto a que se sentase y la inspectora, tras un momento de titubeo, lo hizo.

—Le he traído una cosa, señora Solzheni...

—Llámeme María, si lo prefiere.

—Será más fácil, sí. —Delia Guerrero sacó un paquete rectangular envuelto en papel de embalar de la bolsa de plástico que llevaba consigo y se lo tendió por encima de la mesa—. Es uno de mis preferidos, y casi me atrevería a apostar que no lo tiene. No es un autor demasiado conocido en nuestro país.

María aceptó el paquete con una expresión de incertidumbre y lo desenvolvió. Era un libro de bolsillo. *Perorata del apestado*, de Gesualdo Bufalino. La cubierta estaba algo cuarteada en las esquinas y el blanco del papel se había teñido de un tono ocre.

Sonrió y miró a la persona que acababa de regalárselo. Delia Guerrero parecía una mujer obstinada en ocultar su atractivo, pero por mucho empeño que pusiera en ello, no lo conseguía del todo.

—¿Lo ha leído? —preguntó la inspectora.

—No, reconozco que no. Ha acertado usted.

—Espero que le guste. Es un autor con una capacidad de innovación semántica increíble, tiene un estilo precioso.

—Muchas gracias, inspectora. Lo leeré con mucho gusto. Resulta muy complicado encontrar libros en papel hoy en día. Todo se ha informatizado, todo...

—Todo ha ido a peor, ¿iba usted a decir eso?

—¿Lee usted el pensamiento, inspectora?

—No —se rio Delia Guerrero—. Pero tengo la impresión de que usted y yo tenemos una forma de pensar muy parecida. Pertenece a la misma secta, ¿recuerda? La Secta de los Lectores en Papel. —María Solzhenitsyna sonrió de nuevo—. Me gustaría hablar con usted, María. Sobre su hijo.

—Me temo que no voy a poder serle de gran ayuda: mi hijo y yo nos llevamos muy bien, pero su trabajo es un tema del que no solemos hablar. A veces me cuenta casos para los que le han contratado y ya ha resuelto, nunca me comenta nada de los que aún tiene entre manos.

Delia Guerrero miró con fijeza los ojos claros de María. A menudo las miradas decían mucho más que las palabras, pero en la de aquella mujer solo veía sinceridad.

—De acuerdo. Sin embargo... Creo que sí puede ayudarme, y, al mismo tiempo, ayudar a su hijo. Verá, lo cierto es que no tenemos nada. Su hijo no ha podido identificar a su agresor, tampoco hemos localizado a su cliente, que según su testimonio, lo acompañaba en el momento en que le dispararon. El ciclista que encontró a Zacarías no vio a nadie más en la zona.

—¿Cree que le tendieron una trampa, que el cliente y el agresor colaboraban en contra de Zacarías?

—Es posible. Estoy abierta a cualquier hipótesis. Mi duda es saber si su hijo me ha contado todo lo que sabe.

—Inspectora, mi hijo es la víctima.

—Sí, señora... María. Pero está también el hecho de que Luis Ángel

Perdomo, la persona a la que a veces su hijo utilizaba como ayudante, fue asesinado el mismo día, casi a la misma hora en la que dispararon a Zacarías. ¿Lo conocía usted, a Perdomo?

—No. ¿Cree que ambos hechos están relacionados?

—Es más que probable. El problema es que tampoco en el asunto de Perdomo tenemos pistas. No hay huellas, nadie vio nada, ni IMD. Alguien reventó la puerta del apartamento y disparó a Perdomo en la cabeza. Eso es lo único que sabemos a ciencia cierta. Un vecino vio el estropicio y avisó a la casera. Pero me llama la atención el hecho de que dos hombres, Perdomo y su hijo Zacarías, que alguna vez han trabajado juntos, por así decirlo, hayan sido atacados el mismo día.

—¿Y qué puedo hacer yo, inspectora? ¿Cómo pretende que la ayude?

—Intente hacerle ver que le interesa tener a la policía de su parte. En el departamento conocemos bastante bien a su hijo, sabemos que es un buen investigador, y también que a veces se deja llevar más allá de lo... razonable. En esta ocasión, da la impresión de que ni él mismo sabe en qué estaba metido.

—Lo ha reconocido.

—Sí, pero tengo el presentimiento de que no me ha contado todo lo que sabe. No quiero presionarlo directamente.

—Quiere que lo presione yo. —Delia Guerrero hizo un leve gesto de asentimiento—. No funcionará —dijo María—. Hace años que mi hijo no hace lo que yo le pido, excepto jugar al ajedrez. Ya le he dicho que nos llevamos bien, pero el único lazo de unión que mantenemos en la actualidad es el ajedrez. No he conseguido que comparta nada más conmigo. Podría calificar a mi hijo de bicho raro, inspectora, pero le aseguro que es una buena persona.

La policía no quiso insistir. Si lo hacía, podía perder la baza que suponía María Solzhenitsyna para llegar a Zacarías Buenaparte. Era cierto que en el departamento sabían que Zacarías era un buen investigador privado, pero también estaban convencidos de que no eran pocas las veces en las que rebasaba los límites que marcaban las leyes para conseguir lo que quería. Con frecuencia se habían producido roces entre la policía y el investigador, pero también abundaban los casos en los que el departamento se había beneficiado de las averiguaciones de Zacarías.

* * *

—Cuéntame en qué estás metido.

Era Iker quien se lo pedía. Lo mismo, con otras palabras, se lo había preguntado su madre y, de forma más incisiva y apremiante, también la inspectora Guerrero, pero ni a una ni a otra les había explicado todo. A Iker sí se lo contó. Sabía por experiencia que, a veces, al contar en voz alta una historia confusa e incomprensible se descubren los hilos invisibles que se extienden bajo su superficie. Por regla general, Nimbo era su oyente habitual, pero aún recordaba los tiempos en los que Iker sabía escuchar, y le gustó que su amigo volviese a mostrar interés por algo.

Los interrumpió una enfermera que entró en la habitación para comprobar el nivel del suero en el gotero. Se despidió enseguida y continuaron.

Cuando Zacarías concluyó su breve relato, Iker se quedó en silencio durante unos minutos, tamborileando con sus dedos sobre sus muslos. Zacarías se mantuvo expectante, como en aquellas largas conversaciones pseudofilosóficas en las que se enfrascaban muchas noches cuando estudiaban en la universidad. Siempre llegaba un momento, en plena madrugada, en el que Iker hacía un resumen de cuanto llevaban hablado y, a continuación, dictaba sentencia. Luego hacían un brindis y se iban a dormir.

—Resumiendo: un tipo con una identidad falsa te contrata para que averigües quién se ha hecho con una copia de sus recuerdos, una serie de recuerdos entre los que están algunos que forman parte de la época en la que ese hombre era quien realmente es; una serie de recuerdos en la que hay alguno o algunos de los que tu cliente se arrepiente y que podrían ser motivo de chantaje. No sabes quién es tu cliente en realidad, ni cuáles son esos recuerdos, pero está claro que son lo suficientemente importantes como para que alguien haya hecho una copia y haya intentado matarte a ti para que no metas las narices en ellos.

—No te olvides de que tampoco sé quién es ese alguien que ha intentado matarme a mí y lo ha conseguido con Perdomo.

—No lo olvido, no.

—¿Tienes algún consejo que puedas darme?

—¿Desde cuándo te has convertido en una persona que sigue consejos?

Zacarías sonrió.

—Ignoro tantas cosas que creo que esta vez sí me vendría bien un buen consejo.

—En ese caso, olvídate. De todo, de tu cliente mentiroso, de sus recuerdos, sean los que sean. ¿Te ha pagado?

—No.

—Mejor me lo pones. No tienes compromiso alguno con él. Te mintió, te contrató con un nombre falso.

—Puede que esté en peligro. De hecho...

—Puede que se lo merezca.

—...De hecho puede que a estas alturas esté muerto.

Iker meditó sobre ese punto.

—No lo creo. Si se trata de un chantaje, a él lo necesitan vivo. Nadie paga si está muerto. A ti y a tu ayudante sí os querían fuera.

—Él dijo que no era cuestión de dinero.

—¿Entonces?

—No lo sé. Venganza, tal vez. Ya te he dicho que me estaba contando la verdad cuando el pistolero nos interrumpió.

Ambos se quedaron callados un rato, dándole vueltas al asunto.

—No vas a dejarlo estar, ¿me equivoco? —dijo Iker al fin, y Zacarías negó con la cabeza.

—Me puede la curiosidad. Quiero saber qué secreto tiene ese hombre y por qué es tan importante.

—Oye, ¿estás totalmente seguro de que la muerte de tu ayudante, de Perdomo, tiene relación con esto?

—Pues claro que está relacionada: murió el mismo día, y prácticamente a la misma hora. Además... —Era lo único que se había reservado, lo único que todavía no le había contado. Lo hizo ahora—: Perdomo vio sus recuerdos, le encargué que los copiase, y descubrió qué es lo que ese tipo está ocultando.

—Un momento...

—Me llamó cuando estábamos en el paseo. No me dijo qué era lo que había visto, solo me dijo... Me dijo que lo matase, que matase a mi cliente.

—¿Que lo mates?!

—Sea lo que sea lo que hay en los recuerdos de ese hombre, es suficiente para que Perdomo desease su muerte. Y te aseguro que Perdomo había visto

cosas terribles, brutales, y había participado en algunas de ellas. Si le impresionó hasta ese punto es porque... porque el recuerdo secreto de mi cliente es algo horrendo. Algo inimaginable.

—Has dicho que le encargaste que copiase los recuerdos de tu cliente. ¿Cómo lo hizo?

Los dos amigos se miraron fijamente el uno al otro, solo unos segundos; el tiempo necesario para que Zacarías supiese que podía confiar en Iker como lo había hecho años atrás, antes del virus.

—No tenía a Perdomo en nómina, recurría a él solo cuando necesitaba salirme de lo habitual.

—Saltarte la ley, quieres decir.

—Sí.

De improviso, Iker se echó a reír.

—Han tenido que pegarte un tiro para que me entere de lo que haces. ¿Dónde... dónde está el chico con el que compartí apartamento en la universidad?

Zacarías hizo un mohín de indiferencia.

—No he cambiado tanto. No más de lo que cambiamos todos.

—Antes copiabas en los exámenes, ahora copias IMDs.

—Yo no copiaba en los exámenes. Solo lo hice una vez, y me pillaron.

Iker volvió a reírse, con más ganas que antes, mientras Zacarías le explicaba el asalto nocturno en el que Perdomo se había hecho con el IMD del falso Bermúdez.

—Me gustaría saber cómo pudieron hackear su IMD —dijo Zacarías tras una pausa.

—No se puede. Estoy seguro de que no se puede.

—Pero tiene que poderse.

—Estoy convencido de que no se puede a no ser que su portador se lo quite, como se lo quitasteis tú y Perdomo.

—Nadie se lo había quitado antes. Perdomo se habría dado cuenta. Al menos, no me dijo nada de eso.

—Existe otra posibilidad. Se me acaba de ocurrir —dijo Iker.

—¿Cuál?

—Que estuviera hackeado de fábrica, o al menos con anterioridad a que se

lo conectasen al portador.

—¿Qué sentido tendría...? ¡Sí! Claro que tiene sentido. Podría estar planificado de antemano. —A medida que hablaba, la idea iba cobrando una forma más nítida en la cabeza de Zacarías.

—Eso implicaría que el hacker previó que tu cliente iba a realizar algún acto del que más tarde se arrepentiría.

—No, no necesariamente. Podría ser que no tuviesen en mente a mi cliente, sino a cualquiera. ¿Me sigues?

—Sí, creo que sí.

—Piénsalo. Partiendo de la base de que un IMD no puede ser hackeado una vez ha sido instalado en su portador, la jugada de hackearlo de fábrica, como tú has dicho, es... brillante. Nadie lo sospecharía. Imagínatelo, de pronto empiezas a recibir fragmentos de vídeos con tus propios recuerdos. Te sentirías amenazado, ¿o no?

—O creerías que te has vuelto loco.

—Una de las cosas que diferencian a los seres humanos de los animales es la capacidad de las personas de sentir remordimientos. Y no se me ocurre una víctima más propicia para un chantaje que alguien que siente remordimientos de lo que ha hecho.

—Sí, pero... Lo siento, no acabo de verlo.

—Has sido tú el que ha sugerido que el IMD estaba hackeado de fábrica.

—Ya, pero... Haría falta mucha paciencia. Demasiada. No me imagino a un chantajista esperando años y años hasta dar con un recuerdo que le permita por fin poder someter a alguien a un chantaje. El plan puede ser brillante, pero no creo que ningún criminal tenga tanta paciencia.

Zacarías resopló y se recostó en la cama. Sabía que Iker tenía razón, sabía que todavía había demasiados puntos oscuros en aquella historia.

—Si un IMD no puede hackearse cuando ya está instalado en su portador, y a mi cliente no se lo quitaron en ningún momento, ni tampoco venía hackeado de fábrica, ¿entonces qué?

—¿Estás seguro de que nunca se lo quitaron?

—No, pero ¿por qué habrían de hacerlo? Nadie se quita el IMD para volver a implantárselo.

Iker se levantó y fue hacia la puerta.

—Ya se nos ocurrirá algo.

—¿Se nos ocurrirá?

—Te has quedado sin ayudante, y yo tengo bastante tiempo libre. —Los dos sonrieron a la vez—. Pero pregúntale también a tu colega de la web oscura, a ver si él es capaz de aportar ideas. —Abrió la puerta y salió al pasillo sin decir nada más.

«A él ya le he preguntado», se dijo Zacarías, y no me ha contestado. De repente sintió un escalofrío, aunque tardó un rato en comprender cuál era el motivo.

Llamó a su casa y le contestó la voz melodiosa de Nimbo.

—¿Me echas de menos, pequeña?

—Sabes que no puedo. Si estuviera programada para experimentar esa clase de sentimientos, te garantizo que lo haría. Tampoco puedo preocuparme por ti, pero le he preguntado a tu madre por tu estado. Me ha dicho que estás mejorando con rapidez.

—Sí. Estoy deseando que me den el alta y poder volver a tus brazos.

—Son buenas noticias.

—¿Cómo va todo en mi ausencia? ¿Hay algún mensaje?

—Nada que pueda interesarte: la pandilla de gamberros volvió hace un par de días, pero los ahuyenté emulando las sirenas de la policía. Por lo que respecta a llamadas, solo ha habido unas cuantas de comerciales ofreciendo mejoras en tu seguro del hogar y cosas por el estilo. Una muy graciosa que quería venderte un sistema domótico. La pobre se ha quedado sin palabras cuando le he contestado que estaba hablando con uno de esos sistemas y que ni yo ni el dueño de la casa estábamos interesados en cambiar.

—Seguramente esa mujer nunca había escuchado una voz informática tan seductora como la tuya.

—¿Mi voz te resulta seductora?

—Sabes que sí, preciosa.

—¿Cómo va tu partida de ajedrez?

—Lenta.

—Eres un jugador muy lento.

—Tengo muchas cosas en la cabeza en este momento.

—Siento decirte que eso suena a excusa.

—No lo es. No temo perder. Estoy más que acostumbrado a hacerlo.

Se hizo el silencio. Nimbo aguardaba a recibir instrucciones, pero Zacarías no tenía ninguna que darle. Solo la había llamado para hablar con alguien y se daba cuenta de que ya no tenía nada más que decirle.

—Bueno, te avisaré cuando reciba el alta.

—Te prepararé tu comida favorita.

—Estaría bien. También estaría bien que fueses de carne y hueso.

—Solo a veces y en determinadas ocasiones, ¿verdad?

No pudo reprimir la carcajada.

—Me conoces demasiado bien, Nimbo.

Colgó y abrió la partida de ajedrez. Su sistema domótico tenía razón: el juego se estaba alargando demasiado. Tras unos minutos pensando, le envió a su madre su siguiente movimiento. Alfil G-7.

Poco después, sonaron un par de golpecitos en la puerta y la inspectora Delia Guerrero asomó la cabeza.

—Con permiso, señor Buenaparte.

—Claro. Pase.

La policía cogió la silla situada bajo la ventana y la colocó al lado de la cama. Se sentó y miró a Zacarías con detenimiento.

—¿Algún avance, inspectora?

La mujer hizo un gesto con la cabeza que pareció de negación.

—La bala que le hirió a usted y la que mató a Perdomo son del mismo calibre, pero fueron disparadas con armas diferentes. Eso no significa necesariamente que haya dos personas involucradas, pero me inclino por pensar que sí. En cuanto a su cliente, ese tal Guillermo Bermúdez García... —Clavó sus ojos marrones en su interlocutor, que se esforzaba para conseguir que su rostro no desvelase nada—. He hablado con su jefe y me ha confirmado que lleva desde la semana pasada sin dar señales de vida. Gracias a él, hemos averiguado su dirección y hemos comprobado que tampoco está allí, ni lo ha estado desde hace varios días. Pero hemos descubierto dos cosas interesantes, ¿se las imagina, Buenaparte?

Zacarías permaneció en silencio.

—La primera es que la cuenta bancaria de Bermúdez fue vaciada la mañana siguiente a su encuentro con usted en el paseo marítimo abandonado.

La segunda es que Bermúdez está muerto. —Realizó una pausa durante la que se concentró en ver si Zacarías reaccionaba ante esta nueva información—. Me da en la nariz que usted eso ya lo sabía.

—Era una posibilidad, desde luego.

—No, no me tome por tonta, señor Buenaparte. No he llegado a inspectora por casualidad ni por ninguna ley de paridad. Cuando digo que Bermúdez García está muerto, no me refiero a que hayamos encontrado su cadáver en los últimos días. Lleva muerto e incinerado desde hace trece años, y, como digo, tengo el presentimiento de que usted estaba al corriente.

Zacarías levantó las palmas de sus manos.

—Lo admito. Pero no llegué a averiguar su verdadero nombre.

—Me mintió.

—No. No exactamente. Le di el nombre que mi cliente me había dado a mí.

—Pero usted sabía que era un nombre falso.

—Sí, lo supe después. Pero, como le digo, no tuve tiempo de averiguar el verdadero. El tipo que me disparó llegó antes de que pudiera hacerlo.

Delia Guerrero inhaló aire y lo soltó muy despacio, con hastío.

—No vuelva a dejarme fuera de juego, señor Buenaparte. Mis superiores me han dicho que usted es inteligente, así que debe saber que le conviene tenerme de su lado. —Zacarías repitió el gesto de antes, levantando las manos a modo de disculpa—. Si vuelve a ocultarme información, si me entero de que no me lo cuenta todo, la policía dejará de protegerle. Si por mí fuera, retiraría al agente de ahí fuera ahora mismo, pero por alguna razón mis superiores quieren asegurarse de que usted está a salvo. Al menos por ahora. Tampoco les ha hecho gracia saber que usted no juega limpio. Pero me da la impresión de que se sienten, en cierta manera, en deuda con usted.

—No lleva mucho tiempo en la ciudad, ¿verdad?

—Conseguí el traslado desde Valencia hace seis semanas.

—¿Por qué? ¿Por qué se trasladó?

—Eso no es asunto suyo. Mire, me trae sin cuidado lo que ha hecho usted en el pasado y por qué mis jefes quieren protegerle a pesar de su... poca colaboración. Pero soy yo la que está al mando de esta investigación, y yo no le debo nada a usted, así que no se le ocurra ocultarme nada.

Zacarías se mordió el labio inferior y se tomó unos segundos para

contestar:

—De acuerdo, inspectora. No quiero problemas con usted.

—Es una buena decisión. Ahora cuénteme todo lo que sabe sobre su cliente.

—No sé nada, inspectora. Excepto que me dijo que su nombre de pila sí era el auténtico. No llegó a decirme sus apellidos ni por qué adoptó una identidad falsa. Cuando empezó a hablar, el pistolero nos interrumpió, y tampoco estoy seguro de que lo que me estaba contando fuera cierto. Podría ser otra invención. Ese hombre ocultaba algo y no quería que se supiera. Alguien lo ha averiguado y se ha puesto en contacto con él para decírselo.

—Para chantajearlo.

—Lo que acaba de decirme usted sobre su cuenta bancaria así lo demuestra. O eso parece, porque...

—Porque ¿qué?

—Él me dijo que no era cuestión de dinero.

—¿Qué fue lo que le dijo su cliente en el paseo marítimo?

—Poca cosa. Le dije... Le dije más o menos lo mismo que acaba de decirme usted a mí, inspectora. Que o me contaba la verdad o podía olvidarse de contar con mi ayuda. Empezó a contarme su historia, pero no llegó muy lejos, y ya le digo que no estoy convencido de que no se tratase de otra mentira más. De todos modos, fuese la verdad o no, el pistolero le interrumpió demasiado pronto. —Le hizo un pequeño resumen de lo que ya le había contado a Iker esa misma mañana y, cuando terminó, la inspectora Guerrero frunció el ceño y se levantó para acercarse a la ventana.

Al otro lado, tres pisos más abajo, se extendía un aparcamiento inmenso y, más allá, una avenida por la que el tráfico avanzaba con lentitud en ambas direcciones.

No acababa de decidirse entre si Zacarías Buenaparte le agradaba o le resultaba irritante. Tenía la impresión de que si sus superiores lo protegían era porque en cierto modo envidiaban el hecho de que él se permitiese extralimitarse en ciertas ocasiones mientras que ellos tenían que ajustarse a unas leyes que, con excesiva frecuencia, eran demasiado benévolas con los criminales. Ella, al igual que todos sus compañeros, había sentido alguna vez la tentación, pero era consciente de que las leyes eran la frontera. Si las rebasaba una sola vez, una sola, habría abandonado su mundo, y lo que más

temía era no darse cuenta de ello, como quien abandona la infancia y no toma consciencia hasta que le invade la nostalgia. De hecho, esa y no otra era la verdadera razón de que hubiera solicitado el traslado desde Valencia.

Se volvió hacia el hombre recostado contra las almohadas y reconoció en su mirada su misma indecisión. Estaba claro que Zacarías tampoco sabía si ella le gustaba o lo incordiaba.

—A partir de este momento comuníqueme cualquier nueva información que reciba —dijo.

—Es probable que no reciba ninguna. Si la cuenta de mi cliente está vacía, todo indica que esa gente ya ha obtenido lo que buscaba.

La inspectora hizo un gesto de asentimiento casi imperceptible.

—Puede ser. Pero entonces tendríamos que asumir que su cliente se equivocaba cuando le dije que no se trataba de dinero. Por lo que a mí respecta, mientras no aparezca el cadáver, daré por supuesto que su cliente sigue con vida.

—Sean quienes sean los que iban tras él, han demostrado no tener escrúpulos a la hora de matar, ¿no le parece?

La inspectora volvió a asentir. Zacarías tenía razón: hasta ahora había un muerto, un herido que se había salvado por un par de milímetros y un desaparecido cuya identidad era un misterio. Y casi ningún hilo del que tirar. El cadáver del falso Guillermo Bermúdez García podía aparecer en cualquier momento, o podía simplemente no aparecer nunca, pero, por el momento, ella se agarraría a la posibilidad de que siguiese con vida.

—Usted es investigador, así que doy por sentado que todo este asunto ha despertado su curiosidad, y, por tanto, no se quedará de brazos cruzados. Además, han intentado matarle. Corríjame si me equivoco, pero apuesto mi sueldo de un año a que en cuanto usted salga del hospital se devanará los sesos para intentar resolver este... laberinto de enigmas. —Zacarías sintió un clic en su cabeza al oír aquella expresión. Un laberinto. Sí, su cliente le había engañado y le había conducido al interior de un laberinto del que ahora ignoraba cómo salir, pero había algo más, algo precisamente relacionado con la palabra «laberinto»—. Sé que no puedo prohibirle que realice usted su propia investigación, y, aunque lo hiciera, usted no me haría caso, pero le exijo que comparta conmigo cualquier información nueva que consiga. A día de hoy, usted y yo estamos en el mismo bando, señor Buenaparte, pero le

aseguro que no le conviene que ese estado de las cosas sufra ninguna variación.

—¿Hará usted lo mismo, inspectora?

—¿Perdón?

—¿Compartirá usted su información conmigo? —Delia Guerrero lo atravesó con la mirada—. Usted tiene más medios que yo, inspectora.

—Esperaré a que me demuestre que puedo confiar en usted. Tendrá que dar el primer paso, señor Buenaparte. Esto solo será recíproco si se lo merece.

Zacarías esbozó una pequeña sonrisa.

—Muy bien. Supongo que es lo más justo que puedo obtener a estas alturas.

—Después de haberme engañado, sí. El trato que tengo para ofrecerle es este: usted tiene sus métodos y la policía los suyos; nosotros le ganamos a usted en número de medios, pero usted puede saltarse normas que nosotros no. Aunque, por supuesto, le recomiendo que no lo haga. Investigaremos por separado y compartiremos información. Pero cuando nos acerquemos por fin a la salida de este laberinto, las cosas se harán como yo diga, ¿entendido?

De nuevo aquella palabra: «laberinto». Y el clic en su cabeza.

—Entendido, inspectora. Usted manda.

Delia Guerrero salió sin despedirse y Zacarías se quedó a solas, dándole vueltas a la incómoda sensación que lo embargaba cada vez que escuchaba «laberinto».

De reojo vio que en la pantalla de su ordenador aparecía el aviso de un mensaje. Era de su madre. Lo abrió. Un nuevo movimiento: Alfil E-3.

Ya le contestaría más tarde, ahora tenía que concentrarse.

¿Por qué se sobresaltaba al oír hablar de laberintos? Le parecía que su mente le estaba avisando de que necesitaba poner toda su atención en aquel punto, pero ignoraba la razón.

—No hace falta que vengas a verme todos los días.

—Solo quiero asegurarme de que mi mejor oponente no se rinde — respondió su madre.

—Seguro que tienes cosas mejores que hacer que pasarte la mañana

sentada al lado de mi cama.

—¿A mi edad? No estés tan seguro. Si quitas la fila de pretendientes que me traen flores todos los días a la hora del desayuno y las llamadas de varios presidentes de gobierno que me piden consejo, me paso el día leyendo y cuidando de mi jardín.

Zacarías sonrió. Le encantaba el sentido del humor de su madre, estaba convencido de que eso y el ajedrez eran los dos pilares en los que se había apoyado para sobrellevar los sinsabores y las desilusiones de su vida.

—Me he cruzado por el pasillo con el médico, y me ha dicho que espera darte el alta en un par de días.

—¿Te lo acaba de decir ahora? ¡Qué simpático! Ha estado aquí hace un momento y a mí no me ha dicho nada. Además —dijo exagerando un tono compungido—, hoy me ha subido un poco la fiebre.

—¿Por qué me da la impresión de que ya estás buscando excusas? ¿La partida no ha hecho más que empezar y ya te ves derrotado?

—Será la costumbre.

Sin esperar a que su madre se lo pidiese, Zacarías encendió el ordenador portátil y tecleó las instrucciones necesarias para que la pantalla mostrase el tablero con los movimientos realizados. En el margen derecho apareció un mensaje que indicaba que era su turno de mover pieza.

—Caballo F-6 —dijo tras un par de minutos de examen de la situación.

—Alfil C-4 —repuso María casi a renglón seguido.

Transcurrieron cinco nuevos minutos antes de que Zacarías decidiese enrocarse, y su rival respondió llevando el alfil a B-3, otra vez casi sin detenerse a pensar.

—Tienes toda la partida en tu cabeza, ¿verdad?

María Solzhenitsyna se limitó a sonreír.

—A ver, ¿qué voy a hacer ahora? —la retó su hijo, pero ella se encogió de hombros.

—No trates de desconcentrarme.

—¿Muevo el caballo? ¿Debería mover el caballo? —Su madre no respondió, y Zacarías volvió a concentrarse en el juego—. Está bien: caballo A-5.

María miró a su hijo e ignoró durante un momento el tablero

resplandeciente en la pantalla del ordenador. El caballo amenazaba su alfil, pero no era una buena jugada. En los ojos y la expresión de la cara de Zacarías se percibía que lo de la fiebre era verdad.

—¿Prefieres que lo dejemos? No quiero vencerte solo porque estás en inferioridad de condiciones.

—No, sigamos. Me duele la cabeza, pero no tanto como para ser incapaz de plantarte batalla.

—Como quieras.

—Anda, mueve. Seguro que ya tienes decididos todos tus próximos movimientos.

—En el ajedrez, un jugador no puede mover una pieza para ver qué ocurre. Todo tiene que estar perfectamente planeado de antemano, Zacarías. En la vida real debería ocurrir igual.

—No siempre podemos planearlo todo.

—No el cien por cien de las cosas, pero sí convendría que tuviésemos un plan maestro que nos sirviese de guía y del que no nos alejásemos demasiado.

Zacarías miró a su madre. Desde que le había enseñado paso a paso las normas del juego, le había dicho cosas como aquella. Para María Solzhenitsyna el ajedrez era un juego simbólico en el que estaba representada la vida entera. No se podía vencer por casualidad, hacía falta un plan estratégico del que uno no podía apartarse y en el que siempre había que sacrificar algunas piezas propias. Con suerte, esas piezas perdidas solo serían peones, pero a menudo también había entre ellas otras de mayor importancia: torres, alfiles, caballos, o incluso la mismísima reina. En la vida real se perdían cosas queridas si uno pretendía llegar al objetivo que se había marcado. Esas cosas que se dejaban atrás podían ser materiales o personales, amistades, amores, fragmentos de la propia personalidad, pero había que estar preparado para ello.

Él no acababa de compartir aquella visión de su madre. No estaba de acuerdo con que la vida fuese como un tablero de ajedrez, por la sencilla razón de que en el ajedrez un jugador avezado puede intuir los movimientos futuros de su rival, ve dónde están colocadas las fichas del contrario, puede preparar sus defensas para protegerse, mientras que en la vida real a menudo uno ignora de dónde le van a venir los ataques rivales, no puede ver la disposición total de las piezas y existen múltiples jugadores que mueven sus

piezas al mismo tiempo. Además, en la vida real existen las casualidades y existe el amor. En el ajedrez, el rey está dispuesto a sacrificar a su reina para vencer la partida. En la vida real no todos los reyes harían lo mismo.

En una ocasión se lo había dicho:

—En la vida real el tablero no se limita a sesenta y cuatro casillas.

Pero ella no le había contestado. Él se esforzaba en interpretar sus silencios, pero rara vez lo conseguía.

—Peón E-5.

Zacarías enarcó las cejas y resopló. Uno de sus caballos podía eliminar un alfil de su madre, pero el otro estaba ahora en claro peligro por culpa del peón. Decidió protegerlo.

—Caballo E-8.

—Retiras el caballito.

—Me gustan los caballos —bromeó—. No quiero perderlos.

—Alfil come Peón F-7. Jaque.

Zacarías necesitó mirar con detenimiento el tablero para descubrir el atolladero en el que se había metido. No había estado atento, aunque había creído que sí. El alfil de su madre se había plantado delante mismo de su torre y amenazaba a su rey.

—Me como tu alfil con mi torre.

María esbozó una sonrisa que su hijo conocía muy bien, la sonrisa de la victoria.

—Caballo E-6.

Carraspeó. ¿Tan mal había jugado? Su madre siempre ganaba, pero tenía la impresión de que esta vez lo había hecho con excesiva facilidad. No era jaque mate, ni siquiera jaque, pero el caballo amenazaba a la dama, que no tenía vía de escape. No podía salvarla con su peón en D-7, que no podía comerse la pieza rival porque si lo hacía dejaría a la dama a merced de la dama contraria. Y sin la dama, la partida se convertiría en una lenta agonía hacia un final inevitable.

Cogió su rey y lo tumbó sobre el tablero.

—Me retiro. Has vuelto a ganarme.

—No estás concentrado. —María Solzhenitsyna miró una vez más a su hijo—. Y me parece que tampoco lo estás en tu trabajo. No sé si es por eso por lo

que has estado a punto de morir, pero si cuando te den el alta sigues sin poner atención en lo que haces, puede que tenga que enterrarte pronto. Y no quiero enterrar a mi propio hijo, Zacarías. No quiero asistir a ningún entierro que no sea el mío.

De madrugada su teléfono móvil emitió una larga serie de pitidos que lo sacó del sueño. Abrió un ojo y se revolvió entre las sábanas para tantear a oscuras en la mesita hasta dar con el aparato. Lo tocó y la pantalla se iluminó: «Nimbo security alert».

Se incorporó de inmediato y marcó el código de su dispositivo domótico:

—¿Nimbo?

La voz femenina de Nimbo le respondió con su tono de calma habitual:

—Buenas noches, Zacarías.

—¿Qué ocurre?

—Nada. ¿Has recibido un mensaje de alerta?

—Sí.

—Ya sabes que se envía de manera automática, pero la situación está controlada.

—¿Qué situación, Nimbo?

—No es para preocuparse. Tus amigos, los gamberros del barrio, que han decidido venir a vengarse por la manera en que los he echado las últimas veces.

Pasaban veinte minutos de la medianoche. Era tarde, pero no demasiado. No excesivamente tarde. Zacarías se imaginó a la pandilla de chavales adolescentes desplegándose como un comando en torno a su casa y se le escapó una risita.

—¿Qué te han hecho?

—Han pintarrajeado un poco la fachada lateral, no les he dado tiempo a más.

—A ver si adivino: ¿has despertado a todo el vecindario con sirenas y luces de discoteca?

—Y los he regado con chorros a presión.

—Bien hecho. Oye, creo que volveré a casa pronto.

—Tendré preparada tu comida favorita.

—Gracias.

—Deberías dormir, Zacarías.

—Sí.

—Buenas noches, Zacarías.

Volvió a dejar el teléfono en la mesita y se giró otra vez en la cama. A través de la cortina penetraba una claridad muy tenue procedente de las farolas del aparcamiento. Hizo una mueca al imaginar las quejas de sus vecinos por el escándalo que a buen seguro Nimbo había provocado y cerró los ojos. Le dolía la cabeza.

Tal vez fue precisamente la fiebre la que provocó que el sueño en el que se sumergió nada más quedarse dormido pareciese tan real.

Se hallaba en un pasadizo estrecho cuyas paredes estaban formadas por enormes sillares que le hicieron pensar en un castillo medieval. Estaban erosionados por los años y la intemperie, pero se mantenían en pie, perfectamente encajados unos con otros. Se perdían en lo alto, tocando un cielo gris. El suelo era de hierba y tierra embarrada, lo que le hizo pensar que no hacía mucho había llovido. A pocos metros a su derecha, el pasadizo quedaba cortado en transversal por otro, y a su izquierda doblaba en ángulo recto. Estaba solo. Se decidió por el nuevo pasillo y avanzó hacia la derecha, pero apenas había dado treinta o cuarenta pasos cuando alcanzó otro cruce. Ahora tenía cuatro opciones: derecha, izquierda, adelante o atrás. No sabía dónde estaba el norte, así que, esta vez, optó por la izquierda. Algunas de las paredes estaban cubiertas por enredaderas y musgo, a veces el suelo estaba encharcado, pero, por lo demás, no parecía haber cambios. Si acaso en la luz: en algunos puntos las sombras eran impenetrables.

Sentía frío, y una voz en su cabeza le explicó que era por la fiebre.

Perdió la cuenta de los giros que iba dando. Había intentado seguir un plan que le permitiera regresar al punto de partida, derecha izquierda, derecha izquierda, pero al menos en tres ocasiones se había topado con muros ciegos y no había tenido más remedio que volver sobre sus pasos, con lo que el plan había quedado en nada.

El cansancio comenzaba a hacer mella en él cuando oyó el primer rugido y se quedó clavado al suelo. Una especie de alarido gutural, pensó. Algo que, sin duda, no era humano. No podía ser humano. Lo único que le hizo ponerse otra vez en marcha fue la convicción de que el animal, o lo que fuera, estaba

lejos. No sabía a qué distancia, ni en qué dirección, pero su rugido había sonado lejano.

Llegó al enésimo cruce y se detuvo a escuchar. Nada. El pasadizo de su izquierda era más estrecho y estaba completamente lleno de charcos de barro. El de su derecha parecía más seguro. Avanzó por ese, y, por primera vez desde que había empezado a caminar, no encontró ninguna otra bifurcación en un buen rato. Antes eso le habría resultado un alivio, ahora no pensaba del mismo modo.

Un ligero temblor le subió por las piernas, y tardó varios segundos en comprender que no era frío, ni fiebre ni miedo. Era el suelo, que se estremecía. Aguzó el oído y oyó a su espalda lo que se le antojaron como golpes acompasados de un tambor. Pisadas de la bestia.

Miró por encima de su hombro, pero no había nada. Todavía no había nada.

Necesitaba encontrar una salida, un cruce más en el que pudiera despistar a aquello que lo perseguía. Echó a correr, pero con cada zancada su cabeza estallaba de dolor.

Tras él, el ritmo de las pisadas también aumentó, y con ello el temblor del suelo. Siguió corriendo, y por fin se abrió una bifurcación ante él. No se detuvo a pensar, escogió el pasadizo de la derecha, que, a los pocos metros de haber penetrado en él, giraba y giraba en círculos cada vez más cortos... hasta terminar en una pared. Chocó contra ella en su carrera frenética y cayó hacia atrás, sobre un charco de agua pestilente.

Las pisadas que venían tras él se mezclaban con los latidos de su propio corazón. Sabía que no tenía tiempo de regresar a la bifurcación y huir por el otro pasadizo, así que se puso en pie y se pegó a la pared. Quizá la bestia se adentraría por el otro lado, quizá no lo encontrase...

Cerró los ojos y gritó en silencio: ¡Despierta! ¡Despierta!

Pero las pisadas cada vez más próximas le indicaron que continuaba la pesadilla. Giró la cabeza para intentar escapar del sueño y solo encontró la roca áspera de la pared. ¡Despierta!

Abrió los ojos con la esperanza de que lo que iba a ver era la habitación del hospital envuelta en la penumbra, pero no fue eso. La bestia estaba frente a él. En silencio, observándolo.

El Minotauro.

Cuando recibió el alta, Iker le recogió en el hospital para llevarlo a su casa. No habían vuelto a hablar sobre el tema, pero en cuanto estuvieron en el coche, Iker dijo:

—He averiguado un par de cosas. Nada importante, pero suficiente para confirmar que un estudiante español, llamado Guillermo, estudió un par de años en Cambridge y, a continuación, en Berkeley.

—¿En serio? ¿Cómo lo has hecho?

—Tú eres el profesional, yo solo un aficionado, pero tengo mis recursos.
—Puso el motor en marcha y maniobró para salir del aparcamiento.

—Entonces, ¿tienes los apellidos?

—Claro.

—¡Venga! ¿A qué esperas? ¿Cuál es el nombre completo?

—Guillermo González Bastida.

—¿Estás seguro?

—No hay demasiados casos de estudiantes que cambien Cambridge por Berkeley; y que se llamen Guillermo solo he encontrado uno.

Zacarías asintió.

—¿Tienes algo más?

—No —respondió Iker, y luego añadió—: Todavía no.

—Gracias. El nombre me servirá de mucho.

—No creas que será fácil. Alguien se ha tomado muchas molestias para ocultar el rastro de tu cliente.

—¿Antes de que se cambiase de nombre?

—Desde poco después de ser expulsado de Berkeley. He encontrado una denuncia interpuesta por la policía contra Guillermo González Bastida por conducir bajo los efectos del alcohol. Se saldó con una multa que pagó una tal Josephine Toole y la retirada del carné de conducir a Guillermo. Es lo último que he podido encontrar.

—¿Cuándo fue eso?

—En el 26.

—Bueno, eso me da al menos un nuevo hilo del que tirar. Y también he conseguido otro por mi propia cuenta.

—¿Ah, sí?

—Te vas a reír. Lo he visto en un sueño.

Como había supuesto, Iker se rio a carcajadas mientras enfilaba la calle donde los aguardaba Nimbo.

—Es por algo que mi cliente estaba diciendo justo cuando vi al tipo que me disparó. Aún no sé si tiene relevancia o no, pero no pierdo nada por comprobarlo.

El vehículo se detuvo frente a la verja que circundaba la casa de Zacarías.

—¿Seguro que estarás bien tú solo?

—No estoy solo. Nimbo es mejor que dos enfermeras juntas, y no protesta le pida lo que le pida. —Abrió la puerta y puso el pie en la acera con una mueca por el dolor que aún acompañaba cada uno de sus movimientos. Al incorporarse, vio algo que activó las alarmas de su subconsciente y se quedó allí de pie, sin cerrar la puerta del coche. No supo qué era hasta que cayó en la cuenta de que no se trataba de algo que había visto, sino de algo que no había visto.

—¿Qué te pasa, Zacarías? —preguntó Iker. También él salió del vehículo y miró a su amigo.

Zacarías no respondió. Recordó el mensaje de alerta del sistema de seguridad de Nimbo de la otra noche, pero allí no había ningún rastro de pintadas en las paredes. Nimbo era tan eficiente que podría haber llamado por propia iniciativa a algún pintor que arreglase el desaguisado, pero tampoco la pintura parecía nueva. Rememoró la conversación punto por punto. Había estado durmiendo y aquejado de fiebre, pero estaba casi seguro de que Nimbo había dicho que los chavales habían llegado a pintar una de las fachadas. No la principal, pero sí una de las laterales.

¿O simplemente estaba paranoico y veía fantasmas en las cosas más nimias?

—Nada. Todo está bien, Iker. —Dio unos pasos hacia delante, pero volvió a detenerse a cierta distancia frente a la puerta, seguido por su amigo, que cargaba con la pequeña bolsa con su ropa y su ordenador portátil.

—¿Qué, Zac? No está todo bien, ¿verdad? ¿Qué ocurre?

La puerta de la casa se entreabrió y la voz de Nimbo brotó hacia el jardín:

—Bienvenido a casa, Zacarías.

Pero él siguió allí plantado, sin moverse. Iker lo miraba y sentía también el

ojo informático de Nimbo observándolo.

—¿Estás mareado, es eso?

—No —dijo casi en un susurro.

—¿Entonces?

Zacarías miró la puerta de su casa, sintió la presencia de su sistema domótico esperándolo, percibió el aroma de su plato favorito, recién hecho. ¿Por qué no se movía, por qué sus pies se hundían en el césped del jardín como si quisieran echar raíces?

—Un IMD puede ser hackeado.

—Sí. Pero no me vas a hacer discutir eso aquí, ¿no? ¿Pasamos dentro? Le pedimos a Nimbo que nos sirva esa comida que huele tan bien y hablamos todo lo que quieras. —Iker se adelantó hacia la puerta, pero de pronto la mano izquierda de Zacarías le sujetó por el antebrazo.

—¡No! Si un IMD puede ser hackeado, un sistema domótico también. — Iker miró primero a su amigo, y luego a la casa con la puerta entreabierta.

Nimbo pareció impacientarse:

—¿Zacarías?

—Vámonos de aquí —dijo Zacarías—. ¿Puedo quedarme en tu casa un tiempo?

—Claro. Bien pensado, no es mala idea. Lo único es que en cuanto a comida y limpieza vas a salir perdiendo.

—Zacarías, ¿no entras? —inquirió Nimbo.

—No, Nimbo. Lo siento.

—¿Por qué motivo? ¿Puedes decírmelo?

Dudó un instante antes de responder:

—He olvidado algo en el hospital. Es urgente. No te preocupes si tardo.

8. JAQUE MATE

—Llegará un momento en el que los padres puedan decidir si a sus hijos recién nacidos se les inserta un IMD. Pensarán que así los protegen: podrán vigilar cómo los tratan en el jardín de infancia, en el colegio, si sufren *bullying*, cómo se porta con ellos la canguro que contraten cuando se vayan a cenar, o si en algún momento se les ha acercado algún adulto con malas intenciones. Muchos creerán que es una mejora en la seguridad de sus hijos, pero en realidad les estarán coartando su libertad. Harán que su infancia se eternice.

Iker dejó su vaso sobre la mesa y asintió. Tampoco él llevaba un IMD, esa era otra de las cosas en las que se parecían. Pero al contrario que Zacarías, Iker sí se lo había planteado en serio más de una vez: hubiera dado lo que estuviese en su mano para disponer de una copia de todos los momentos que había compartido con Mary Ann, para poder verla de nuevo, escuchar su voz otra vez. Últimamente, más que los recuerdos, le dolía la certeza de que esos recuerdos comenzaban a difuminarse, los hermosos rasgos de Mary Ann se estaban volviendo borrosos, y eso se le antojaba una traición. Su memoria estaba traicionando a Mary Ann, y por mucho empeño que ponía en recordarla, sabía que solo un IMD habría podido devolverle la imagen perfecta y nítida del amor perdido.

Sin embargo, esa, junto a la función original para la que habían sido creados, era la única razón por la que defendería los IMDs. A excepción de eso, estaba de acuerdo con Zacarías.

—Casi todos los avances en seguridad conllevan una reducción en las libertades individuales. Eso puede ser aceptable si somos conscientes de ello, pero el problema radica en que la mayoría de la sociedad no lo percibe así. Renuncia a su libertad para sentirse segura.

—Y encima, esa supuesta seguridad no es tal cosa. Los malos siempre son muy listos y van uno o dos pasos por delante. Si se puede hackear un IMD, o un sistema domótico, la seguridad personal está más en peligro que nunca.

—¿De verdad crees que han hackeado a Nimbo?

Zacarías dio un sorbo del Château Lagrange con el que habían acompañado la comida (macarrones con salsa de tomate y atún) y meditó su respuesta para, al final, decir:

—No lo sé. Me cuesta creerlo... pero cuando estaba allí, delante de mi propia casa, tuve la sensación de que ya no era un lugar seguro. Ya no era mi refugio. Y Nimbo ya no era mi confidente fiel.

—Desde luego, si la han hackeado y te llegas a quedar dentro, hubieran tenido acceso a todo lo que hubieras hecho entre sus cuatro paredes. A las llamadas recibidas, a las realizadas, lo que ves en la televisión o en internet, las páginas web a las que te conectas, qué te descargas... si te lavas los dientes, cuántas veces orinas al día...

—Suena ridículo, pero me sabe mal por ella, por Nimbo.

—Sí, no es una secretaria a la que han sobornado.

—La han ultrajado.

Iker jugueteó con su vaso vacío, haciéndolo girar en la mesa.

—Bueno, aquí puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

Zacarías miró a su alrededor. Las estancias eran más reducidas que las de su casa, pero el tamaño total era mayor. Iker había preferido una vivienda dividida en tres plantas, mientras él lo tenía todo al mismo nivel. Había estado allí con anterioridad, pero nunca había visto ni la planta superior ni el sótano.

—Con ciertas condiciones, claro —añadió Iker.

—¿Me prohíbes ir al ala oeste del castillo?

—No, al contrario. Si te vas a quedar en mi casa, tenemos que dejar un par de cosas claras. Tengo que confesarte un secreto, y prefiero hacerlo ya. En realidad, podría haberlo hecho hace mucho tiempo. Debería haberlo hecho.

—Descuida, ya sé tu secreto.

—¿Lo sabes?

—¿Te crees que soy idiota?

—Eso es una pregunta retórica, ¿no? ¿No querrás que te conteste? —se burló Iker.

—Sé quién eres, cabrón.

El otro frunció los labios y sus pupilas bailaron nerviosas.

—¿Hablas en serio?

—Eres Batman, no me lo niegues.

Al terminar la frase soltó una carcajada, pero, mirándolo, Iker supo que realmente sabía la verdad. Zacarías dejó de reírse y se lo confirmó:

—Nunca te he hablado de mi contacto en la web oscura. Nunca le he hablado a nadie de eso.

Su amigo asintió.

—Muchas veces he pensado contártelo... pero en cierto modo me gustaba que lo ignorases. Me sentía a gusto echándote una mano sin que fueses consciente de ello.

—¿Desde cuándo te has convertido en un experto informático de ese calibre?

Iker se encogió de hombros, como si la respuesta no tuviese importancia o resultase obvia.

—Desde que heredé he tenido tiempo de sobra para hacer lo que he querido. Entré en ese mundo por curiosidad, después de leer un reportaje en una revista, y me gustó.

—Yo no sé demasiado sobre ello, pero puede ser peligroso.

—No. Solo es peligroso si tú quieres que lo sea, o si te metes en cosas que no controlas. Ahí dentro hay gente de todo tipo, pero la idea es buena. Lo que ocurre es que, como hemos dicho antes, los malos siempre van un paso por delante y no tardan en transformar una idea positiva en algo negativo y afín a sus intereses. Ven, si vas a ser mi invitado, será mejor que te enseñe algo.

Lo guio hasta una puerta cerrada con un código táctil tras la que nacían unas escaleras de madera. Pulsó un interruptor en la pared y las sombras se extinguieron al instante.

—Casi todas las horas del día las paso aquí abajo —explicó—. Más de una vez incluso he dormido aquí.

—¿Tu refugio antinuclear?

—Algo así. Estas escaleras conducen al inframundo. Aparte de mí, vas a ser la primera persona a la que le permito bajar. —Dicho eso, comenzó a descender los peldaños.

Sin poder evitarlo, Zacarías experimentó un pequeño escalofrío en la espalda. Se estremeció y, a continuación, siguió los pasos de su guía.

La pared del fondo era un acuario enorme que le recordó a Zacarías aquel otro que había visto la primera vez que había visitado la casa de Iker, cuando eran niños. Este era veinte o treinta veces mayor, ocupaba la pared entera y había en su interior al menos una docena de seres marinos de distintas especies, junto con un par de barcos hundidos, un submarino que lucía en su casco metálico el título de Nautilus y que se sostenía a media altura gracias a un hilo casi invisible, y una ciudad de edificaciones de uno y dos pisos en cuyo centro se alzaba una pirámide semiderruida. En los límites de la ciudad un poste sostenía un cartel en el que se leía: «Bienvenido a la Atlántida».

En la pared que quedaba a la derecha del acuario, además de un sofá de tres plazas, había una serie de mapas enmarcados. Mapas antiguos en los que se podía apreciar cómo a lo largo de los siglos se había ido ampliando el conocimiento del mundo.

Las dos paredes restantes estaban ocupadas por una mesa en forma de ele con diversas pantallas de ordenador encima, varias CPUs conectados entre sí, una impresora, un par de teclados y una silla que parecía un trono futurista.

—Esta es la puerta de acceso.

—Yo solo he sido capaz de dar unos cuantos paseos por ese mundo.

—Nunca has tenido paciencia.

—La verdad es que siempre he sentido ciertos recelos de entrar ahí. Es infantil, ya lo sé, pero no me gustaba estar demasiado tiempo.

—Al contrario que la superficie, ahí abajo todo es más seguro. El rastro que dejas queda camuflado por cientos o miles de capas de códigos encriptados, y eso te da una libertad que, si no es absoluta, está muy cerca de serlo.

—Una libertad tan grande tiene sus peligros. Extraña frase, ¿verdad?

—Claro, pero es cierto. Es como uno de esos dichosos IMDs: se creó para ayudar a los enfermos de alzhéimer pero enseguida pasó a utilizarse como una especie de droga para enfermos de nostalgia. El lado oscuro de internet surgió con la idea de que un activista de un país bajo un régimen dictatorial pudiera expresar sus ideas sin miedo a represalias, y hacer que su grito de auxilio llegase a cualquier otro rincón del mundo. Pero enseguida los criminales más repugnantes vieron su oportunidad de oro y la aprovecharon.

—Las dos caras de la raza humana.

—Sí. Eso es. Lo bueno es que el lado positivo sigue estando ahí, los reprimidos pueden expresarse sin que la Gestapo reviente la puerta de su casa. Se puede acceder a información censurada, solo por eso merece la pena, ¿no crees? Lo demás está ahí también, pero puedes ignorarlo. Es como el mapa mental de la ciudad en la que vives: hay calles en las que sabes que es mejor no entrar solo si no quieres tener problemas, y hay otras calles que te conducen a donde quieres ir. La salvedad es que algunas de esas calles no existen en la superficie, son subterráneas y es necesario saber la contraseña que abre la puerta.

—¿Nos ponemos manos a la obra?

—Sí. Dijiste que tenías un nuevo hilo del que tirar. El de tu sueño. ¿Me lo cuentas?

—Tenemos que encontrar al Minotauro.

Iker miró a su amigo en busca de una explicación.

Navegaron toda la noche por la superficie de la red y también por sus zonas más oscuras e inaccesibles para la mayoría de la gente. Zacarías había recordado lo que su cliente había comenzado a contarle justo antes de la aparición del pistolero: Guillermo había recibido un mensaje del departamento de Recursos Humanos de una empresa llamada Minotauro.

La información pronto comenzó a acumularse en sus manos, al ritmo que la impresora escupía más y más hojas de papel.

Minotauro era el nombre de una empresa químico-farmacéutica fundada en Boston en 1997 mediante la fusión de varias empresas, tanto norteamericanas como europeas. En su consejo de administración había exdirigentes de Bayer, Merck, Schering, Abbot y AlphaMed, que habían conseguido en muy poco tiempo que la nueva marca obtuviera beneficios que resultaban abrumadores, y había desbancado a Pfizer, la que hasta entonces era la mayor compañía farmacéutica del mundo. Las acciones de Minotauro lideraban las cotizaciones en la Bolsa de Nueva York, Londres y Frankfurt. Sus éxitos habían sido tantos y tan grandes que otras empresas de la misma rama, con más de un siglo de historia, habían caído en picado bajo su sombra.

No obstante, como con cualquier otro laboratorio farmacéutico, también existía una crónica negra ligada a alguno de los productos creados por

Minotauro. Unas píldoras anticonceptivas comercializadas con el nombre de Blesmin parecían estar relacionadas con numerosas muertes por efectos secundarios, lo mismo que la Taurostinina, un antihemorrágico utilizado en cirugía cardíaca del que se sospechaba que aumentaba notablemente el riesgo de infartos. Un antidepresivo con el nombre de Zolotina había provocado un aumento de la agresividad y varios intentos de suicidio en quienes lo tomaban. En todos estos casos, Minotauro había sorteado el escándalo al alcanzar acuerdos extrajudiciales con miles de demandantes. En otros casos más sangrantes se había limitado, al parecer, a retirar sus productos del mercado y a pagar altas sumas de dinero a los medios de comunicación para que no se hicieran eco de los experimentos realizados en diversas regiones de África y Asia. Solo unos pocos periodistas habían escarbado en esos temas, pero sus crónicas, en la mayoría de las ocasiones, no habían llegado al público. Pero sí a la web oscura.

En 2019 un retroviral utilizado en enfermos de SIDA había sido retirado del mercado por su relación con casos de embolia y ataques al corazón, pero Minotauro le había cambiado el nombre y lo había seguido utilizando en países del tercer mundo hasta que un periodista de nacionalidad danesa lo había descubierto y había empezado a publicar una serie de artículos sobre el tema. El periodista, Joachim Larsen, había muerto en un extraño accidente de tráfico al mismo tiempo que el retroviral desaparecía definitivamente del catálogo de la empresa. Para entonces, en lugares como Lesotho y Botswana, donde alrededor de un cincuenta por ciento de la población femenina estaba infectada de VIH, las consecuencias del uso extendido del retroviral eran incuantificables.

En los primeros años de la década de 2020 no hubo problemas con fármacos comercializados, sino con ensayos clínicos de nuevos medicamentos para los que Minotauro había recurrido en secreto a poblaciones de las regiones más pobres de África y Asia. Según varias crónicas firmadas por periodistas *free lance* de diversos países, en ocasiones se había administrado placebo a enfermos solo para comprobar cómo iban deteriorándose hasta morir, incluso en casos de mujeres embarazadas, para acreditar la transmisión materno-fetal de la enfermedad. En poblaciones indígenas muy pequeñas se habían administrado virus con el propósito de probar nuevos antiviruses que habían resultado ineficaces, con lo que poblados enteros habían sido

exterminados en aras de avances médicos que nunca habían llegado a producirse. Eso era lo que, según un artículo de un periodista alemán, había sucedido en la isla Sentinel del Norte, en el archipiélago de Andamán, donde toda su población, hasta entonces no contactada por la civilización, había fallecido como resultado de las pruebas que Minotauro había realizado con ellos. No obstante, ni siquiera el periodista podía confirmar qué tipo de sustancia se les había administrado ni cómo.

A primera hora de la noche, el móvil de Zacarías había sonado dos veces, las dos por llamadas de Nimbo, lo que acrecentó las sospechas del investigador de que el sistema domótico de su casa había sido hackeado. Las había ignorado, absorto en la información que el buen hacer de Iker iba desenterrando de la red.

—Esto no es nuevo —murmuró Iker—. Los laboratorios farmacéuticos siempre han estado envueltos en polémicas.

—Lo sé. Pero no por eso se debe ignorar. Todavía nos falta mucha información, pero es posible que el asesinato de Perdomo y el misterio de mi cliente tengan relación con algún nuevo escándalo de la industria farmacéutica.

—Por lo poco que tenemos sobre tu fantasma, esa teoría es tan probable como cualquier otra. Quizá un día el tal Guillermo se cruzó en el camino de un marido celoso, y ya está, a saber.

En ese momento, cerca de las cuatro de la madrugada, sonó de nuevo el teléfono de Zacarías. Esta vez era un mensaje. Echó un vistazo a la pantalla para ver el número del remitente y se sorprendió al reconocer el de su madre. ¿Acaso la mujer no podía dormir? Deslizó la yema de su índice sobre la pantalla para desbloquear el móvil y pulsó para abrir el mensaje.

«Jaque mate».

—¿Qué diablos? —masculló, atrayendo la atención de su amigo.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé —fue la respuesta de Zacarías, en la que Iker percibió un leve temblor de la voz.

* * *

Delia Guerrero apagó su ordenador, recogió sus cosas y abandonó la

comisaría central. Había encontrado un apartamento de alquiler no muy lejos, así que solía ir andando a pesar de que, desde el primer día en su nuevo destino, no había abandonado su mesa hasta bien pasada la medianoche, y para entonces las calles estaban desiertas y escasamente iluminadas.

No había tenido un mal recibimiento en Alicante, pero tampoco podía definirse como bueno. Sabía que su historia había llegado antes que ella, y a ningún policía le gustaba tener como nueva compañera a quien había denunciado a varios colegas de Valencia, acusándolos de abuso de autoridad y enriquecimiento ilícito. Las autoridades se habían visto obligadas a iniciar una investigación, pero se habían apresurado a cerrarla en falso y a esconder la suciedad del Departamento de Policía bajo una alfombra muy gruesa. Su jefe directo le había recomendado a Delia que solicitara el traslado, y ella lo había hecho ese mismo día, ansiosa por perder de vista a sus compañeros corruptos y a sus superiores. En la comisaría central de Alicante no le habían puesto problemas, pero tampoco la habían recibido con los brazos abiertos. Algunos la miraban con suspicacia, y solo unos pocos parecían admirar su coraje.

No le importaba demasiado. Se había acostumbrado desde pequeña a ir a su aire y se había formado una personalidad cerrada y serena que le servía de coraza. En algunas ocasiones había tenido la tentación de saltarse las normas y extralimitarse con algún delincuente, pero era consciente de que si lo hacía no habría marcha atrás. De hecho, estaba íntimamente convencida de que varios de los policías corruptos a los que había denunciado habían comenzado justo así, saltándose una norma para atrapar a un asesino o a un violador; pero una vez rebasadas las líneas ya no era fácil volver al otro lado. Quien se excedía una vez, tendía a volver a hacerlo, y no mucho después ya no existían demasiadas diferencias entre los que se suponía que estaban a un lado y los que debían estar al otro.

Lo había dejado todo en Valencia, pero en su caso, «todo» era más bien poco, así que no sentía nostalgia. Su padre vivía retirado en Madrid, su madre había muerto en el 29, igual que su hermano pequeño. Se había despedido de su última pareja más o menos estable hacía más de año y medio, con lo que Alicante le parecía tan buen lugar como cualquier otro. Vivía para su trabajo y se decía con insistencia que, aunque el mundo había cambiado desde la pandemia, ahora más que nunca era necesario mantener el orden y respetar las leyes para que todas esas películas y novelas distópicas de finales del siglo

XX y principios del XXI no se convirtieran en una realidad. Pese al virus, pese a la drástica reducción que había sufrido la población mundial, continuaba habiendo carteristas, ladrones de bancos, asesinos, violadores, estafadores; la policía era más necesaria que nunca en el corazón de las ciudades. De los problemas en el extrarradio se encargaba el ejército, porque solían estar relacionados con grupos de infectados o individuos solitarios que intentaban traspasar la zona de exclusión; pero el interior de las urbes seguía estando bajo control de la policía. Delia prefería no pensar en lo que sucedía en el exterior, en eso se comportaba igual que la inmensa mayoría de la población sana.

Se quedó dormida en el sofá de su apartamento de alquiler, no era la primera vez. Un rato después abrió un ojo lo suficiente para ver que la televisión estaba encendida, estiró el brazo y tanteó sobre la mesa hasta dar con el mando a distancia para apagarla, pero no se le pasó por la cabeza ir al dormitorio. Se giró hacia el respaldo y volvió a dormirse.

Al amanecer, la despertó una sirena que no era tal, sino el sonido de su móvil por una llamada entrante. A los pocos segundos de haber contestado supo que aquel extraño caso de Zacarías Buenaparte acababa de dar un nuevo giro.

* * *

María Solzhenitsyna era una persona de costumbres fijas. No dormía más de cinco horas cada noche, aunque solía echarse una siesta de cerca de una hora después de comer. Le gustaba madrugar y mantenerse activa. Si nada se lo impedía (y no consideraba la lluvia un impedimento), salía a pasear todas las mañanas temprano y también al atardecer. A menudo llevaba consigo un libro, y cuando se sentía algo cansada buscaba un banco en el que sentarse y aprovechaba el tiempo de recuperación sumergiéndose en la novela. Le gustaban todos los géneros, aunque sentía cierta predilección por las de índole histórica, y también por las crónicas de viajes. En casa repartía su tiempo entre el cuidado del jardín, la cocina, donde disfrutaba experimentando con nuevas recetas que casi siempre le salían defectuosas, y la práctica del ajedrez. Aparte de con su hijo, jugaba por internet contra rivales de los rincones más alejados del planeta, a algunos de los cuales había conocido en

su ya lejana juventud. La mitad del salón estaba ocupado por diversos tableros con partidas a medias. En la mayoría de ellos las piezas eran normales, sin adornos, pero en otros las había extravagantes: las blancas eran soldados de la Unión, las negras miembros del ejército confederado; las torres eran auténticos castillos con dragón incluido, los peones, soldados de infantería, los caballos llevaban jinete, los alfiles eran magos que sostenían una bola de cristal o una vara de fresno; las blancas eran cruzados, las negras, infieles; las blancas eran la comunidad del anillo, las negras, orcos liderados por Saruman, el Blanco.

Solo uno de sus rivales a distancia derrotaba a María con cierta frecuencia. Un islandés llamado Adam Gunnarson, al que había conocido cuando su padre la llevaba de torneo en torneo. Gunnarson había sido su mejor contrincante entonces, y todavía lo era. Ambos habían sentido un gran respeto por el otro, y quizás algo más, pero ninguno había tomado la decisión de darle voz a ese sentimiento, de modo que se habían limitado a jugar largas partidas y a lanzarse indirectas por medio del correo electrónico y, en ocasiones especiales, también por teléfono. Mientras había estado casada, su marido nunca había sabido de la existencia de Gunnarson, y tampoco su hijo Zacarías estaba al corriente. Adam Gunnarson era un secreto, y María Solzhenitsyna estaba segura de que para la familia y conocidos del islandés ella también lo era.

Esa noche, tras realizar un jaque mate a un rival argentino y aceptar a regañadientes unas tablas con una contrincante canadiense mucho más joven que ella, se sentó en el jardín para proseguir con la lectura de *Perorata del apestado*, el libro que la inspectora Guerrero le había regalado.

Le gustaba la lectura, pero desde el ataque que había sufrido su hijo no lograba concentrarse, ni en los libros ni en el ajedrez. Dejó un momento el libro y llamó a su casa, y descubrió por Nimbo que Zacarías se había marchado con Iker. Le extrañó, pero como era tarde optó por no llamarlo al móvil. Lo haría por la mañana.

Recuperó la novela del autor italiano y leyó unas páginas más. Luego notó que los párpados empezaban a pesarle, y al mismo tiempo, oyó el ruido en la parte trasera de la casa.

Cuando fue a echar un vistazo, sospechando que el perro del vecino había vuelto a escaparse, o que algún gato callejero había decidido investigar en su

jardín trasero, descubrió que las sombras tenían vida propia.

* * *

Zacarías Buenaparte volvió a mirar aquellas dos palabras que formaban el mensaje de texto que acababa de recibir. «Jaque mate». No le preocupaban por sí mismas, pues estaba acostumbrado a recibirlas. Lo inusual era la hora, pues sabía que su madre se acostaba entre las doce y la una y, si acaso alguna noche no podía conciliar el sueño, permanecía de todos modos en la cama con algún libro. Tampoco encajaba el mensaje en sí, dado que la última partida la habían terminado en el hospital.

Pulsó para llamar al remitente y no obtuvo respuesta. Lo intentó por segunda vez con el mismo resultado. María Solzhenitsyna nunca había querido un sistema domótico como Nimbo, así que no había otra posibilidad de contactar con ella. Y aunque estuviese dormida y el mensaje se hubiera enviado solo por error, las dos llamadas la habrían despertado de su sueño.

—¿Qué? —insistió Iker, al ver la expresión de incertidumbre de su amigo.

Zacarías negó con la cabeza para mostrar su ignorancia, pero enseguida dijo:

—Mi madre. Es raro... Préstame tu coche.

—Todavía no son ni las cuatro. ¿Vas a visitar a tu madre a estas horas? Dime, ¿qué es lo que pasa?

—Ya te digo que no lo sé, pero es precisamente por la hora por lo que quiero acercarme a su casa.

—¿Te acompaño?

—No, solo déjame tu coche. Tú sigue buscando información de Minotauro. Todavía no hemos mirado las bases de datos de sus empleados. A ver si encuentras ahí al fantasma.

—A tus órdenes, jefe. Si lo encuentro, quiero un aumento, que lo sepas.

—Tienes tú más pasta que yo, así que no cuentes con ello.

—Te denunciaré al sindicato.

Zacarías condujo el todoterreno de Iker a través de la ciudad dormida hasta la zona residencial a espaldas de la playa de San Juan, donde a finales

del siglo anterior se habían construido varias urbanizaciones de chalés de lujo en torno a un campo de golf. No había apenas tráfico, así que llegó en poco más de diez minutos desde la casa de su amigo. Detuvo el vehículo frente a la entrada del número diecinueve, el de su madre. Las luces estaban apagadas, pero eso no lo tranquilizó del todo. Revisó su móvil por si hubiera algún nuevo mensaje, y al comprobar que no, se decidió a pulsar el timbre.

No hubo respuesta.

Probó otra vez con el mismo resultado, así que, con esfuerzo y un latigazo de dolor en la zona donde había recibido la bala, saltó la verja y se internó en el jardín delantero.

La puerta corredera de la terraza estaba abierta y la cortina se agitaba con la brisa, como un espectro. Su madre nunca la habría dejado abierta, a no ser que estuviera despierta, y la ausencia de luz descartaba esa opción. Caminó hasta el umbral y llamó a voces:

—¡Mamá! ¡Mamá!

Buscó el interruptor en la pared y encendió la luz. Repitió esa acción en todas las estancias por las que fue pasando, incluido el pasillo. Todo estaba en orden, excepto por la ausencia de María. La llamó varias veces más, alzando la voz, sin que su madre respondiera. Había mantenido su nerviosismo bajo control hasta que entró en el dormitorio principal, en la planta de arriba, y halló la cama intacta, sin muestras de que se hubiera utilizado desde el día anterior; entonces sintió que el miedo se apoderaba de todo su ser. Hasta ese momento se había empeñado en creer que habría una explicación absurda al mensaje, pero ahora ya no le cabía duda de que no iba a ser así. Nada de lo que estaba viendo encajaba con las costumbres de María Solzhenitsyna.

—¡Mierda, mamá! ¿Dónde estás? —lo dijo en voz alta, con la infantil esperanza de que su madre le contestase desde cualquier rincón en el que todavía no hubiera mirado.

Bajó y fue a la cocina, donde tampoco vio nada fuera de lugar. Su madre acostumbraba a salir sola, pero nunca de noche, y menos aún dejando la puerta abierta. La llamó otra vez al móvil, con el mismo resultado de antes.

Regresó al jardín frontal y buscó algún indicio de que allí hubiera ocurrido algo, pero todo parecía indicar tranquilidad: la mesa redonda donde alguna vez madre e hijo habían desayunado juntos, las dos sillas de respaldo alto y acolchado, un libro boca abajo. Quizá solo la presencia del libro fuera

extraña: lo normal era que María lo hubiera llevado al interior si había terminado de leer.

Quedaba la parte trasera del jardín, más reducida, apartada de la vista desde la calle y desde las casas vecinas. Caminó hacia allí en el momento en que, afuera, las fachadas de la urbanización se teñían del azul que proyectaban las luces de un coche patrulla.

María Solzhenitsyna estaba allí, mirando el cielo nocturno con ojos ciegos.

9. REPARACIONES OLIVARES

La inspectora Guerrero penetró en el jardín de María Solzhenitsyna cuando el amanecer comenzaba a abrirse camino. Varios agentes de la Policía Científica habían llegado poco antes que ella y ya estaban inmersos en su labor. Un agente de la Policía Local le indicó el camino para rodear la casa y alcanzar la parte de atrás, donde otro agente local miraba fijamente a Zacarías Buenaparte, sentado en el suelo con la espalda contra la pared, las piernas encogidas y los brazos reposando sobre las rodillas.

Guerrero mostró su identificación al agente y dedicó un gesto silencioso a Zacarías, que ni siquiera parecía haberse percatado de su llegada.

María yacía boca arriba, con los brazos abiertos en cruz. Dos enormes tirafondos de hierro sobresalían de la cara interior de sus muñecas, y en su cuello se distinguía un profundo corte que iba de lado a lado. Las piernas las tenía cruzadas y extendidas. Estaba vestida con un pijama blanco y una bata roja de poco grosor.

—Un vecino dio la voz de alarma al ver a un hombre saltando la valla — explicó el agente—. Mi compañero y yo llegamos en cuestión de minutos, pero el intruso resultó ser el hijo de la víctima. Avisamos a comisaría y...

—Gracias, agente —le cortó la inspectora. En cuanto el nombre de la víctima y el del hombre retenido por la pareja de agentes destacados en el lugar del crimen habían llegado a oídos del comisario, este había decidido llamarla a ella. Se arrodilló y miró a Zacarías. El investigador privado tenía la mirada perdida y húmeda—. ¿Me cuenta qué ha sucedido aquí, señor Buenaparte?

Cuando Zacarías consiguió reaccionar, le mostró el mensaje que había recibido en el móvil y, poco a poco, entre interrupciones para sorberse la nariz y pasarse el dorso de la mano por los pómulos, le contó cómo había

llegado hasta allí. Guerrero le instó a que le contase todo cuanto había hecho desde que había recibido el alta en el hospital, interesándose por la razón por la que Zacarías había decidido no ir a su casa.

—¿Se pueden hackear esas cosas? —inquirió la inspectora cuando Buenaparte le reveló sus sospechas.

—No lo sé con seguridad. Simplemente me sentí inquieto al llegar a casa, así que le pedí a mi amigo que me diera alojamiento.

—Entonces él podrá confirmar lo que me está diciendo, la hora a la que usted se marchó.

Zacarías asintió, de mala gana.

—Si se le ha pasado por la cabeza que yo he podido hacer esto...

—No. Sé que usted no lo ha hecho, pero para mi investigación es importante que no quede el menor resquicio de duda. El forense no tardará en llegar, y él nos podrá dar una primera idea de la hora en que se produjo el crimen. Aguarde un momento —dijo Guerrero, y le hizo un gesto al agente de la Policía Local—. Hágame el favor de pedir a los compañeros de la Científica que busquen el teléfono móvil de la víctima.

—No está aquí —intervino Zacarías—. Me enviaron el mensaje desde el teléfono de mi madre.

—Lo sé, ya me lo ha dicho. Pero quiero asegurarme de que no lo hicieron desde aquí. ¿Alguna idea de quién o quiénes han atacado a su madre?

—La misma persona que ordenó dispararme a mí, la misma que ordenó asesinar a Perdomo y la misma que sabe la verdad sobre mi cliente, y que posiblemente lo tenga secuestrado.

—Tiene que ponerme al corriente, Zacarías. Está claro que ha vuelto a dejarme fuera de juego y me estoy hartando de esta situación.

El móvil de Zacarías, que aún sostenía en su mano después de haberle enseñado el mensaje de: «Jaque mate», emitió una breve sucesión de pitidos y ambos lo miraron.

—Es de Nimbo —aclaró el investigador.

—¿Nimbo?

—El sistema domótico de mi casa. —Abrió el mensaje y la expresión de su rostro quedó petrificada en una mueca de horror.

Delia Guerrero le arrebató el aparato y leyó el texto:

«Estás ahí, ¿verdad? Estás viendo a la mujer que se ha crucificado por ti. No habrá más advertencias».

—¡Joder! Esto demuestra que su sospecha era correcta. Voy a hacer unas llamadas. Agente, quédese con el señor Buenaparte. Y que alguien cubra el cuerpo de la señora Solzhenitsyna. ¿No llega el forense? —La inspectora se desplazó a la otra zona ajardinada y dedicó los siguientes quince minutos a realizar varias llamadas al comisario y al Departamento de Delitos Cibernéticos de la Policía Nacional. Mientras hablaba con su superior, sus ojos se posaron sobre el libro que le había regalado a la víctima, y por un instante se quedó en blanco. Aquella mujer asesinada de manera tan salvaje le había caído bien desde el primer momento en que la había visto. Por regla general, no conocía de antemano a las víctimas de los casos que le tocaba resolver, y hubiera deseado que siempre fuese así. Terminó de informar al comisario y realizó la segunda llamada sin poder quitarse una molesta interrogante de la cabeza: «¿De qué diablos va todo esto?».

* * *

Zacarías Buenaparte sintió por vez primera el deseo de matar a alguien en las horas posteriores al descubrimiento del cadáver de su madre, y ese deseo no menguó en los momentos en que la depresión se apoderaba de su estado de ánimo. A pesar del mensaje que los asesinos habían enviado a través de Nimbo, no pensaba detenerse. Al contrario. Lo que ellos habían considerado la advertencia definitiva no había hecho sino detonar las ansias de venganza del investigador privado.

El único alivio en los días que siguieron lo obtuvo cuando la inspectora Guerrero le confirmó que, según la autopsia, su madre había muerto antes de que la clavarán al suelo con los tirafondos.

Iker dedicó esos días a profundizar en cualquier dato disponible en la web oscura sobre Minotauro. Los dos amigos se aferraban a la posibilidad de que el gigante farmacéutico tuviera algo que ver, directa o indirectamente, con lo que estaba sucediendo. Existían varias sedes principales, en Nueva York, en México D.F., en Madrid, en Newcastle y en Goteborg, y el número de empleados en sus diferentes departamentos era muy elevado. En la junta directiva coincidían varias nacionalidades: tres estadounidenses, un danés, un

sueco y dos alemanes, todos ellos superaban los setenta años de edad. Por debajo de la junta, la empresa se organizaba mediante comités. Había uno a cargo de cada una de las sedes, que a su vez se dividían en varios subcomités de departamento, otros dos a nivel continental, uno en Europa y otro en América, y, por último, uno que supervisaba a esos dos y establecía la comunicación entre la junta directiva y el resto de la empresa. Todo indicaba que era este comité el que gobernaba Minotauro, pues los siete directivos parecían estar dedicados a vivir un retiro dorado, y solo se reunían una vez al año.

Entre los productos estrella de la farmacéutica había antidepresivos, antipsicóticos, vacunas contra la meningitis y la disentería, medicamentos contra la leucemia aguda, tratamientos de la enfermedad de Hodgkin y del sarcoma osteogénico... Algunos de estos medicamentos también contaban con su leyenda negra, así que Iker probó a establecer contacto con algunos de los periodistas que habían publicado artículos denunciando los métodos de pruebas llevados a cabo por Minotauro.

* * *

María Solzhenitsyna fue incinerada tras la autopsia y un breve funeral al que solo asistieron Zacarías, Iker y la inspectora Guerrero, que pese a lo vacío de la sala, prefirió sentarse en una de las últimas filas.

Para entonces también había terminado el exhaustivo registro que la Policía Científica había realizado en su chalet, sin que se hubiera hallado nada interesante para la resolución del caso. Al fin Zacarías pudo entrar de nuevo y empezar a pensar qué hacer con aquella casa y con su contenido. Los tableros de ajedrez, con sus piezas a mitad de partida, quedaron convertidos en la mejor imagen de una vida interrumpida de forma imprevista.

A los pocos días, Zacarías tomó la decisión de poner el chalet en venta a un buen precio, para que no faltasen compradores, y dejó el asunto en manos de la inmobiliaria de Iker. Hizo lo mismo con su propia casa, después de apagar a distancia a Nimbo y desconectarla por completo. Experimentó una sensación incómoda al activar los comandos que anulaban a la que había sido su compañera fiel durante los últimos años, su secretaria, su ama de llaves, su cocinera... Podría decirse que Nimbo era la tercera víctima mortal de aquel

caso.

—¿Estás seguro de que lo que quieres hacer es vender las dos casas? —le preguntó Iker, ante una caja de *pizza* cuatro estaciones y dos botellines de cerveza—. Puedes quedarte conmigo todo el tiempo que quieras, pero no creo que debas apresurarte en vender.

—Quiero dinero rápido —se limitó a responder Zacarías.

—¿Para buscar al fantasma?

—Al fantasma y a los asesinos de mi madre y de Perdomo.

Iker dejó el trozo de *pizza* que tenía en la mano sobre su plato y se inclinó hacia delante para mirar a su amigo a los ojos.

—Escucha, sé lo que me vas a contestar, pero... Miranos, Zacarías, somos tú y yo. Sé que llevas años trabajando de investigador privado y que has hecho cosas, pero ahora estamos hablando de asesinos, no de estafadores. Esta gente, sea quien sea, es peligrosa. ¿Qué vamos a poder hacer tú y yo contra ellos? No estoy diciendo que lo dejemos estar, sino que le pasemos toda la información a la inspectora Guerrero. Deja que sea ella la que lidie con los asesinos.

—No.

—¡Vamos! Utilizabas a Perdomo cuando necesitabas pasar el límite de la ley, y ahora ya no puedes contar con él. ¿Piensas convertirte en un justiciero?

—Quiero vengar a mi madre y no quiero esperar años a que la Policía lleve a cabo su investigación. Te necesito, Iker. Por ahora te necesito, pero luego, cuando la cosa avance, te quedarás atrás.

Iker asintió. Se llevó el pedazo de *pizza* a la boca y masticó unos segundos antes de decir:

—Eso lo decidiré yo.

Los dos hombres se mantuvieron la mirada, intentando reconocer en sí mismos y en el otro a los dos jóvenes que trece años antes habían estudiado juntos en la universidad, mientras pensaban en poco más que divertirse y disfrutar de la vida. Desde entonces el mundo había cambiado a peor y ellos con él; ambos lo habían perdido prácticamente todo y estaban dispuestos a emplear lo poco que aún les quedaba en la búsqueda de un fantasma y de unos asesinos.

* * *

No hubo suerte con ninguno de los periodistas *free lance* que habían investigado a Minotauro. Era probable que la causa fuera la desconfianza de los periodistas hacia cualquiera que pretendiera contactarlos, pero Iker siguió una intuición y desvió un poco el enfoque de su búsqueda, lo que le llevó a averiguar que al menos tres de esos reporteros habían fallecido en accidentes. Uno de ellos, de nacionalidad italiana, había muerto mientras realizaba submarinismo; otros dos, uno egipcio y otro inglés, habían perdido la vida al estrellarse su avioneta en el río Omo, Etiopía, cuando pretendían llegar a un poblado de la tribu de los Karo. Un cuarto, alemán, había sido dado por desaparecido en la selva de Zambia poco después de anunciar en su propio *blog* que andaba tras la pista de algo muy importante.

La siguiente idea fue de Zacarías:

—Supongamos que nuestro fantasma no fue el único empleado de Minotauro que cambió de identidad aprovechando las muertes producidas por la pandemia. Podríamos buscar a otros empleados que oficialmente hayan fallecido y....

—¿Y compararlos con las listas de víctimas del virus del 29? Eso es tarea imposible, Zacarías. Me estás pidiendo que busque una aguja en un pajar sin siquiera estar seguro de que la aguja esté ahí.

—Podríamos reducir la búsqueda a los fallecidos poco después del 29. Puede que los empleados de Minotauro muertos en ese período no sean muchos.

—Probaré, pero no cuentes con ningún éxito por ese lado. Escucha, ni siquiera sabemos si todo esto tiene relación con Minotauro. Tu cliente te dijo que había recibido una oferta de trabajo, pero os interrumpieron antes de que te confirmase si la había aceptado o no. Quizá no llegó a trabajar ahí.

—¿Y toda esta información que estamos reuniendo? —dijo Zacarías, haciendo un gesto con la barbilla hacia el disco duro en el que Iker metía todos los artículos y referencias que había encontrado hasta el momento y la montaña de papeles que ya había impreso.

—Esto solo indica que Minotauro se ha enriquecido a base de experimentar en el tercer mundo y sacrificar a cientos de personas como cobayas humanas. Nada nuevo cuando uno habla de empresas farmacéuticas. Los de Bayer colaboraron con el régimen nazi en la Segunda Guerra Mundial.

El compuesto químico con el que se gaseaba a los prisioneros de los campos de concentración era cosa suya, ¿no lo sabías? Y a comienzos de este siglo los laboratorios Roche vendieron a los gobiernos de medio mundo un remedio contra el virus de la gripe aviar apoyándose en sus contactos en la Casa Blanca y a sabiendas de que dicho remedio era ineficaz. Cualquiera que busque información sobre un determinado laboratorio farmacéutico encontrará algo desagradable, te lo aseguro. Pero seguimos sin saber si tu cliente fantasma llegó a tener algo que ver con Minotauro.

Zacarías se levantó y dio un par de vueltas por la estancia para acabar dando un cabezazo de desesperación contra el cristal del acuario. Un pez espiga se colocó frente a él y lo observó con curiosidad.

—Tienes razón. Joder, tienes razón. Pero, si no seguimos por ahí, ¿por dónde tiramos?

Iker también se puso en pie, fue a la escalera y subió a la planta baja. Regresó unos minutos más tarde, con dos tazas de café, y encontró a su amigo sentado en su silla con gesto pensativo. Le ofreció una de las tazas y se quedó con la otra.

—Vamos a tirar por todas partes hasta que encontremos el hilo correcto — dijo—. Y cuando lo encontremos, tiraremos de él hasta deshacer todo el puto ovillo. Tenemos tiempo y medios para hacerlo, solo necesitamos tener paciencia y no hacer estupideces.

Zacarías asintió y se llevó el café a los labios, pero estaba tan caliente que apenas bebió.

—Gracias, Iker.

—No me seas capullo.

—No, en serio, gracias.

Iker lo miró y vio los ojos enrojecidos de Zacarías. La muerte de su madre lo había hundido. La de Perdomo lo había dejado tocado, porque se sabía responsable, pero la de María Solzhenitsyna lo había destrozado. Si ya habían estado unidos por su amistad, ahora también lo estaban por la muerte de sus seres queridos.

—Yo me encargo de la búsqueda, tú repasa tus conversaciones con el fantasma y anota todo lo que recuerdes. Empieza por apuntar todos los enfoques de búsqueda que se te ocurran, aunque sean absurdos. Y no estaría mal que te currases unas buenas recetas de cocina mientras te alojes en mi

casa sin pagar el alquiler.

Zacarías se puso manos a la obra. Cogió una libreta de media cuartilla que encontró en un cajón y escribió todo cuanto recordaba de su primera entrevista con su cliente, en su oficina, y de la segunda, en el paseo marítimo. También repasó las breves conversaciones telefónicas con Perdomo.

«En el segundo vídeo que recibió Guillermo aparecía una prostituta. ¿Nombre? Perdomo me lo dijo, pero ¿cuál era?».

Tamborileó con el lápiz sobre su rodilla hasta que el nombre de la chica brotó de la bruma de su memoria. Valery. Lo subrayó.

Había otros nombres, pero en el momento de escucharlos no les había dado excesiva importancia y ahora no los recordaba.

«La novia, ¿cómo se llamaba? De hecho, se casó con ella. Creo que no llegó a decirme el nombre, pero, entonces, ¿por qué tengo esa sensación de haberlo escuchado?».

No fue hasta varios minutos más tarde cuando recordó quién le había dado el nombre de una chica relacionada con su cliente. Había sido Iker, había encontrado datos de una multa impuesta a Guillermo González Bastida que no había pagado él, sino una mujer.

—La multa. Iker. ¿Quién pagó la multa?

Su amigo parpadeó para borrar de su retina el universo informático en el que se había sumergido y recuperar la visión tridimensional del sótano de su casa. Se pasó los dedos por el puente de la nariz y enfocó a Zacarías.

—¿Qué? ¿De qué multa me estás hablando?

—Le pusieron una multa a Guillermo después de expulsarlo de Berkeley. Tú encontraste ese dato, y me dijiste que la había pagado una mujer. ¿Quién fue?

Iker se mordió el labio inferior y sus manos volvieron al teclado. Minimizó la ventana que tenía abierta para dejar a la vista la pantalla del escritorio e hizo doble clic sobre el icono de una carpeta situada en la esquina superior derecha. Al abrirse, apareció un listado de archivos de distintos tipos. Fue leyendo sus nombres hasta dar con el que buscaba, de nuevo hizo doble clic sobre él y un par de segundos después dijo:

—Josephine Toole.

Zacarías apuntó el nombre en su libreta.

—Puede que solo fuera una amiga, un lío, cualquier cosa —murmuró Iker.

—Pero también puede que fuera la chica con la que se casó. Tenemos que buscarla. A ella y a una tal Valery.

—¿Y esa quién es?

—Una prostituta con la que el fantasma se vio algunas veces.

Iker asintió y maximizó la pantalla en la que había estado trabajando hasta aquella interrupción, y Zacarías retornó a sus recuerdos.

Escribió: «Guillermo González Bastida» en el centro de la página. De él partían dos flechas que apuntaban hacia otros dos nombres, «Valery» y «Josephine Toole». Añadió una tercera que señalaba la palabra «padres», y debajo escribió: «Dueños de una ferretería».

De nuevo intentó repasar la última conversación con Perdomo, justo antes de que a él le disparasen y a Perdomo lo asesinasen:

«Recuerdos inventados. Me dijo que había encontrado en el IMD del fantasma recuerdos inventados. Y luego me dijo que tenía que matarlo.

Ojalá lo hubiera hecho en ese momento».

Dejó a Iker buceando por la red y subió a la planta principal de la casa para llamar a la inspectora Guerrero. Si compartía algo de información con ella, tal vez la policía se inclinase a hacer lo mismo.

—¿Inspectora?

—Señor Buenaparte, ¿cómo va?

—La llamo porque he recordado algo. No sé si tendrá relevancia o no, pero...

—Le escucho.

—En uno de los vídeos que recibí mi cliente aparecía una prostituta con la que se vio varias veces en su propia casa. Se hace llamar Valery. Del este, creo recordar que según mi cliente, era ucraniana. Él comentó que quizá pudiera tener algo que ver. —No era exactamente así, pero no quiso confesar que había sido Perdomo quien había encontrado el nombre de la chica al copiar el IMD del fantasma.

—Tratándose de una prostituta es posible que ese sea su nombre de guerra, no el verdadero.

—Ya lo imagino.

—La buscaré, señor Buenaparte, y si doy con ella le mantendré informado.

—Gracias.

* * *

Como la gran mayoría de mujeres policía, Delia Guerrero no podía deshacerse de un poso de incomodidad cuando se involucraba en casos de prostitución. Incomodidad y un cierto deseo de venganza cuando lo que se proponía era desbaratar una red de trata. Pese a lo recurrentes que eran casos así, y pese a la coraza bajo la que pretendía protegerse, a Guerrero le continuaba incordiando la desidia y la vileza con la que algunos de sus compañeros varones enfocaban todo lo relacionado con la prostitución. Era un delito tan frecuente y conocido que a menudo se pasaba por alto. Cada cierto tiempo, llegaban órdenes desde arriba de centrar todos los esfuerzos en detener a traficantes de mujeres y en liberar esclavas sexuales, pero al poco las órdenes cambiaban, y durante una temporada no parecía importarle a nadie la existencia de proxenetas y de mujeres obligadas a prostituirse para sobrevivir.

Después de consultar al comisario, Guerrero fue a hablar con el inspector Vallares, el especialista en lo relacionado con proxenetismo. Hasta entonces solo se había cruzado con él unas cuantas veces, pero no habían intercambiado más que unas pocas frases que le habían servido para forjarse la impresión de que aquel tipo entraba dentro de la categoría de oficiales serios y poco comunicadores. Ella no lo sabía, pero Vallares había sido compañero durante más de la mitad de su carrera de varios de los policías a los que Guerrero había denunciado en Valencia, así que la razón de su poca comunicación con ella era en realidad el desprecio hacia quien consideraba una traidora.

Delia fue directa:

—Busco a una chica que se hace llamar Valery. ¿Te suena?

—Imagino que sabes que las prostitutas a menudo utilizan toda una galería de nombres. Esa Valery puede aparecer en mis registros como Sophie, Medusa o cualquier otra cosa. ¿No tienes más datos?

—Posiblemente ucraniana. Y no creo que se trate de una recién llegada.

Vallares resopló con visible hastío.

—A ver, ¿no tienes una foto?

—No.

Su interlocutor se echó hacia atrás y Guerrero intuyó que tenía la tentación de enviarla al diablo. En lugar de eso, dijo:

—Mira, vamos a hacer una cosa. Revisaré mis bases de datos y te pasaré a todas las Valery que encuentre. Y, de paso, si encuentro el Arca de la Alianza también te lo diré, ¿de acuerdo? Ahora discúlpame porque tengo mis propias investigaciones.

Guerrero le dio las gracias y regresó hacia su mesa, deseándole por lo bajo un dolor de muelas insoportable.

* * *

Zacarías escribió: «Perdomo» en una segunda página de la libreta. Se preguntó si tendría algún sentido investigar otras posibles razones a su asesinato y se respondió en voz alta que no. Estaba convencido de que Perdomo había muerto por lo mismo por lo que él había estado a punto de hacerlo.

Recordó el inicio de su relación. No sabía si definirla como amistad; desde luego no era la misma clase de amistad que le unía a Iker, pero era algo más íntimo que la relación entre un jefe y su subordinado. Perdomo había sido un tipo huraño y antisocial que por algún motivo se había sentido identificado con Zacarías. Desde aquella pelea en la que había decidido echarle una mano a Zacarías se había abierto con él como muy probablemente no lo había hecho con nadie más, pero lo cierto era que Zacarías, lo ignoraba casi todo sobre Perdomo. No sabía nada de su familia ni de su círculo de contactos; conocía su afición por el cine antiguo, por la informática y por la soledad, pero poco más. No tenía idea de parejas sentimentales que hubiera tenido, ni de socios, nada.

La única forma que se le ocurría de resolver el crimen del que Perdomo había sido víctima era resolver el caso del químico fantasma.

Así pues, dejó aislado en la página el nombre de Perdomo y, más abajo, escribió: «Hackers». Y de esa palabra extrajo dos flechas, una hacia «Nimbo» y otra hacia «IMD».

* * *

Delia Guerrero revisó los anuncios de contactos de la prensa y también de varias webs especializadas. Los nombres tras los que se ocultaban las chicas eran Marguerite, Divina, Ruby, Melany y cosas similares. Encontró tres Valerys y pidió a un compañero que las llamase al número indicado en el anuncio y les diese el nombre y la dirección del falso Guillermo Bermúdez García como lugar de encuentro. Ninguna de ellas había estado allí antes, así que las borró de la lista.

Por no quedarse quieta esperando, aprovechó las noches para acercarse a varias chicas que trabajaban en plena calle y preguntarles por Valery, pero tampoco obtuvo suerte. Había contado con ello, porque las chicas que hacían la calle no eran las mismas que visitaban a domicilio.

Tras un par de consultas a Vallares sin resultado, Guerrero habló con el comisario para decirle que necesitaba colaboración si se esperaba de ella que avanzase en la investigación. Apenas media hora después recibió en su mesa la llamada del inspector Vallares:

—No necesito a ningún supuesto compañero del cuerpo haciendo de correveidile con el comisario. —Su voz era la de alguien enrabiado que hablase apretando los dientes.

—Yo necesito colaboración por parte de mis supuestos compañeros del cuerpo y no desidia —repuso Guerrero, sin amilanarse.

—Has empezado con mal pie conmigo, chiquilla.

—Vallares, si vuelves a dirigirte a mí de esa manera te recomiendo que no te cruces conmigo; si es que valoras tu integridad física, nene.

El otro soltó un sonoro bufido de rabia y Delia lo imaginó cerrando los puños con toda su fuerza hasta que los nudillos se le pusieran blancos.

—Tengo una candidata para tu prostituta —dijo Vallares, tragándose su odio. Guerrero supo que él ya tenía esa información, pero solo la llamada que acababa de recibir por parte del comisario le había forzado a compartirla con ella—. Natural de Kiev. Trabaja a domicilio y en algún prostíbulo de los catalogados como de alto *standing*. Pertenece a Bohdan Kozak.

Guerrero sintió un escalofrío ante el uso de esa palabra, que indicaba que una persona podía ser propiedad de otra.

—¿Quién es ese?

—Sospecho que Kozak es el diablo en persona, si te vale con mi opinión. De él solo tenemos su nombre y su leyenda. Ni fotos ni más datos concretos

que las salvajadas que cometen sus hombres.

—¿Cómo puedo encontrar a Valery?

—Apunta el número.

* * *

Halyna Rybalko había buscado la forma de huir de Ucrania cuando los miembros de su familia y todos sus conocidos fueron cayendo víctimas del virus del año 29. La pandemia se había extendido con extrema rapidez por Europa del Este y en algunos países había alcanzado tasas de mortalidad que rondaban el noventa por ciento. Los supervivientes no habían dudado en emigrar, lo que había provocado columnas de personas dirigiéndose en su mayoría hacia el oeste. Muchos de ellos habían contraído la enfermedad pero no habían desarrollado los síntomas hasta que abandonaron su país de origen.

En multitud de lugares habían surgido mafias que no dudaron en extorsionar a las gentes que huían del virus. Les exigían dinero para llevarlos a países en los que la enfermedad parecía no haber llegado todavía, sorteando los controles policiales. Si no pagaban, les impedían el paso o les disparaban obligándoles a retroceder. Halyna tenía diecisiete años cuando cayó en la red que la transportó a España, y hacía tiempo que se había hecho a la idea de que jamás escaparía de sus garras.

* * *

Cuando llegó a la dirección que el hombre le había facilitado por teléfono, pulsó el timbre, y unos segundos después le abrió la puerta un joven alto, fornido y atractivo de suaves rasgos orientales que le sonrió con cierta timidez.

—¿Valery? —preguntó.

Halyna Rybalko asintió. Aquel nombre la protegía hasta cierto punto. Era Valery quien llevaba trece años ejerciendo la prostitución; Halyna continuaba viviendo en el raión de Desná, al nordeste de Kiev, protegida por muros de recuerdos más o menos felices. Eso era lo que se repetía como una letanía cuando estaba a solas, pero por mucho que insistía no había conseguido

creérselo del todo.

El joven le franqueó el paso y cerró la puerta, luego le indicó con un gesto que avanzase hasta el salón. Allí Halyna descubrió a Delia Guerrero y se paró en seco. Carraspeó un poco y adoptó un tono pretendidamente profesional:

—La presencia de una tercera persona cambia la tarifa de la que hablamos por teléfono.

Guerrero se levantó del sillón y le mostró su placa identificativa.

—Inspectora Guerrero, Policía Nacional, Departamento de Homicidios. Mi compañero es el agente Nakahara. Y tú eres Valery, ¿verdad?

Halyna no contestó. No era la primera vez que se las veía con la Policía, y ninguna de esas veces había servido para liberarla. Por su experiencia, tenía la impresión de que a la Policía le preocupaban otras cosas, asuntos y personas más importantes que una joven atrapada en una red que manejaba alguien demasiado poderoso y peligroso.

—Sí, soy Valery —dijo, procurando aparentar desinterés por toda aquella situación.

—¿La misma Valery que visitó en varias ocasiones a Guillermo Bermúdez García, con domicilio en la calle Huesca, número 22? —La expresión de Halyna mostró su sorpresa antes de que pudiera recomponerse y cambiarla—. Siéntate, Valery —dijo Guerrero con tono de orden—. Vamos a hablar un poco.

Durante la conversación, el agente Nakahara, nacido en Barcelona, de padre japonés y madre catalana, permaneció de pie en el umbral del pasillo, cambiando su foco de atención de la inspectora a la prostituta según cuál de las dos hablaba. Pese a lo que había oído sobre ella, experimentaba cierta simpatía hacia la inspectora y estaba claro que ella se había percatado.

Guerrero no quería poner en peligro a Valery sobrepasando el tiempo acordado por teléfono, pues daba por hecho que alguien controlaba todos esos detalles, de modo que la acribilló a preguntas y le exigió respuestas rápidas y concisas, amenazándola con complicarle la vida si la descubría mintiendo.

Ante eso, Halyna sonrió con tristeza. Era absurdo que alguien pretendiera complicarle la vida más de lo que ya estaba.

—¿Cómo entraste en contacto con el señor Bermúdez?

—Él visitó el club donde trabajo algunas noches. Se fijó en mí y alguien le dio una tarjeta con un número para contactarme cuando quisiera.

—¿Cuántas veces fuiste a su casa?

—Tres, creo. Sí, tres.

—¿Sabes algo sobre la extorsión a la que se ha sometido al señor Bermúdez?

—No sé nada de ninguna extorsión.

—¿Posees un IMD?

Halyna negó con un movimiento de la cabeza.

A una indicación de Guerrero, el agente Nakahara verificó la ausencia de cicatrices en la zona occipital de la chica.

—Nunca he tenido dinero para adquirir uno —mintió. Era obvio que el no tener un IMD era una decisión de la red de proxenitismo.

—¿Durante tus encuentros con Bermúdez viste o notaste algo que te llamase la atención?

—No sé a qué se refiere, inspectora.

—¿Te dio la impresión de que alguien lo estuviera vigilando?

—No lo sé. No me fijé.

—¿Y de que Bermúdez estuviera metido en algún asunto turbio?

—Es un hombre... agradable.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—No lo sé. Hace unas semanas, no sé el día exacto.

—¿No te ha extrañado que no volviera a llamarte?

—Me he acostumbrado a no extrañarme por nada.

—¿Te pidió alguien que obtuvieses información sobre él, sobre Bermúdez?

De nuevo Halyna hizo un gesto de negación.

—¿Quién es Bohdan Kozak?

De repente el rictus de Halyna quedó congelado.

—¿Quién?

—Kozak. Quiero que me digas quién es.

La cabeza de Halyna se movió de manera insistente de izquierda a derecha. No. Ese tema era tabú, se lo habían dejado claro. El nombre de Kozak era sinónimo de muerte.

—No conozco a nadie con ese nombre.

—Te he dicho antes que no me mintieras.

—No conozco a nadie con ese nombre —repitió Halyna.

Algo en los ojos de la ucraniana hizo que la inspectora Guerrero asintiese y pronunciase las palabras «Está bien, te creo» mientras garabateaba una interrogante en su libreta: «¿Alguien nos está escuchando en este preciso momento?».

Halyna se llevó la mano al oído izquierdo. Igual que a sus compañeras, a ella le habían instalado un dispositivo de escucha en el interior del oído. Todo lo que ella escuchaba, era escuchado también por agentes de la red que la mantenía prisionera.

Guerreroladeó su libreta para que el agente Nakahara pudiera leer la pregunta que había realizado. El hispano-japonés tragó saliva y se puso en tensión.

La inspectora se apresuró a hablar de nuevo para no levantar sospechas:

—Bien, solo te estaba sondeando, Valery. Kozak no me interesa. Pero necesito que me des toda la información que poseas sobre Guillermo Bermúdez García.

Halyna relajó la expresión de su cara e hizo un gesto para que Guerrero le tendiera su libreta y el bolígrafo:

—Ya le he dicho que no sé nada sobre ese hombre, Bermúdez. Fue agradable conmigo, no todos lo son. Él incluso me invitó a cenar. —Mientras hablaba, despacio, escribió varias líneas en la libreta con letras mayúsculas:

¿ESTÁ USTED LOCA?

BOHDAN KOZAK

=

MUERTE

Guerrero leyó y se pasó la mano por el rostro.

—Bien, Valery —dijo—. Creo que con esto hemos terminado. Te dejo mi tarjeta, y si Bermúdez volviera a llamarte quiero que me avises. Necesito hablar con ese hombre. Solo me interesa él, ¿de acuerdo? Ni tú ni nadie más, solo Guillermo Bermúdez. ¿Lo entiendes?

La chica asintió y se levantó. Guerrero sacó de su cartera una tarjeta con su nombre y su número en la comisaría y anotó en el dorso el de su móvil. Antes de dársela a la prostituta, utilizó de nuevo la libreta para darle un último

mensaje: «Envíame al móvil un mensaje de texto si necesitas ayuda, a cualquier hora, y tu ubicación».

—¿Puedo marcharme?

—Sí. Buena suerte, Valery.

Halyna le sostuvo la mirada unos segundos y se giró hacia el pasillo. El agente se hizo a un lado para dejarla pasar y luego le abrió la puerta. Cuando ella salió, Nakahara echó un vistazo al vestíbulo exterior. Cerró y volvió al salón.

—¿Quién coño es ese Kozak?

La inspectora le mostró la libreta.

—Según Vallares es el diablo en persona. Según Valery es la misma muerte. Creo que he metido la pata hasta el fondo.

* * *

Mientras cenaban una ensalada, Iker puso a Zacarías al corriente de la información que había obtenido hasta el momento.

—No te haces una idea de la cantidad de mujeres que se llaman Josephine Toole. Al escribir el nombre en un buscador, aparecen más de medio millón de entradas. Pero he encontrado a la Josephine Toole que nos interesa, o eso creo. Estudió en Berkeley del 23 al 26. Figura como viuda, pero tiene dos hijos con un tipo con el que, al parecer, no se ha casado.

—Eso encaja con lo que me dijo Guillermo. Su ex tenía hijos con su actual pareja, aunque, claro, dijo que estaba divorciado, no muerto.

—La señora Toole se mantiene activa en varias redes sociales y, por lo visto, tiene ínfulas de escritora.

—¿Has conseguido su dirección?

—Me ofendes, Zacarías. Ahora reside en Portland.

—Puede que merezca la pena hacerle una visita. —Apuntó la dirección y la leyó un par de veces mientras Iker se encogía de hombros.

—Como veas. Pasemos a lo siguiente: ¿sabes que uno de los mayores expertos en todo lo relacionado con la memoria vive aquí en Alicante? El doctor Santiago Ríos. Trabajaba en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en el Instituto de Neurociencias. He estado leyendo varios de sus

artículos y publicaciones, y la verdad es que dice cosas increíbles. Y algunas tienen relación con los IMDs.

—¿Por ejemplo?

—Pues fue uno de los que confirmaron la importancia del hipocampo en la codificación de la memoria episódica. Hay otra zona del cerebro, llamada núcleo accumbens, que tiene también un papel fundamental a la hora de determinar si una nueva experiencia pasará a ser un recuerdo de larga duración o uno que olvidaremos pronto. El doctor Ríos fue uno de los primeros en detallar los mecanismos que emplea el cerebro para recuperar la memoria almacenada, así como para bloquear los recuerdos de experiencias traumáticas. Ahí es donde Ríos destacó especialmente al afirmar que se podía actuar en las redes neuronales para borrar recuerdos y sustituirlos por otros. Se refería, por supuesto, a borrar recuerdos negativos o relacionados con adicciones, y cuando hablaba de sustituir esos recuerdos por otros, hacía referencia a reforzar otras redes neuronales para que recuerdos más positivos solapasen a los que se quisiera eliminar. Su trabajo fue una de las bases para la invención del IMD, que, como sabes, actúa directamente sobre el hipocampo. Si el hipocampo se atrofia o no funciona correctamente, perdemos recuerdos. Esto puede ocurrir de diversas formas, pero lo más frecuente es que perdamos los recuerdos más próximos, mientras que mantenemos los más lejanos en el tiempo.

—Eso es lo que les pasa a los que padecen alzhéimer.

—Exacto, pero no solo a ellos. Hay otras enfermedades que afectan el funcionamiento del hipocampo o entorpecen los procesos de codificación, consolidación y recuperación de la memoria. Los IMDs surgieron como solución a todo esto, pero ya sabemos que dieron lugar a usos que no eran los previstos originalmente. He encontrado webs clandestinas donde aseguran que venden IMDs con recuerdos ya incluidos, lo que al parecer hace que el individuo que se inserta un IMD de este tipo llegue a convencerse de que esos recuerdos son realmente suyos. Ahora imagínate, Zacarías, si se une lo que decía el doctor Ríos sobre borrar recuerdos con lo que prometen estas webs clandestinas: podría darse el caso de que alguien secuestrase a una persona inocente, le borrara sus recuerdos y le insertase un IMD con recuerdos inventados. Las posibilidades son infinitas. Se podría alterar por completo la personalidad de cualquiera, si se le hace creer que los recuerdos de un asesino

en serie son sus propios recuerdos. O que tiene un hijo y lo ha perdido. O que alguien ha intentado asesinarlo. Como te digo, las posibilidades son inimaginables. En el siglo XX, mediante sesiones prolongadas de tortura psicológica e hipnosis, se consiguió convertir a individuos inocentes en asesinos o en suicidas. Eran víctimas durmientes que se activaban al escuchar una palabra o frase clave. Eso podría simplificarse mediante los IMDs.

Zacarías resopló y se pasó la mano por la nuca para masajearse un poco.

—Resulta increíble, la verdad.

—Pero según todo lo que he estado leyendo parece que es muy posible. Y eso es solo una parte. Como cualquier otro avance tecnológico, el IMD también puede servir para que los gobiernos o las agencias de información ejerzan un mayor control sobre la gente. A toda persona que lleve un IMD se le podría tener localizado sin su conocimiento y en tiempo real. Además, hay rumores de próximas versiones del dispositivo que, sin la autorización previa del usuario, permitirían acceso a publicidad subliminal. Imagina: sentirías la necesidad imperiosa de comprar un producto cualquiera, porque en tu memoria aparecerían imágenes de ese producto asociadas a recuerdos felices y satisfactorios.

* * *

El primer punto de inflexión significativo no se produjo en el sótano de Iker, sino en la comisaría central de Alicante. Habían transcurrido casi tres semanas desde el asesinato de la señora Solzhenitsyna y Delia Guerrero comenzaba a desesperarse por la falta de avances en la investigación. No había testigos ni huellas ni nada aparte de la mirada vacía que María había clavado en las estrellas y que Delia no dejaba de ver cada vez que cerraba sus ojos un momento.

Su encuentro con la prostituta no había servido para otra cosa aparte de, si acaso, poner a la chica en dificultades. Por orden suya, el agente Nakahara la había llamado al día siguiente, solo para comprobar si contestaba al número, y al ver que sí lo hacía, había colgado. Sin embargo, dos días más tarde ambos habían escuchado un mensaje automatizado de: «Teléfono apagado o fuera de cobertura». Podía no significar nada, que Valery estaba ocupada o descansando, pero Guerrero había sentido que se le encogía el estómago.

Nakahara le había sugerido que buscara un nuevo apartamento, por temor a que Bohdan Kozak, fuera quien fuera, quisiera saber por qué le había preguntado por él a Valery. De momento, se había negado a hacerlo. Quería pensar que, por muy peligroso que Kozak fuese, no osaría enfrentarse directamente a la Policía.

Quería pensarlo, pero estaba muy lejos de poseer ninguna certeza. Tampoco estaba dispuesta a abandonar su apartamento, porque muy pronto se enteraría la comisaría entera y no pensaba permitir que empezasen a circular rumores de que tenía miedo. Sin embargo, en los pocos momentos que pasaba en casa le daba la impresión de que los sonidos propios de todo inmueble se habían acentuado. Zumbidos de electrodomésticos, crujidos de puertas. La noche anterior algo la había despertado, no sabía si un mal sueño o un ruido nocturno. Sin encender la luz, había extendido el brazo hacia la mesita de noche y había sacado su arma del primer cajón. Luego, apuntando a una zona indeterminada a los pies de su cama, había permanecido durante varios minutos aguzando el oído. No había logrado volver a dormir hasta encender todas las luces del apartamento y recorrer todas las habitaciones.

Estaba intrigada por el aquel nombre, Bohdan Kozak, pero no podía desviar su atención. Se dijo a sí misma que, por el momento, se concentraría en el caso que ya tenía entre manos, pero en cuanto estuviera libre empezaría a investigar a Kozak.

En el tiempo que había pasado desde el entierro de María Solzhenitsyna, la inspectora había hablado varias veces con Zacarías Buenaparte, pero tenía claro que él estaba tan perdido como la Policía. No estaba segura de que Zacarías no estuviera guardándose información, pero si lo hacía, no sabía qué hacer con ella. Lo mantenían bajo vigilancia, y, según los informes que Delia leía cada mañana, vivía recluso en la casa de su amigo.

Cuando sonó su teléfono móvil no reconoció el número. Era un fijo de Madrid.

—¿Guerrero? —preguntó una voz masculina y casi infantil.

—Inspectora Guerrero, sí. ¿Quién es?

—La llamo de Delitos Cibernéticos. Soy Adrián Mustafi. Usted llamó hace unos días...

—Más de dos semanas.

—Sí, bien. Su consulta era sobre nuestro conocimiento de personas o

grupos delictivos con capacidad para hackear sistemas domóticos y dispositivos personales de memoria.

—Exacto.

—Bien. No hay muchos casos, al menos conocidos. Como comprenderá, no es algo tan sencillo como en su día fue clonar tarjetas de crédito o introducirse subrepticamente en ordenadores personales para extraerles datos bancarios y demás; y en principio parece también menos rentable desde el punto de vista económico. Los casos de los que tenemos noticia en los que se ha hackeado un sistema domótico han sido realizados por gente cuyo único propósito era demostrar sus dotes informáticas, como los primeros hackers que entraban en la base de datos del Pentágono solo para dejar su seña de identidad. Competían unos con otros por ver quién lograba sortear los sistemas más seguros del mundo, pero una vez que lo hacían, se limitaban a plantar su bandera para que la viesan los siguientes. ¿Me sigue, inspectora?

—Sí, le sigo. Pero ¿a dónde me quiere llevar, Mustafi?

—Básicamente a que es muy difícil y poco rentable hackear un sistema domótico. Tenemos constancia de un par de casos en los que el hacker hizo que el sistema domótico encendiera las luces de la casa a las tres de la madrugada, hiciera saltar todas las alarmas y, cuando todos los presentes en la casa estaban ya despiertos y la policía y los bomberos se habían presentado en el lugar, hizo sonar la ranchera *Sigo siendo el rey*.

—Una gamberrada para la que alguien se tomó muchas molestias —apuntó Guerrero.

—Como le digo, es probable que el hacker compitiera con otros colegas por ser el primer en conseguir algo así.

—Entiendo. ¿Y qué puede decirme con respecto a los IMDs?

—Ahí entramos en un campo muy distinto. Sabotear un dispositivo interno de memoria es complicado, poco menos que imposible.

—Por tanto, no es imposible del todo.

—Inspectora, a día de hoy me atrevería a decir que solo existen dos cosas completamente imposibles en el mundo: una es volver atrás en el tiempo; la otra es cogerle cariño a mi suegra. Hackear un IMD supone disponer de todas las claves de una persona, sus datos bancarios, el pin de sus tarjetas de crédito si es que todavía utiliza esas antiguallas, números de teléfono de sus contactos, secretos personales, infidelidades, cualquier cosa que se le ocurra puede estar

almacenada en uno de esos dispositivos. Las posibilidades son abismales, inspectora Guerrero. Piense en la realidad virtual y ahora quite lo de «virtual».

—¿Qué quiere decir con eso?

—Tráfico de recuerdos. No hace falta que le diga que hay gente muy enferma. Piense en redes de pederastas. Han comenzado a intercambiar recuerdos. Piense en películas *snuff*.

—¡Cine *snuff*!

—Ha repuntado, inspectora. Y hay también cazadores de infectados que luego subastan sus recuerdos.

—Pero nada de eso implica hackear un IMD. Su portador vende voluntariamente sus recuerdos.

—O los intercambia por otros.

—Ya, pero lo que me interesa saber es si en su departamento tienen constancia de que alguna vez se haya hackeado uno de esos cacharros.

Por primera vez, Adrián Mustafi hizo una pausa para coger aire. La respuesta llegó unos segundos después:

—No.

—¿No?

—Eso he dicho.

—¡Mierda! Entonces...

—Espere. De lo que sí tenemos constancia es de algunas personas que, en caso de que efectivamente sea posible hackearlo, son los principales sospechosos. Espero que le sirva esta información. Del listado de personas que tenemos, dos de ellas tienen residencia en Alicante.

A Delia Guerrero se le escapó una carcajada que atrajo la atención de alguno de sus compañeros.

—¡Mustafi! ¿Me está hablando en serio?

—Ahora mismo le paso todo lo que tenemos sobre ellos en un correo.

* * *

El letrero de Reparaciones Olivares formaba un arco sobre la puerta y el escaparate del local, situado en el polígono industrial Norte, donde años atrás

había existido un barrio humilde conocido como Las Mil Viviendas. En los tres días que llevaban vigilando desde el aparcamiento al otro lado de la calle apenas habían visto entrar a unos pocos clientes, y a la inspectora Guerrero se le estaba acabando la paciencia.

A su lado, el agente Nakahara, que se había alegrado en silencio de que el comisario le hubiera asignado ayudar a la inspectora, había echado el respaldo de su asiento hacia atrás y descansaba con los ojos cerrados.

El local estaba a nombre de Rubén Olivares, pero, según la información que le había pasado Adrián Mustafi a Guerrero, el negocio de reparación de toda clase de aparatos tecnológicos era una tapadera para ocultar el trabajo de un hacker autodenominado Coyote. Su verdadero nombre era Baltasar Silva, de nacionalidad mexicana y cincuenta y cuatro años de edad, y poseía un historial que Mustafi había descrito como «alucinante». Mustafi había utilizado el término «sombrero blanco» para definir a Silva, quien había sido capaz de asaltar redes propiedad del ejército y de la marina estadounidenses, de la NASA, de la OTAN y de los principales bancos a nivel mundial. En principio solo lo había hecho para dejar su firma donde fuera fácilmente visible por los usuarios de esas redes, y para demostrar a sus propietarios que su supuesta máxima seguridad dejaba mucho que desear. En más de una ocasión había conseguido suculentos contratos para reforzar los programas de seguridad, y en otras había sido denunciado, detenido y juzgado, aunque hasta el momento el Tribunal Europeo de Derechos Humanos le había librado de tener que entrar en la cárcel.

Según Mustafi, hacía varios meses Baltasar Silva había recibido la visita de otro hacker de élite, un neozelandés que firmaba como Gibson en homenaje al escritor William Gibson, pero cuyo nombre real era Allan Collingwood. Se había registrado su entrada en España proveniente de Singapur, pero no se tenía constancia de su salida, por lo que el agente de Delitos Cibernéticos asumía que Silva y Collingwood, o Coyote y Gibson, seguían juntos.

El historial de Gibson era muy similar al de Coyote, y se sabía que habían colaborado en más de una ocasión para penetrar en redes o bases de datos especialmente bien protegidas. De él se sospechaba, en palabras de Mustafi, que alguna que otra vez había cambiado el color de su sombrero. Cuando Guerrero solicitó una aclaración, Mustafi le explicó que para catalogar a los hackers se solía recurrir a tres categorías: los sombreros blancos, cuyo

principal propósito era demostrar que eran más listos que los programadores de seguridad pero no buscaban cometer delitos para enriquecerse; los sombreros negros, que no eran otra cosa que criminales cibernéticos; y los sombreros grises, que en ocasiones se comportaban como los primeros y en otras como los segundos.

Ambos eran celebridades en el mundo hacker. Por separado eran leyendas vivas, juntos eran insuperables.

Todo habría sido bastante más sencillo si les hubieran concedido una orden de detención, pero el juez no había visto razón para ello, y tanto Guerrero como Nakahara entendían que el magistrado estaba en lo cierto.

Tres días allí plantados, compartiendo coche, comida y horas de aburrimiento, les habían dado para mucho. Guerrero conocía cosas de Nakahara que no había llegado a conocer de ninguno de los hombres con los que había mantenido relaciones sentimentales. El agente hispano-japonés había llegado incluso a relatarle los sinsabores de su primera experiencia sexual con la hermana de su mejor amigo y cómo había tenido que escapar desnudo por la ventana cuando el padre de ella había llegado a casa antes de lo previsto. Puesto que la altura era elevada, decidió escalar al tejado en lugar de bajar, y tuvo que quedarse allí arriba varias horas, tal y como había venido al mundo y a la vista de varios vecinos con casas más altas que aquella en la que se encontraba. Le contó también que aunque hacía años que no veía a aquella chica, seguía sintiendo por ella un amor platónico. También le confesó que actualmente estaba inmerso en una crisis con su esposa: ella ansiaba ser madre y él quería esperar hasta que consiguiera un ascenso.

Delia Guerrero no contó ninguna intimidad semejante, pero sí se abrió con Nakahara como lo había hecho con muy pocas personas y casi ningún hombre, desde luego con ningún compañero del cuerpo.

Al comienzo de aquel tercer día de vigilancia, Nakahara dijo algo inesperado: admiraba a Guerrero por haberse atrevido a denunciar malas prácticas de otros compañeros. Él no había presenciado ningún delito cometido por un agente de policía, pero sí dejadez y desidia a la hora de cumplir con sus obligaciones. La inspectora le pidió que cambiase de tema, y durante un rato hablaron de nimiedades hasta que se quedaron en silencio.

De pronto, Nakahara, recostado y con los ojos cerrados, volvió a hablar:

—Inspectora, si no le importa que se lo diga, no creo que estar aquí

parados nos lleve a ninguna parte.

Guerrero apretó los dientes. Sabía que era cierto.

—Pocas veces he tenido tantas ganas de sobrepasar la línea. Podría entrar ahí, asustar a esos dos hackers y sacarles a la fuerza lo que saben. Si es que saben algo.

Nakahara abrió la boca para decir algo, volvió a cerrarla y luego volvió a abrirla una vez más para, de nuevo, cerrarla.

—Podríamos hacerlo —murmuró al fin.

—No.

—¿No?

—No, Nakahara. No puedo saltarme las normas ni una vez, ¿no lo entiendes? Ni una sola vez. Desde lo de Valencia no me quitan los ojos de encima. Un error y caerán sobre mí. Denuncié a siete compañeros y desde entonces me han puesto la cruz.

—Ya, lo entiendo. Y usted manda. Por lo que a mí respecta, puede contar conmigo.

Guerrero miró a su compañero y se esforzó por sonreírle.

—Ni siquiera sabemos si Coyote y Gibson están ahí dentro —dijo unos minutos después—. Según Mustafi, ese local es el cuartel de Coyote, pero no lo hemos visto ni a él ni a su colega. Solo a Olivares y a unos cuantos clientes. No hay nada sospechoso, el comisario no me permitirá mantener esta vigilancia mucho más tiempo. —Se quedó en silencio un instante y entonces se llevó la mano al bolsillo y sacó su teléfono móvil—: Acabo de tener una idea —murmuró mientras marcaba el número de Zacarías Buenaparte. Al segundo pitido, Zacarías contestó—: ¿Señor Buenaparte? Necesito hablar con usted, ¿le viene bien que nos veamos ahora, en quince minutos? Perfecto, gracias. Voy para allá. —Pulsó el botón para terminar la llamada y miró otra vez a Nakahara—: Se me ha ocurrido que quizás Buenaparte pueda reconocer al hombre que le disparó entre la clientela de este local. Todo indica que ni Coyote ni Gibson son violentos, pero si están metidos en este asunto, colaboran con alguien que sí lo es.

Nakahara se pellizcó el labio superior y asintió.

—¿La espero aquí mientras va a hablar con él?

—¿Sin coche?

El agente se encogió de hombros.

—Voy de paisano. Me sentaré en ese murete de ahí y nadie se fijará en mí, descuide.

—Bien. No tardaré. Si Buenaparte está de acuerdo, lo traeré conmigo. Si no, volveré pronto de todos modos.

Nakahara esperó algo más de diez minutos después de quedarse solo; no quería arriesgarse a que Guerrero cambiara de opinión y volviera al aparcamiento y no lo encontrara allí. Revisó disimuladamente el estado de su arma reglamentaria y se encaminó decidido hacia la puerta de Reparaciones Olivares.

Entendía las razones de la inspectora Guerrero, pero consideraba que no infringía ninguna ley por entrar en el local y hacer un par de preguntas.

—¿Es usted Olivares?

El tipo detrás del mostrador dijo que sí con un cabeceo, y pareció preguntar a su vez mediante un arqueado de cejas quién quería saberlo. Debía rondar los cincuenta, su cuerpo era enorme, de cerca de dos metros de altura, un pecho de gigante y una cintura redonda que hablaba a las claras de su tendencia al sedentarismo y de su apetito voraz. Llevaba unos pantalones vaqueros desgastados y una camiseta de un grupo de música del que Nakahara jamás había oído hablar sobre la que reposaba su larga barba color ceniza.

El local era pequeño y alargado, al menos la parte abierta al público. En el extremo opuesto a la entrada había dos puertas, una en la pared del fondo y otra en la de la derecha. Lo demás eran expositores de cristal con aparatos electrónicos, consolas de videojuegos y videojuegos en oferta.

El agente optó por no mostrar su identificación de momento, aunque por la forma de mirarle de Olivares temió llevar escrita en la frente la palabra «policía».

—¿En qué puedo ayudarle?

—Un compañero me ha dicho que tal vez aquí podrían echarme una mano. Mi madre... —Había pensado aquella historia en el aparcamiento, pero ahora se le antojaba muy burda—. Mi madre está enferma, es ya mayor. La cuestión es que ha perdido la memoria, o, bueno, la está perdiendo. Su médico recomendó que se le instalase uno de esos IMDs, el 2, claro. El caso es que

compramos uno por internet, no el original, sino una de esas marcas de precio más asequible.

—Y no funciona correctamente —dijo Olivares.

—Así es.

—Esos dispositivos no pueden arreglarse.

—¿No pueden..., cómo se dice, crackearse?

—No hay manera.

—Pues según mi compañero aquí podían hacerlo.

—¿Quién es ese compañero suyo?

—Se llama Guillermo. Me contó que había venido aquí... —Nakahara percibió una leve variación en las facciones de Olivares, un indicio de que su expresión era una máscara—. Él me dijo que usted y sus colegas podían reparar IMDs.

Olivares pareció dudar unos segundos, pero acabó por fruncir los labios y negar con un gesto.

—Ni yo ni nadie. Eso no puede hacerse. Lo siento.

—Pero no es ilegal, ¿no?

El otro hizo un mohín que bien podría mostrar su ignorancia o su indiferencia.

—Ilegal o no, no puede hacerse.

—¿Me está diciendo que por primera vez se ha inventado un sistema informático infalible para los hackers?

—Escuche, no puede hacerse. Y punto.

Nakahara estuvo a punto de darse por rendido. Podía marcharse y ya está, ni siquiera tendría que contarle a la inspectora Guerrero que había entrado en el local. Pero aquel efímero temblor que había percibido al pronunciar el nombre de Guillermo le confirmaba que Olivares estaba mintiendo, que tenía algo que ver con todo el asunto. Quizá no mucho, pero tenía relación con lo ocurrido al falso Guillermo Bermúdez, con el ataque a Zacarías Buenaparte, el asesinato de su socio y de su madre. Esa convicción le llevó a dar el siguiente paso, del que ya no podría retractarse:

—Bien, usted no puede hacerlo. Pero mi compañero me dijo que alguien aquí sí podía. Un tal... ¿Silva? —Olivares no reaccionó. Mantuvo la mirada fija en el agente sin cambiar la expresión de su cara. Esa ausencia de cambios

llevó a Nakahara a insistir en la misma dirección—. ¿El Coyote?

Los ojos de Olivares se desviaron un instante hacia un rincón de la estancia. El agente siguió la dirección de su mirada y descubrió una pequeña cámara colgada del techo. Justo encima de una de las puertas cerradas que había visto al entrar. De repente sintió un escalofrío y una detonación de adrenalina.

—¿A quién acaba de mirar? ¿Quién está ahí? ¿Es a Coyote a quien ha mirado, Olivares?

—Tío, no sé de quién me está hablando. ¿Quién es Coyote? Ya le he dicho que no puede hacerse nada con los IMDs. La culpa es suya por haber adquirido uno barato. Gástese el dinero y cómprele uno oficial a su madre.

Nakahara lo ignoró y avanzó hacia la puerta sobre la que estaba colocada la cámara de vigilancia.

—No puede entrar ahí —le advirtió Olivares desde el mostrador, levantando la voz y mirando de nuevo hacia el objetivo de la cámara.

El agente acalló el susurro que brotó en el interior de su propia cabeza para decirle que debía marcharse, salir del local y esperar a que la inspectora Guerrero estuviera de vuelta. Silenció por completo aquella vocecita razonable y extendió el brazo hacia el picaporte, pero este giró antes de que llegara a tocarlo y alguien abrió la puerta desde el otro lado.

10. EL CHICO QUE LE PERDIÓ EL MIEDO A LA MUERTE

...Lo cierto es que en esa tumba fue donde me convertí en lo que ahora soy.

Mi tío encontró trabajo en la industria del petróleo y gracias a su sueldo empezamos a vivir mejor de lo que lo habíamos hecho hasta entonces. Yo fui al colegio por primera vez en mi vida, y un día tras otro me vi envuelto en peleas con chicos mayores. No sé cuántas palizas recibí en aquellos años, hasta que fui yo el que comenzó a darlas. Entonces no era más fuerte que mis rivales, pero aguantaba mejor el dolor de los golpes. Cuando me tumbaban, volvía a levantarme una y otra vez. Y no le tenía ningún miedo a la muerte, porque la había visto por todas partes. Había visto morir a casi toda la población de Agdam, había visto cómo mataban a mi madre delante de mí, había visto los cadáveres metálicos de los barcos del mar de Aral y había tocado el cuerpo sin vida de Valentín el guardabosques. La muerte no me era extraña ni tenía secretos para mí, y algunos percibían eso al pelear conmigo. Cualquier motivo era bueno para pelear en aquella época. Algunos se burlaban de mí porque con once años no sabía leer, o me equivocaba al hacer una simple suma, y entonces peleaba con ellos. Otros se metían conmigo porque era distinto a ellos, porque venía de Azerbaiyán, y entonces peleaba con ellos. Perdí muchas veces, pero acabé ganándoles a todos. Todos los que alguna vez me ganaron, acabaron perdiendo contra mí, porque yo volvía a pelear contra ellos una y otra vez hasta que conseguía vengarme.

Mi tío quería llevarme a trabajar, pero, por mi edad, no me lo permitían. Entonces conocí a unos hombres que se dedicaban a organizar peleas clandestinas y pagaban bien por cada victoria. Tenía quince años cuando luché en ese circuito por primera vez, así que me pusieron contra rivales de edades

similares a la mía. No había reglas, pero no se podía matar al contrincante. En tres años disputé cerca de cien peleas, y gané más de noventa. Cuando por fin podía entrar a trabajar con mi tío Konul e iba a retirarme, uno de los hombres que llevaba todo aquel tinglado no quiso pagarme.

Fue el primer hombre al que maté. No ese día, porque sus guardaespaldas me echaron del local a empujones; pero volví y lo maté, y me llevé mi dinero. Luego tuve que matar a un hermano suyo, porque quiso venganza. Y otro hombre me propuso entonces trabajar para él, haciendo lo que mejor se me daba: pegar y matar.

Konul nunca lo supo. Yo trabajaba con él en el campo de petróleo y después, cuando aquel hombre me reclamaba, hacía lo que me pedía. Se llamaba Aibek, y era un tipo muy astuto y muy ambicioso. No tanto como yo, pero sí lo bastante. Tenía contactos en el gobierno de Astaná y sabía qué hacer con el dinero para que se multiplicase. Eso lo aprendí de él. Después de independizarse de la Unión Soviética, la economía de Kazajistán se hizo muy fuerte gracias al petróleo, al gas natural y al uranio; era un buen momento para quienes sabían lo que había que hacer y se atrevían a hacerlo. Yo fui uno de ellos. Aprendí rápido y me atreví, quitando de mi camino a todos los que me llevaban ventaja.

Cuando yo nací, el imperio soviético se desplomaba, así que creé mi propio imperio. A los treinta años era uno de los hombres más ricos de Kazajistán, así que empecé a extender mis redes más allá. Con mi tío siempre había ido hacia el este, ahora fui por primera vez hacia occidente. En las antiguas repúblicas soviéticas había también hombres poderosos y despiadados, pero los fui eliminando y adueñándome de sus negocios.

Me casé y tuve tres hijos, dos niños gemelos y una niña, la mayor, a la que le puse el nombre de mi madre, Aynur, que significa «luz de luna».

Un día decidí regresar de visita a Agdam. Solo quedan sus ruinas y unas pocas personas que se instalaron allí después de la guerra. No reconocí nada de lo que había allí, ni siquiera mi casa, pero mi tío Konul me indicó cuál era. Ese día, aunque ustedes no me crean, deseé poder cambiar todo mi poder por volver a ser un niño pequeño y estar junto a mis padres. Todo habría sido distinto si ellos no hubieran muerto. Probablemente nunca habría matado a nadie con mis propias manos.

También ese mismo día oí hablar del virus. Llegaba de oriente, decían. A

Astaná lo trajeron hombres de negocios que habían estado en Singapur y Tailandia, al parecer. Se extendió con la facilidad de un rumor malintencionado. Mi tío Konul ya era mayor para entonces y la vida lo había tratado tan mal que no tenía fuerzas para defenderse: el virus lo destrozó en cuestión de una semana.

De no haber sido por él yo no habría sobrevivido, y a cambio solo pude enterrarle. Dudé si hacerlo en Astaná o en las ruinas de Agdam, pero al final me decidí por llevarlo a Barsakelmes. Allí excavé su tumba, cerca de uno de los barcos abandonados en los que me metía a jugar de niño.

En los meses siguientes, el virus nos obligó a abandonar Astaná. Todo el mundo moría. Murió mi mujer, mi hija Aynur y mis dos hijos pequeños. La pandemia se los llevó a todos menos a mí. A mí la muerte no me quería.

La muerte me ha elegido como su aliado.

Soy Bohdan Kozak.

* * *

El agente Nakahara se sobresaltó al ver que el picaporte se movía antes de que él lo tocara. La hoja de la puerta se separó de su marco y se abrió de golpe. El joven policía vio una silueta enorme que se recortaba en el umbral y se abalanzaba hacia él sin mediar palabra, reaccionó echándose hacia un lado y buscando con la mano la empuñadura de su pistola Taser, pero el otro fue más rápido: lo sujetó primero por los hombros para empujarlo con una fuerza descomunal, al tiempo que lo trababa con un pie y lo hacía caer. Nakahara se vio en el suelo antes de comprender cómo había llegado a esa posición; sin embargo, enseguida giró y rodó para esquivar una patada de su rival, al que pudo ver con mayor detalle. Era un tipo caucásico, de facciones duras y ojos azules que parecían de hielo, corpulento como un jugador de *rugby* y terriblemente ágil. El hispano-japonés era más pequeño, pero también ágil y veloz. Logró levantarse y detener el siguiente golpe, aunque fue tan brutal que sintió un dolor insoportable en el antebrazo. Aun así lanzó un puñetazo con su diestra que el desconocido esquivó en el último instante.

Acto seguido, Nakahara recibió una patada en la rodilla izquierda que le partió el menisco y le hizo caer con un alarido.

* * *

La inspectora Guerrero y Zacarías Buenaparte acababan de llegar al aparcamiento y miraban a su alrededor en busca de Nakahara cuando les llegó el grito desde la acera opuesta de la calle. La inspectora miró hacia la puerta de Reparaciones Olivares, distinguió movimientos a través del cristal de la puerta, y tuvo la sensación de que el suelo temblaba bajo sus pies.

—¡Mierda! —masculló entre dientes, mientras desenfundaba su arma—. Métase en el coche y no se mueva, señor Buenaparte.

Echó a correr hacia el local sin darse cuenta de que Zacarías, en lugar de obedecer sus instrucciones, la seguía.

* * *

El rival de Nakahara estaba sentado a horcajadas sobre el pecho del agente, con sus rodillas inmovilizando los brazos del otro y lanzando su puño cerrado en una rápida sucesión de golpes de arriba abajo. Bajo el peso de su atacante, Nakahara movía los dedos en un intento inútil de alcanzar su pistola.

Desde el mostrador, Olivares había oído crujidos de huesos e imaginaba que si el gigante no se detenía pronto el policía acabaría muerto en el suelo de su local.

De reojo, captó movimiento en el exterior; giró la cabeza hacia la puerta y vio a una mujer armada y a un hombre detrás de ella. Miró enseguida hacia delante y comprobó que el gigante también los había visto, porque en ese momento un velo de preocupación cubría su cara.

Delia Guerrero saltó hacia la puerta y la abrió de una patada.

—¡Quietos, Policía! —gritó, a la vez que flexionaba las rodillas y empuñaba su arma con ambas manos. Ante ella, el rostro de su compañero estaba cubierto de sangre, el de su contrincante aparecía tenso y calculador, el de Olivares mostraba terror mezclado con otro sentimiento indescifrable, y había un cuarto rostro, apenas visible por la penumbra que lo envolvía en la puerta abierta al fondo del local—. Quiero que todos levanten las manos, ¡ya!

Olivares fue el primero en obedecer. El gigante, en cambio, se limitó a incorporarse.

—No me gusta que me apunten con un arma —dijo. Su acento era del este, pero ni Guerrero ni Buenaparte, que se asomaba en ese justo momento, pudieron identificarlo con claridad.

La figura que la inspectora había vislumbrado al fondo había desaparecido de nuevo en la oscuridad.

—Levanta los brazos ahora mismo o te aseguro que te disparo, y no es nada agradable recibir una bala a tan poca distancia.

—Lo sé —dijo el otro.

—Pues en ese caso, obedece. Buenaparte, es usted insufrible. Le dije que me esperase en el coche. ¡Nakahara! ¿Puedes oírme?

El agente permanecía tumbado boca arriba. No se había movido a pesar de que el gigante se había apartado de él.

—Parece que no tiene ganas de hablar —murmuró el tipo que lo había dejado en ese estado.

—Tu última oportunidad: levanta las manos por encima de la cabeza. Y dime quién eres.

—Soy el Poeta.

Los ojos de Guerrero buscaron los de Zacarías. ¿De qué iba todo aquello?

—Muy bien, Poeta. Levanta las manos de una puta vez.

—No cuente con ello.

Guerrero comenzó a apretar el gatillo. El disparo no se produciría hasta que la pequeña palanca llegase hasta el fondo, pero quería demostrarle al tipo que estaba dispuesta a hacerlo. Sin embargo, el Poeta no parecía impresionado; su expresión no había variado, ni había apartado los ojos de la inspectora y de Buenaparte. De repente, sin alzar la voz, dijo algo en su idioma, que a los demás les sonó a ruso.

Siguiendo un impulso, Guerrero giró la cintura para apuntar hacia el hueco de la puerta abierta en el otro extremo del local. Desde allí, alguien que permanecía fuera de la vista, disparó y la inspectora experimentó por primera vez en su vida el dolor que produce una bala al atravesar el hombro. Su brazo derecho se quedó sin fuerzas y no pudo apretar el gatillo hasta el final. Soltó el arma y cayó hacia atrás.

Zacarías no pudo hacer nada. Para cuando creyó comprender lo que acababa de ocurrir ya tenía encima al Poeta. Recibió un golpe tan violento en

la cabeza que se desplomó como un títere, cegado por el dolor.

* * *

—Soy Bohdan Kozak, y ustedes se han metido en asuntos que les quedan grandes. No voy a decir que no les conciernan, ni tampoco que no puedan comprenderlos, pero se han puesto en mi camino, ese es el error que han cometido. Por eso ahora son mis prisioneros.

Su castellano era nítido, aunque impregnado de un eco de acentos distantes y variados. Tenía más de cincuenta años, pero su cuerpo atlético y su mirada le conferían un aire de juventud eterna.

Frente a él, en un sofá que había conocido épocas mejores y ocupantes con más salud, estaba Zacarías, que aún no se había recuperado del golpe recibido en la cabeza. El dolor se había instalado en algún punto indeterminado detrás de los ojos, cuya visión se mantenía borrosa como consecuencia de sendos derrames. Manchas de color violeta azulado se extendían hacia sus pómulos. A su lado, Delia Guerrero tenía el hombro derecho vendado y el brazo en cabestrillo. Ninguno de los dos tenía la menor idea de si el agente Nakahara continuaba con vida.

El Poeta y otro individuo de similares características vigilaban la escena a poca distancia de Kozak.

Zacarías intentó enfocar a su anfitrión y se decidió a hablar:

—Sinceramente, estoy perdido. No sé de usted más de lo que le ha apetecido contarnos, ni tampoco por qué la inspectora, su compañero y yo mismo estamos ahora aquí. Lo único que quiero es encontrar al hombre que me contrató con una identidad falsa y a quien ha asesinado a mi madre y a mi ayudante. No sé qué relación hay entre eso y lo que ha pasado en el local de reparaciones. La inspectora pensaba que quizá alguien allí dentro tuviera que ver con el atentado que sufrí y con los dos asesinatos que acabo de mencionar, pero ignoro por qué ella pensaba así.

Bohdan Kozak se tomó su tiempo para estudiar en silencio a Zacarías, y luego dirigió su mirada hacia Guerrero.

—¿Le importa aclarar la duda del señor Buenaparte, inspectora?

—Antes exijo saber cómo se encuentra mi compañero, el agente Nakahara.

—Me temo que no muy bien. Como ustedes, tuvo la mala idea de ponerse en el camino de alguien a quien no podía vencer. Mis hombres lo han llevado al hospital, así que, en cierto modo, sus perspectivas de futuro son mejores que las de ustedes. —Después de unos segundos de silencio, insistió—: Es su turno, inspectora.

—Recibí información de que el local de Olivares actuaba de tapadera para dos hackers de alto nivel capaces de alterar el funcionamiento de sistemas domóticos y posiblemente de IMDs. Lo mantuvimos unos días bajo vigilancia, y se me ocurrió que tal vez el señor Buenaparte podría reconocer al hombre que le había disparado. No hubo tiempo para eso, porque en cuanto llegamos vimos a mi compañero ya dentro del local.

El Poeta había intercambiado una rápida mirada con Kozak al oír la mención a los hackers, pero ahora había recuperado su pose de estatua inerte.

Kozak meditó un momento, y al poco se levantó.

—Sé que no saben dónde nos hallamos. Mis hombres les trajeron hasta aquí con los ojos tapados, pero puede venir bien que lo vean para que entiendan su situación. —Les hizo un gesto a sus secuaces y cada uno de ellos se encargó de uno de los prisioneros. Los obligaron a levantarse y los empujaron hacia delante para que siguieran a Kozak. Este fue abriendo puertas y recorriendo pasillos y escaleras hasta entrar en un amplio salón completamente amueblado y con grandes ventanales en dos de sus paredes. A través de los cristales se divisaba una zona ajardinada de varias hectáreas, delimitada por un muro de cuatro metros de altura—. Al otro lado de ese muro habitan los monstruos. ¿Hace cuánto tiempo que ustedes no los ven? No tienen cura, muchos han perdido la razón, otros se han vuelto violentos. Algunos intentan saltar el muro. La mayoría solo caminan y buscan comida. Cada vez hay menos.

»Usted ya ha oído hablar de mí, inspectora, así que imagino que sabe de lo que soy capaz. No obstante, el mundo está lleno de gente dispuesta a llevar a cabo acciones mucho peores que las mías.

—En realidad no sé mucho acerca de usted, señor Kozak. He oído su nombre, pero no es a usted a quien estoy investigando, sino al asesino o asesinos de la señora Solzhenitsyna y del señor Perdomo.

—Todo está relacionado, inspectora.

—¿Los mató usted? —intervino Zacarías.

Bohdan Kozak se giró hacia él y le sostuvo la mirada con firmeza.

—No lo hice personalmente. Mis mejores hombres tienen autonomía para decidir por su cuenta. Usted estaba interfiriendo en algo que me interesa mucho. Lo único que me interesa en este momento. Algo por lo que soy capaz de arriesgar todo cuanto tengo. El hombre que le disparó en el paseo marítimo era un novato. Le tembló el pulso. Usted habría sido su primer muerto. Fue un error que usted sobreviviera.

—Perdomo no tuvo la misma suerte que yo.

—No. A casa de Perdomo fue un experto —repuso Kozak, y la fugaz mirada que dirigió al Poeta resultó significativa.

—¿Y quién asesinó a mi madre?

—Escúcheme, Buenaparte. Este asunto va mucho más allá de usted y de su madre. Sé que no se puso en mi camino de forma voluntaria, sino por culpa del hombre que lo contrató, pero a estas alturas nada va a detenerme. De hecho, no me supondría ningún problema ordenar ahora mismo su muerte y la de la inspectora, si no fuera porque usted puede resultarme de utilidad. Lamento lo ocurrido con su madre, pero en cierto modo la culpa es suya: debería haber captado la advertencia que se le hizo. Cuando vimos que no volvía a su casa, supimos que iba a seguir investigando, por eso quisimos darle un segundo mensaje.

Zacarías no dijo nada. Era consciente de que sería una bravuconada absurda e ingenua. Estaba desarmado y cualquiera de los dos guardaespaldas de Kozak podía acabar con él en cuestión de segundos. No era un héroe, y no conseguiría nada haciéndose el valiente solo para estar muerto un momento después. Tenía que esperar a que se le presentase una oportunidad, y solo lo conseguiría si se mantenía con vida.

—¿Dice que podemos serle de utilidad? —dijo Guerrero.

—Buenaparte sí, usted no, inspectora.

—A estas horas me estarán buscando.

—Lo sé. Pero el agente Nakahara no podrá decirles gran cosa, me temo, así que por mucho que todo el cuerpo de Policía esté buscándola, no saben por dónde empezar. Y en realidad no todos sus compañeros tendrán mucho interés en encontrarla, ¿me equivoco, inspectora? Tengo entendido que varios de ellos se alegrarían de su desaparición y cruzarían los dedos con la esperanza de que usted estuviera muerta. Sea como sea, ninguno de los que tenga un interés

sincero en localizarla vendrá hasta aquí. Estamos fuera de los límites seguros de la ciudad, en mitad de la tierra que ya nadie se preocupa en cartografiar.

—Ya habrán registrado el local de Olivares...

—Y no encontrarán nada. El local se vació después de que ustedes se presentasen allí. Como le estoy explicando, inspectora, usted se encuentra en un limbo del que solo una persona podrá sacarla. Esa persona es el señor Buenaparte.

Guerrero y Zacarías se miraron perplejos.

—¿Qué diablos quiere decir?

—Necesito su ayuda, señor Buenaparte. El mismo que falló al dispararle a usted, permitió también que su cliente escapase. Ese hombre es la clave, necesito dar con él.

—¿Él es la clave? ¿La clave de qué?

—Si usted es capaz de encontrarlo, le doy mi palabra de que tanto usted como la inspectora Guerrero sobrevivirán. Ella permanecerá aquí mientras usted caza para mí a su cliente.

—No tengo ni la más remota idea de dónde se ha metido. Daba por hecho que había sido secuestrado por los mismos que lo estaban chantajeando.

—Es obvio que le falta mucha información, señor Buenaparte.

—Puede estar seguro de ello: no sé de qué va todo esto ni qué tiene que ver conmigo.

Por fin, Zacarías tuvo acceso a la historia antes de que él entrase a formar parte de ella.

Su cliente, el falso Guillermo Bermúdez García, se había presentado hacía más de un año en el local de Reparaciones Olivares argumentando que estaba experimentando problemas con su IMD 2. Recordaba cosas que no debía recordar, no porque no quisiera, sino porque no eran recuerdos suyos. Olivares le dijo que conocía casos en los que los dispositivos de memoria resultaban no estar vacíos por completo al ser instalados por primera vez; algunos salían de fábrica con varios recuerdos ajenos que el portador del IMD solía asimilar como propios, pero que en ocasiones provocaban problemas psicológicos, por lo general leves. Estos recuerdos de fábrica eran debidos a las pruebas que se realizaban en laboratorio. Al parecer, una serie concreta de

IMDs había sido puesta a la venta sin que el proceso de optimización se hubiera terminado. Para eliminar esos recuerdos falsos no era suficiente con un visionado, pues estaban protegidos. Por tanto, era necesario extraer el IMD y someter su contenido a un programa de limpieza especial capaz de identificar los recuerdos reales y los recuerdos de fábrica y bloquear los segundos sin afectar a los primeros.

Guillermo se mostró reacio, pero Olivares lo convenció con la promesa de su gran profesionalidad, la seguridad de que el programa de limpieza no copiaba ni visionaba los recuerdos reales y con la advertencia de que los problemas psicológicos podían ir en aumento con el paso del tiempo.

—Cada recuerdo se guarda en el IMD con la apariencia de un archivo informático, de modo que el programa los identifica sin margen de error alguno.

Guillermo accedió. La operación se realizó en el sótano del local de Olivares, y todo pareció ir bien. Solo lo pareció, porque Olivares había mentido a su cliente: había copiado todo lo almacenado en el IMD. No por ningún interés concreto, sino por la simple razón de que podía hacerlo y esa posibilidad no se le presentaba a menudo. Un poco cada día, se dedicó a visionar los recuerdos de Guillermo como si fuera el único asistente a una filmoteca privada. Olivares era un tipo dado a los vicios: adicto a los juegos de azar, a los prostíbulos, al porno por internet, a toda clase de apuestas, a los trapicheos de toda índole, de modo que halló un placer insano al inmiscuirse en los recuerdos de alguien a quien no conocía de nada, como quien lee un diario personal ajeno solo porque el dueño lo ha olvidado sobre la mesa. Hizo copias de los encuentros de Guillermo y Valery y los puso a la venta en diversas páginas web, además de pasárselos a sus contactos. Y siguió profundizando, retrocediendo en el tiempo a lomos de la memoria de Guillermo, buscando alguna otra cosa que le pudiera suponer beneficios.

Y, aunque tardó varios meses en hacerlo, la encontró. Algo que no había imaginado. Un recuerdo insospechado del que Olivares pensó que podría obtener abundantes ganancias. Sin embargo, en un primer momento no supo qué hacer con ello, por lo que le contó lo que había hecho a su mejor amigo y compañero de varios de sus vicios, el hacker Baltasar Silva, alias Coyote. Ambos visionaron juntos aquel recuerdo propiedad del falso Guillermo Bermúdez e idearon una estrategia para sacar de él el máximo rendimiento

posible. Pese a que Coyote no se sentía muy inclinado a infringir la ley, lo que tenían ante sí parecía la llave maestra que abriría suavemente todas las puertas que guardaban la larga lista de sus deseos incumplidos. Olivares y Coyote se convencieron de que podrían hacerse millonarios fácilmente. Baltasar Silva insistió en incluir a Allan Collingwood, Gibson, a quien le unía cierta amistad y no pocas deudas.

Fue Gibson quien ideó la forma de contactar a Guillermo mediante los vídeos extraídos de su propia memoria. Su propósito era acosarlo hasta que Guillermo perdiera los nervios, solo entonces le comunicarían la razón de aquellos vídeos: sabían lo que él escondía, lo que había hecho en el pasado. Habían accedido a sus cuentas bancarias y sabían que no era un hombre adinerado, pero aquel recuerdo suyo demostraba que tendría la forma de conseguir más dinero a través de terceras personas. No tenían duda de ello.

Fue entonces cuando Guillermo Bermúdez se presentó en la oficina de Zacarías Buenaparte, alterado y asustado.

Mientras tanto, a los tres chantajistas se les presentó un grave problema: una de las páginas web en las que Olivares había colocado los vídeos de los encuentros entre Guillermo y Valery resultó ser propiedad de la red de negocios de Bohdan Kozak. Alguien reconoció a Valery e informó a sus superiores. Si Olivares hubiera recurrido a Coyote o a Gibson para cifrar su origen hubiera evitado que lo localizaran, pero lo había hecho él mismo y sus conocimientos informáticos eran mucho más elementales que los de los otros dos. El Poeta y dos compañeros suyos se presentaron en el local de Reparaciones Olivares para exigir una explicación, y eso acabó por cambiar el plan original.

Olivares, Coyote y Gibson se habían convertido en títeres en manos de Bohdan Kozak.

—Sigo sin saber cuál es el secreto de mi cliente —dijo Zacarías—. ¿Qué maldito recuerdo es ese?

—Eso no le incumbe. Al menos de momento —sentenció Kozak—. El hombre que lo contrató a usted posee conocimientos que yo quiero poseer.

—Me da la impresión de que usted ya es inmensamente rico.

—Al contrario que a Olivares y sus amigos, en este caso no es el dinero lo que me mueve. Mi objetivo es algo muy diferente. Usted encuentre a su cliente

y tráigamelo, si lo hace recuperará su libertad y de paso la de la inspectora. Dispone de veinte días.

—Pero ¿cómo voy yo a poder encontrar a ese hombre si usted no ha logrado hacerlo?

—No lo sé, señor Buenaparte, pero espero que me sorprenda. Por lo general, mi gente puede localizar a cualquiera, pero en esta ocasión no ha tenido éxito. Usted tendrá veinte días a partir de mañana, con absoluta libertad de movimientos. Ya sabe cuál es el premio si lo logra, e imagino que puede adivinar la consecuencia del fracaso. Asumo que es usted lo bastante inteligente como para no recurrir a la policía y lo bastante honrado como para no intentar ponerse a salvo sacrificando a la inspectora.

—Y yo asumo que lo que usted pretende con mi cliente no es darle una palmada en la espalda e invitarlo a cenar.

—Tráigamelo, y, si quiere, le permitiré participar en la toma de decisiones sobre el destino de ese hombre.

11. EL FANTASMA

La cuenta bancaria del falso Guillermo Bermúdez García había sido vaciada el día después de que Zacarías recibiera el disparo. Tanto la inspectora Guerrero como él habían pensado que era debido a un chantaje, pero el hecho de que Guillermo hubiera escapado, según Kozak, parecía cambiarlo todo.

Guillermo González Bastida había cogido sus ahorros y se había escabullido, tan bien que el ejército de sicarios de Kozak al completo no había podido encontrarlo.

A Zacarías Buenaparte le quedaban dos semanas para que se cumpliera el plazo que le habían dado, y su intuición le había llevado a Portland. Sabía que el Poeta lo seguía, vigilando sus pasos, pero ignoraba si era el único. Que controlasen todos sus movimientos era la menor de sus preocupaciones.

Lo primero que había hecho al volver a Alicante después de abandonar la casa de Bohdan Kozak había sido ponerse en contacto con Iker y advertirle que debía huir y ponerse a salvo. No quería que también él acabase convertido en una víctima colateral. No había tenido oportunidad de darle explicaciones detalladas, solo le había pedido que tomase todas las precauciones posibles. Iker disponía de dinero y de decenas de inmuebles vacíos, así que esperaba que pudiera ocultarse en el caso de que Kozak quisiera usarlo como rehén, tal y como hacía ya con la inspectora.

Tenía la dirección de Josephine Toole, y todas sus esperanzas se basaban en que ella pudiera recordar algún detalle o darle alguna información que lo condujera al escondite de Guillermo González Bastida. Sin embargo, era consciente de que a aquellas alturas el fantasma podría encontrarse en cualquier isla de Micronesia, haciéndose pasar por un Robinson Crusoe del siglo XXI.

Había intentado dormir durante el vuelo, pero lo habían atormentado pesadillas que le hacían despertar sudoroso, así que la segunda mitad del trayecto la empleó en idear un plan que se negaba a tomar forma en su cabeza. Tras el lento y farragoso paso por inmigración, pudo por fin acceder a la ciudad. Del más de medio millón de habitantes censados a comienzos del siglo, la pandemia había dejado apenas una quinta parte, con lo que la urbe se le antojaba ahora inquietantemente vacía. Al pasar con el taxi por la ribera del río Willamette, que divide en dos Portland, Zacarías tuvo la impresión de haberse internado en un mundo posapocalíptico. No era del todo extraño, pues su situación había convertido su gran puerto comercial en uno de los primeros puntos de entrada del virus en el continente americano.

Sin embargo, al alejarse del río, la impresión variaba de forma notable. Volvía a haber gente en las calles, ocupadas en sus trabajos, como en cualquier otra ciudad del mundo. La pandemia había terminado y la vida continuaba para los supervivientes. Zacarías había vuelto en cuatro o cinco ocasiones a los Estados Unidos después del virus, pero esta era la primera vez que pisaba Portland, y su estado de ánimo no le permitió ver en ella nada reseñable. Se había aferrado a la esperanza de averiguar allí el lugar donde su cliente fantasma se escondía, pero una vez en la ciudad lo invadió la sensación de estar perdiendo el tiempo, de que Kozak le había concedido una prórroga de veinte días a sabiendas de que no iba a conseguir nada, como en aquel viejo relato que había leído en su adolescencia en el que a un prisionero de la Inquisición se le hacía creer que iba a ser puesto en libertad cuando en realidad se le conducía hacia el patio donde iba a ser ejecutado.

Dejó su equipaje en el pequeño hotel que había reservado por internet utilizando un nombre falso, pagó en efectivo varios días por adelantado, y cogió otro taxi hasta las proximidades de la dirección de Josephine Toole que Iker había encontrado. Se trataba de un barrio residencial con casas elegantes de dos y tres plantas rodeadas de un jardín de modestas dimensiones. Zacarías sacó provecho de un parque próximo para mantener el número diecisiete de la calle bajo vigilancia sin llamar la atención. El primer día lo dedicó solo a observar, sin grandes resultados. Vio a Josephine, una mujer rubia de baja estatura y con algo de sobrepeso; a quien debía ser su pareja, un hombre alto y desgarrado con aire de despistado; y a un chico de unos ocho o nueve años, que sin duda era uno de los hijos de la pareja. El segundo día, tras ver marchar

al hombre y a los dos niños, se plantó en la puerta y pulsó el timbre.

La señora Toole le abrió con expresión interrogante, que enseguida, cuando él comenzó a hablar, se transformó en sorpresa, incertidumbre e incredulidad.

—¡Guillermo! —exclamó la mujer.

—Señora, necesito encontrarlo. —Ya le había explicado la razón, ahorrándose muy pocos datos. Insistió—: Todavía no sé por qué, pero su exmarido está metido en graves problemas y me ha arrastrado a mí y a otros con él.

—Pero ¿qué está usted diciendo? —Continuaban en el umbral, ella dentro de la casa y él fuera, de pie en el último escalón de los tres que ascendían desde el sendero de la entrada. Esa minúscula distancia entre ambos era para Josephine Toole la frontera entre un pasado que quería creer lejano y un presente feliz y tranquilo que la llegada de Zacarías acababa de resquebrajar —. Mi marido falleció en la pandemia. Fue una de las últimas víctimas. ¿Cómo se atreve usted a venir aquí con esa historia absurda?

—¿Puedo entrar?

—No, ¡desde luego que no puede entrar en mi casa!

—Hablabamos con más tranquilidad en el interior...

—No. No se me pasa por la cabeza dejar que un desconocido entre en mi salón con la ridícula historia de que mi marido está vivo y envuelto en no sé qué peligros. —Pese a su vehemencia, había algo en su voz, Zacarías detectó algo que no encajaba, pero que no pudo identificar. La duda, quizás.

—Señora Toole, Guillermo la engañó a usted fingiendo su muerte, me engañó a mí presentándose con una identidad falsa, y ahora tanto él como yo y otras personas nos encontramos en verdadero peligro. No necesito de usted que me crea, solo quiero que me diga si se le ocurre algún lugar al que Guillermo haya podido recurrir para esconderse.

La mujer empezó a perder los nervios.

—¡Voy a llamar a la Policía!

—Le estoy hablando muy en serio, señora. Le prometo que Guillermo González Bastida está vivo y que es de vital importancia que lo encuentre. En el pasado vio algo o hizo algo de gran importancia, y es ese recuerdo del que ahora depende mi vida. Sé algunas cosas de él, como que se casó con usted, que fue expulsado de la universidad de Berkeley en el último curso de su

carrera y que tiempo después recibió una oferta para trabajar en los laboratorios Minotauro..., pero necesito saber más. Necesito saberlo todo y necesito también encontrarlo para salvar mi vida y la de otros.

—No va a poder encontrarlo. Fue incinerado.

La aparición de un vecino en el jardín colindante disuadió a Zacarías de seguir insistiendo.

—¿Todo va bien, Josephine? —inquirió el hombre.

—Gracias, Jack. Todo va bien. Este caballero ya se marcha.

Zacarías asintió. Le tendió a la señora Toole una tarjeta con su número de móvil y le dijo:

—Me alojo en el hotel Metro. Por favor, piense en lo que le he dicho y, si se le ocurre algo, llámeme a este número. No la estoy engañando: Guillermo sigue con vida.

El teléfono sonó veinte minutos antes de la medianoche. La persona que le habló no era Josephine Toole, sino un hombre que se presentó como Robert, pareja de Josephine y padre de sus hijos.

—Escúcheme, Buenaparte: no sé de qué va esto ni quiero saberlo. No vuelva a acercarse a nuestra casa, se lo advierto.

—No lo haré, Robert. No quiero nada de ustedes aparte de algo de información que me ayude a localizar a Guillermo González.

—Por lo que a mí respecta, Guillermo está muerto, incinerado y olvidado. Aunque...

—¿Aunque qué?

—Aunque Josephine lleva una temporada con una sensación extraña, como si alguien la observase. Escuche, no me creo esa historia que usted le ha contado a Josephine esta mañana. Quizá sea usted quien ha estado vigilándola estos días, no lo sé, pero le aseguro que si vuelve por aquí le pegaré un tiro y luego avisaré a la Policía, ¿lo ha entendido?

—Descuide, ni Josephine ni usted volverán a verme. Pero le aseguro que no soy yo el que ha estado observando a su mujer. Tiene que ser Guillermo.

—Váyase al infierno —gruñó el otro, y cortó la llamada.

Diez minutos después volvió a sonar el teléfono. Esta vez, la voz sí era la de Josephine. Zacarías entendió que la pareja había estado discutiendo en el

intervalo entre una llamada y otra:

—Dígame solo una vez: ¿es cierto?

—Lo es, señora Toole: Guillermo está vivo. Por algún motivo que desconozco decidió fingir su muerte, cambiar de identidad y regresar a España para pasar desapercibido.

—Y ahora, por ese motivo que le llevó a esconderse en España, se encuentra en peligro.

—Así es. Él, yo y otras personas. Y hay al menos dos que ya han sido asesinadas, una de ellas mi madre.

Se produjo un silencio cargado de tensión. Zacarías no quiso presionar a la mujer. Esperó a que ella volviera a hablar:

—Guillermo se comportaba de manera muy extraña durante los últimos meses. Estaba irascible, enfadado, asustado, su carácter cambió. La vida con él se hizo insostenible. Yo ya conocía sus cambios de humor desde la universidad, pero no eran tan pronunciados. Aquellos últimos meses fueron un infierno. Luego estalló la pandemia y fue el mundo entero el que se volvió loco, pero diría que Guillermo ya había perdido el juicio antes.

—¿Le preguntó por qué? ¿A qué se debían sus cambios de humor?

—Lo intenté, al principio. Pero dejó de hablarme. Pensé que tenía una amante entre sus colegas de Minotauro, aunque Guillermo no era lo que se suele entender por un hombre atractivo. Yo estaba pensando en pedir el divorcio cuando llegó el virus, y entonces las prioridades fueron otras.

—Lo entiendo. ¿Se le ocurre algún lugar al que él haya podido ir para sentirse a salvo? Tal vez un sitio al que ustedes fueran juntos de vacaciones, donde él se sintiera a gusto. A veces, cuando alguien quiere esconderse, recurre a lugares conocidos donde le esperan recuerdos agradables.

—No, lo siento. Estuvimos de vacaciones una vez en Las Vegas y otra en Miami, pero no creo... No lo sé. Cuando empezó a trabajar en el laboratorio estuvimos una temporada muy larga sin ir a ninguna parte. Era el sueño de su vida, y había estado a punto de perderlo antes de conseguirlo, así que se volcó en su trabajo. Al principio era muy feliz allí, luego, como le digo, su carácter cambió.

—¿Cuál era su función en la empresa?

—Él era químico. Minotauro es un gigante, tenía miles o millones de empleados. Guillermo trabajaba en la sede central, elaboraba medicamentos y

vacunas, investigaba nuevas combinaciones de elementos para reforzar vacunas anticuadas.

—Por favor, piense, señora Toole: necesito dar con él y necesito hacerlo pronto. Se me acaba el tiempo. Dentro de menos de dos semanas estaré muerto.

—¡Por dios! ¿De qué me está hablando?

—No puedo explicárselo.

Siguió un nuevo silencio, tras el cual Josephine repitió lo que ya había dicho:

—Lo lamento, no sé dónde puede estar Guillermo. Para mí, está muerto.

Terminó la llamada sin despedirse y Zacarías se tumbó boca arriba sobre la cama, dejando que lo invadiera la desesperación más absoluta. No solo iba a morir, también fracasaría en su propósito de salvar a la inspectora Guerrero y de vengar a su madre y a Perdomo. Era un hombre muerto que todavía continuaba manteniendo la capacidad de moverse por el mundo, como los millones de infectados que deambulaban sin dirección en las zonas que eran tierra de nadie, abandonados por la civilización, encerrados en campo abierto con la prohibición de acercarse demasiado a los límites de las ciudades.

* * *

Iker no le había hecho caso a Zacarías. Pocas veces se lo hacía. Sí, se había cambiado de casa, no era cuestión de ser imprudente después de lo que le había ocurrido a la madre de su amigo, pero se había llevado consigo su equipo informático para proseguir su investigación. Se había instalado en uno de los apartamentos que su empresa trataba de vender, un dúplex de lujo totalmente amueblado y provisto de sistemas de alarma de máxima seguridad, y no había perdido ni un instante en contactar a través de la red oscura a quien podía proporcionarle un arma de manera casi inmediata. A la mañana siguiente, tras realizar un ingreso en una cuenta encriptada, recibió una pistola semiautomática 9 mm parabellum y munición suficiente para hacer frente a un batallón entero.

Con el arma siempre al alcance de la mano, continuó buceando en el pasado de Guillermo González Bastida, aunque la información disponible era muy escasa.

En el periódico digital local leyó la noticia del ataque a un agente de policía y el aparente secuestro de una inspectora, y aunque en el artículo no se mencionaban los nombres, no le resultó difícil colarse en la base de datos del hospital y averiguar el del agente herido y el número de la habitación donde lo atendían.

* * *

El agente Nakahara había repetido a sus superiores todo cuanto recordaba de lo sucedido en Reparaciones Olivares, que no era mucho. Con formas poco agradables, el comisario lo había apartado del caso y le había dicho que se tomase unos días libres cuando recibiera el alta hospitalaria, dejándole claro que su imprudencia al entrar solo en el local era la causa de lo que les acabara sucediendo a la inspectora Guerrero y a Zacarías Buenaparte. Se le abriría un expediente y el resultado más probable sería su expulsión del cuerpo.

Lo peor era que el propio Nakahara sabía que nadie aparte de él era responsable del destino de la inspectora y del investigador privado. Estaba vivo, desfigurado por la paliza y con dolores que creía que nunca desaparecerían por completo, pero deseaba con todas sus fuerzas seguir participando en el caso aunque luego lo expulsaran, y así se lo había hecho saber al comisario, que no se había molestado en responderle.

Puesto que el culpable de su estado le había llevado al hospital, parecía obvio que nadie estaba interesado en matarlo, pero aun así se había apostado vigilancia ante la puerta de la habitación. Eso había hecho que Iker cambiara de opinión y no intentase hablar con el agente hasta que le dieran el alta o le retirasen la vigilancia.

Continuó investigando todos los hilos que Zacarías había dejado anotados, pero lo hizo principalmente para no quedarse quieto esperando que ocurriera algo. Se sentía dominado por la ansiedad, cuando de pronto recibió una llamada de su amigo.

* * *

Se había dormido sin desvestirse, aún sujetando el teléfono móvil, como si se tratase de un asidero para no hundirse, y los golpes en la puerta de su

habitación se metieron en su cabeza como pisadas de un monstruo gigante y deforme, el mismo monstruo que lo había perseguido dentro del laberinto.

Con la insistencia de la llamada recobró la conciencia, y enseguida temió que se tratara del Poeta. No tenía armas, solo el móvil y la lámpara atornillada a la mesita de noche, así que se resignó y abrió.

En el pasillo, el fantasma de Guillermo González Bastida parecía más muerto que nunca. Su aspecto era desolador, mal vestido y peor afeitado, con profundas ojeras que no solo subrayaban sus ojos, sino que parecían deformar los pómulos. Parecía un indigente. Zacarías pensó que con demasiada frecuencia las personas que huyen y se esconden lo parecen.

—Creía que estaba usted muerto —dijo Guillermo.

—Da la impresión de que usted lo está más que yo.

El fantasma hizo un gesto hacia el interior de la habitación para preguntar si podía entrar, y Zacarías se hizo a un lado. Si el Poeta lo vigilaba a todas horas, no tardaría en presentarse, pero tal vez confiase en su honestidad y en su propósito sincero de salvar a la inspectora Guerrero.

—¿Cómo supo que podría encontrarme aquí, en Portland?

—No lo sabía. Era un intento desesperado.

—Pero nunca le hablé de Josephine.

—Soy investigador, ¿recuerda? Me dedico a averiguar cosas, aunque hay otras que se me resisten.

Guillermo se pasó la mano por la cara y continuó por el cuero cabelludo. Sin pedir permiso, se sentó sobre la cama.

—Oiga, señor Buenaparte, esto es más complicado de lo que pensaba cuando acudí a usted. Mucho más complicado. No debí implicarle. Olvídese de mí. Me alegro de que haya sobrevivido, es una muerte con la que no tendré que cargar. Vuelva a España. No puede hacer nada por mí, ni usted ni nadie. Vuelva a casa.

Zacarías logró controlarse solo unos segundos. Luego avanzó hacia la cama y lanzó al fantasma una patada en el pecho que lo levantó por los aires y le hizo caer hacia atrás con un grito ahogado, mezcla de dolor y miedo.

—¿Que me vuelva a casa, hijo de puta? ¿Que me olvide de usted? Han asesinado a mi madre y a mi socio por su culpa, porque usted me contrató y me engañó. A mí mismo me quedan menos de dos semanas de vida, me van a

matar y sigo sin saber el motivo. Solo porque usted se presentó en mi oficina y me pidió ayuda.

Guillermo se arrastró hasta el otro lado de la cama, para tener el colchón entre ambos, pese a que sabía que si Buenaparte volvía a perder los nervios esa separación no le serviría de mucho.

—¿Lo siento! Fui un estúpido, ni siquiera pensé que... Ha pasado demasiado tiempo: creí que los vídeos no tenían nada que ver con aquello.

—¿Con qué? Todavía no se ha sincerado conmigo. Me mantiene a oscuras y por eso no puedo hacer nada. ¿No lo entiende, joder? Me ha metido en algo que no sé de qué va y por lo que van a matarme.

—Se lo iba a contar cuando llegó aquel tipo y le disparó.

—Cuéntemelo ahora, y hágalo rápido, porque es muy posible que vuelvan a interrumpirnos.

Guillermo miró hacia la puerta, asustado como un niño que se queda por primera vez solo en casa y empieza a oír ruidos al fondo del pasillo.

—¿Quién?

—El mismo hombre que mató a mi madre y a mi amigo.

—¿Dios mío! Entonces debemos marcharnos.

—No. No podemos escapar de él. Empiece a hablar, no me haga sonsacarle.

El fantasma retrocedió hasta la pared y se dejó caer hasta quedar sentado contra ella. Zacarías activó la grabadora de su teléfono móvil para poder repasar más tarde todo lo que Guillermo dijera a partir de ese momento y deseó que el Poeta no se presentase, por el momento.

—Vaya directamente a lo que me interesa: ¿qué secreto guarda usted que merece tanto interés y provoca tantas muertes?

—Le hablé de Minotauro, ¿no es cierto?

—Me dijo que le habían ofrecido un empleo, justo antes de que el pistolero nos interrumpiera.

—Minotauro era uno de mis sueños. Y pensé que lo había arruinado cuando me expulsaron de Berkeley; pero de repente ellos se pusieron en contacto conmigo y me dieron la oportunidad de enderezar mi futuro. Tienen, o tenían, un programa de seguimiento de los estudiantes más prometedores, y yo cumplía el perfil hasta que me desvié y cambié los estudios por la juerga y las

borracheras. Aun así...

—Aun así lo contrataron. Siga —se impacientó Zacarías.

—Sí, me contrataron. Dejé la bebida y no volví a salir ni para cenar fuera de casa. Y pronto les demostré que habían acertado conmigo: en menos de un año ascendí hasta un puesto de mucha responsabilidad. No era el jefe, pero tenía poder de decisión. Disponía de libertad para elegir los objetivos de mis investigaciones, y dinero a espuestas para llevarlas a cabo. Los resultados de casi todas esas investigaciones dieron cuantiosos beneficios a la empresa, y, claro, mi sueldo también aumentó.

—Abrevie.

Guillermo se pasó la lengua por los labios mientras su mente preparaba un resumen de su relato.

—Un día recibí la orden de dejar en suspenso la investigación en la que estaba inmerso en ese momento y centrarme en otra junto a varios químicos de la empresa, los más destacados, auténticos genios cuyos principales éxitos había tenido que estudiar en la universidad. La directiva de Minotauro quería que creásemos un virus y su vacuna. No era algo infrecuente. De hecho, era un procedimiento bastante habitual; en la sede central de Minotauro hay cámaras subterráneas donde se guardan centenares de virus creados de forma artificial. Pero en esa ocasión, lo que se pretendía era conseguir un virus muy virulento. Un virus salvaje. Usted es un hombre inteligente, ya debe de saber a qué me refiero, ¿verdad?

—La gripe del 29 —musitó Zacarías, anonadado.

Tras unos instantes en los que ambos tuvieron la sensación de que el tiempo se había detenido en el interior de la habitación, Guillermo asintió. Sus ojos se habían humedecido.

—Yo ayudé a crear el virus.

—Las sospechas de que se trataba de un virus artificial son ciertas.

—Sí.

—Y ese recuerdo permanece en su IMD. ¿Por qué diablos llevaba usted un IMD si se dedicaba a algo así?

—Fue una exigencia de Minotauro al entrar a formar parte de su plantilla de empleados. Era un método contra el espionaje industrial, para evitar la traición y la venta de sus secretos a laboratorios de la competencia. Todos los que teníamos acceso a información confidencial estábamos controlados.

—Continúe. Crearon el virus en el laboratorio, ¿y qué ocurrió después?

—Elaboramos la vacuna y realizamos todas las pruebas necesarias para asegurarnos de que funcionaba de manera efectiva. Insisto en que es algo habitual, el propósito es comprobar la capacidad y velocidad de reacción ante nuevas amenazas para la salud...

—¿Déjese de historias! ¿Qué ocurrió? ¿Cómo salió el virus del laboratorio?

—La junta directiva dio la orden de probar el virus en un escenario real, fuera del control del laboratorio. Se buscó uno idóneo, con propensión natural a la aparición de nuevas enfermedades para no levantar sospechas. Se escogió Tailandia. El turismo sexual de ese país serviría de excusa. Agentes de Minotauro inyectaron el virus a un grupo reducido de hombres y mujeres, la idea era observar la evolución e inyectarles la vacuna a los pocos días, pero alguien decidió que no se hiciera así.

—¿Alguien? ¿Quién?

—La directiva. No sé quién en concreto. Se decidió esperar unos días más para mejorar la evaluación, y como las personas a las que se les había inyectado el virus quisieron que se cumpliera lo acordado, se les inyectó un placebo, una vacuna falsa. Creyeron que ya estaban curados porque se les dijo que lo estaban. Esos días extra sirvieron para que el virus se propagase y comenzase a mutar.

—¿Tan rápido?

—Más de lo que esperábamos. Una vez fuera del laboratorio, el virus dejó de comportarse como lo había hecho en los ensayos. Al entrar en contacto con otros virus que algunos de los sujetos infectados tenían en estado latente, la mutación escapó a nuestro control. Los casos de nuevos infectados se multiplicaron de un día para otro; de pronto se había propagado a otras ciudades dentro de Tailandia, a países vecinos... Se cometieron tantos errores que empecé a sospechar que no eran involuntarios. Varios compañeros y yo mismo exigimos que se utilizase la vacuna, pero recibimos la orden de no hacerlo. Nos dijeron que si se hacía público que la poseíamos, se sabría que nosotros mismos habíamos creado el virus. Por otro lado, con la mutación, no podíamos estar seguros de que la vacuna continuase siendo efectiva. Aun así, la directiva y los que estábamos implicados en todo aquel asunto nos vacunamos. Por lo demás, nos limitamos a presenciar el avance de la

pandemia.

Hacia unos minutos que Zacarías había adoptado la misma postura que Guillermo, en la pared de enfrente, al lado de la puerta. Su cerebro estaba embotado por la revelación, el flujo de sus pensamientos se asemejaba a un remolino en el que las ideas se centrifugaban y desaparecían antes de cobrar una forma inteligible.

—Minotauro es responsable de la muerte de millones de inocentes —masculló.

—Yo también lo soy. Participé en la creación del virus —dijo Guillermo.

—¿Cómo puede ser que nadie lo sepa? ¿Nadie se fue de la lengua?

—Quien quiso hacerlo fue eliminado. Dos compañeros míos murieron el mismo día en extrañas circunstancias. Y en cuanto a que nadie lo sepa, sospecho que sí, pero no tengo pruebas de ello. Es probable que nadie, aparte de los miembros de la junta directiva y de los que estuvimos involucrados, pero no me sorprendería que varios gobiernos occidentales estuvieran al corriente y hubieran decidido guardar silencio. Son muchos los altos dirigentes políticos que poseen acciones de Minotauro.

—¿Fue usted quien decidió esconderse bajo la identidad de una de las víctimas o alguien le ordenó que lo hiciera?

—Fue cosa mía. Cuando mis compañeros murieron dejé de sentirme a salvo. Lo preparé todo para que pareciera que había contraído el virus...

—Pero se había inyectado la vacuna.

—Para entonces ya sabíamos que no era fiable al cien por cien.

—Abandonó a su esposa.

—Pensé que sería más creíble si ella se tragaba la historia de que había enfermado. Le dije que tenía el virus y me mantuve alejado mientras ultimaba los detalles de mi huida.

—Miserable.

Por la cabeza de Zacarías Buenaparte pasó el rostro de su padre, el de Mary Ann, el de todos sus amigos, conocidos e incluso vecinos que habían fallecido a causa de la pandemia. Por culpa de la desmesurada avaricia de los directivos de un laboratorio farmacéutico. El mayor crimen de la historia. Millones de muertos en apenas unos meses. Ni la maldad de Hitler ni la de Stalin ni la de Pol Pot ni la de tantos otros genocidas era comparable a la de

aquellos hombres que dirigían Minotauro desde sus sillones de cuero en la sala de juntas o desde sus mansiones de lujo o sus yates de recreo. Habían propagado a propósito una enfermedad letal que había acabado con más de un tercio de la población mundial, cerca de tres mil millones de personas.

Miró al fondo de la habitación y vio a Guillermo llorando en silencio, inconsolable. Seguramente llevaba años deseando compartir su oscuro secreto con alguien.

Zacarías se incorporó y entró en el minúsculo cuarto de aseo para vomitar en el retrete.

12. LA HORA DE COBRAR LAS DEUDAS

«Miré, y vi un caballo pálido: y el nombre del que lo montaba era Muerte, y el Infierno le seguía».

Apocalipsis 8:6-8

Zacarías no salió del baño hasta haberse lavado la cara y los dientes para disipar el sabor amargo del vómito. Guillermo continuaba en la misma posición, con los ojos arrasados por las lágrimas, hecho un guiñapo.

—¿Lleva algún arma encima? —quiso saber Zacarías.

El otro lo miró como si la pregunta careciera de sentido.

—¿Armas? No. Nunca he utilizado una. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque vamos a necesitar una. —Zacarías abrió la puerta y se asomó al exterior, que continuaba desierto. Volvió a cerrar y miró de nuevo al químico —. Levántese de ahí y lávese la cara.

—¿Qué vamos a hacer? —gimió Guillermo.

—Usted y yo ya estamos condenados, pero quizá podamos retrasar un poco nuestra ejecución.

Mientras Guillermo se aseaba, Zacarías registró la habitación en busca de algo que pudiera hacer las veces de arma. El somier era un solo bloque de madera, tipo canapé, las perchas eran de plástico, lo único que encontró fue un bolígrafo con el logo del hotel, además de su cepillo de dientes. Poca cosa para hacer frente a un asesino profesional, pero, de todos modos, guardó ambas cosas en el bolsillo trasero de sus pantalones.

Se le ocurrió una idea y la puso en práctica de inmediato: descolgó el teléfono y marcó el número de recepción:

—Buenas noches —dijo en cuanto una voz cansada contestó al otro lado—. ¿Es posible pedir a estas horas algo de cenar en mi habitación? Sí, bien, perfecto. Algo frío, una ensalada estará bien. Lo antes posible, por favor.

Cuando colgó se encontró con la mirada interrogante de Guillermo.

—¿Cómo puede pensar en comer después de lo que acabo de contarle?

Zacarías lo ignoró por completo y le ordenó que se mantuviera en silencio para poder poner un mínimo orden a sus pensamientos.

En la memoria de su móvil tenía un número para hablar directamente con Bohdan Kozak y comunicarle cualquier avance en sus pesquisas, pero su intención era esperar unos minutos para hacer la llamada, porque sabía que, en cuanto la hiciera, el Poeta se presentaría allí.

Repasó en su cabeza todo lo ocurrido hasta entonces: Guillermo había colaborado en la creación del virus que había provocado una pandemia en el otoño de 2029; luego, por miedo o arrepentimiento, o ambas cosas, había fingido su propia muerte y había abandonado Estados Unidos para esconderse en España con la identidad de una verdadera víctima del virus; permaneció así durante trece años; después, en un error ingenuo propio de quien considera que ya está a salvo de manera definitiva, se presentó en Reparaciones Olivares buscando una solución para los problemas que le causaba su IMD (un IMD que le habían instalado por orden expresa de Minotauro y que, por tanto, contenía los recuerdos que su portador no quería que nadie conociera); Olivares lo engañó y descubrió sus secretos, y pensó en sacar tajada, pero le perdió la paciencia y eso hizo que la mafia de Kozak entrase en el juego.

Llamaron a la puerta y una voz masculina se identificó como alguien del servicio de habitaciones. Zacarías lo comprobó a través de la mirilla y abrió, recogió la bandeja y le entregó una propina generosa al mozo para volver a cerrar de forma apresurada.

Dejó la bandeja sobre la mesa, vació el plato de ensalada en la papelera y se guardó los cubiertos de acero inoxidable en el bolsillo, junto al bolígrafo y el cepillo de dientes.

—¿Puede explicarme qué está haciendo, por favor?

—Ya le he dicho antes que en cualquier momento se presentará aquí un asesino. La orden que tiene es asegurarse de que vamos a España.

—Pero todavía no ha venido. Podemos irnos...

—No. —Aún no se había apagado su negativa cuando pulsó en su móvil la tecla de llamada. Solo tardó unos segundos en escuchar junto a su oído la voz de Bohdan Kozak:

—Señor Buenaparte.

—Tengo delante de mí al hombre que he venido a buscar.

Hubo un silencio, breve pero intenso, y Zacarías entendió que Kozak se había mantenido informado de todos sus movimientos por medio del Poeta y aquella llamada le había cogido por sorpresa.

—¿Lo tiene delante?

—Sí. Él mismo ha venido a mi habitación.

—Vaya, eso es algo inesperado.

—Sé que me ha mantenido bajo vigilancia, así que imagino que enviará a alguien ahora mismo, ¿verdad?

—Así es. No se mueva usted de ahí ni deje que él lo haga.

—Oiga... ¿la inspectora...?

—La señorita Guerrero se encuentra bien. En cuanto usted llegue a Alicante con ese hombre, su participación en este asunto habrá terminado. Tiene mi palabra.

* * *

Un día, en el colegio, escribió unos versos en un trozo de papel e intentó hacérselos llegar a la chica que se sentaba en el pupitre de su derecha, pero el profesor le sorprendió en el momento que alargaba el brazo y le arrebató el papel. Lo leyó y exclamó en voz alta:

—Resulta que tenemos aquí un poeta.

Nunca volvió a escribir versos, ni siquiera pudo jamás recordar aquellos tres o cuatro infantiles y mal rimados que no llegaron a su destinataria, pero el apodo de «el Poeta» se quedó con él para siempre. Al principio no fue más que un mote que los otros críos empleaban en el patio del colegio para referirse a él con un deje burlón, pero más tarde se convirtió en su seña de identidad. Años después alguien llegó a creer el bulo de que su sobrenombre se debía a la costumbre de escribir versos con la sangre de sus víctimas, pero

él nunca había hecho algo así. No sentía piedad por sus víctimas, ni el más mínimo remordimiento, pero no volvió a intentar crear un poema desde aquel día en el que un mal profesor se mofó de él.

Dormía plácidamente cuando lo despertó la llamada de su jefe para ordenarle que fuera a recoger a Buenaparte y a González Bastida. Kozak no le preguntó por qué no estaba al corriente de la aparición del químico, confiaba en el Poeta y sabía que toda persona necesita dormir.

En apenas cinco minutos salía de su hotel y cruzaba la calle para entrar en el de Buenaparte.

Zacarías le abrió la puerta al primer toque de sus nudillos, y el Poeta echó un vistazo rápido a Guillermo y a la habitación para luego sacar su teléfono y marcar un número. Tras unos segundos de espera, mantuvo una conversación en ruso de la que los otros dos solo alcanzaron a entender «Barcelona» y «Alicante».

—Hay un vuelo con plazas libres dentro de cuatro horas —informó cuando colgó. Se giró hacia Zacarías y vio la punta de un cuchillo dirigiéndose a su cuello.

Su preparación física le sirvió para esquivarlo en el último momento, aunque la pequeña hoja del cuchillo llegó a rozar su piel, pero su escaso filo no produjo herida alguna. Con su mano izquierda lanzó un puñetazo contra el rostro de Zacarías y acertó a la altura del pómulo. El investigador se fue hacia atrás, pero al hacerlo dibujó un arco con su brazo y esta vez sí tuvo mayor fortuna con el cuchillo, rasgando la mejilla del rival. Eso lo enfureció y le hizo arremeter contra Zacarías con dos violentas patadas que lo lanzaron hacia la pared.

Zacarías contrató, pero la habilidad y fuerza del Poeta eran superiores, de modo que lo volteó por los aires y lo arrojó sobre la moqueta, para, a continuación, dejarse caer encima de él. El golpe dejó a Zacarías sin aire en los pulmones y sin cuchillo, que no sabía cuándo ni dónde había soltado. El Poeta se incorporó y comenzó a lanzar sus puños contra la cara de su contrincante, tal y como había hecho con el agente Nakahara, solo que ahora Guillermo comprendió que si quería tener una oportunidad de seguir con vida, el vencedor de aquella pelea había de ser Zacarías Buenaparte, así que atravesó la habitación a la carrera y lanzó todo su peso contra el Poeta. Ambos rodaron hacia un lado, dejando libre a Zacarías, que aprovechó para sacar del

bolsillo el tenedor y clavarlo con todas sus fuerzas en el hombro del asesino.

Mientras el Poeta gritaba, el teléfono de la habitación comenzó a sonar. Sin duda, otros huéspedes del hotel habían llamado a recepción para quejarse del escándalo en mitad de la noche.

El Poeta se deshizo de Guillermo con un codazo en la boca del estómago y arremetió de nuevo contra Zacarías. Saltó hacia él y los dos cayeron sobre la cama. Las manos gigantescas del Poeta se cerraron en torno al cuello del investigador, que pugnó por soltarse mientras el pánico lo invadía. De pronto recordó que en su bolsillo trasero todavía estaban el cepillo de dientes y el bolígrafo; dejó de forcejear con las manos del Poeta, más fuertes y grandes que las suyas, e introdujo la derecha bajo su propio cuerpo. Le empezaba a faltar el aire, sentía que le iban a estallar los ojos, que su tráquea estaba a punto de quebrarse, y que su vida iba a extinguirse en cuestión de segundos, pero encontró el bolígrafo y se movió mínimamente bajo el cuerpo del otro para conseguir sacarlo del bolsillo. El teléfono había dejado de sonar, pero ahora empezó a hacerlo otra vez, justo cuando Zacarías alzó la mano y clavó el bolígrafo en el ojo izquierdo del Poeta. El alarido de este fue escalofriante; se llevó las manos a la cara y Zacarías boqueó para coger aire, sin dejar de apretar. Cuando el Poeta se apartó, Zacarías imitó el movimiento de su cuerpo y logró colocarse encima, de manera que pudo hacer más presión sobre el bolígrafo y empujarlo más y más hacia dentro.

La resistencia del otro cesó con una serie de espasmos y un borboteo horrible en lo profundo de su garganta. Zacarías se mantuvo sobre él casi un minuto entero, recuperando el aliento y contemplando el rostro ensangrentado del primer hombre al que había matado.

—Por mi madre, cabrón. Por mi madre y por Perdomo.

Resbaló hacia un lado y se quedó boca arriba junto al cadáver. Respiraba con dificultad y notaba en las sienes y en el cuello su pulso acelerado.

—El teléfono —dijo Guillermo—. Han estado llamando.

Zacarías se puso en pie y llamó a recepción. Masculló una disculpa rápida y prometió no hacer más ruido en lo que quedaba de noche.

—Ahora ayúdeme a limpiar todo esto —le gruñó al químico.

Hicieron una bola con la colcha, que se había manchado de sangre, limpiaron el cuchillo, el tenedor y el bolígrafo y ocultaron el cadáver del Poeta bajo el colchón, en el interior del canapé, con la esperanza de que el

servicio de limpieza de habitaciones no lo moviera hasta que empezase a apestar.

—Nunca había visto matar a alguien así —murmuró Guillermo.

—Y, sin embargo, mató usted a millones.

—¡Yo no maté a nadie!

Zacarías entró al aseo y se lavó las manos y la cara por enésima vez. Estaba limpio, pero seguía sintiéndose sucio. Sabía que no podría olvidar el sonido que había producido el bolígrafo al penetrar en la cabeza del Poeta, continuaría oyéndolo toda su vida.

Vio la figura de Guillermo en el espejo, asomado a la puerta.

—¿Listo?

—¿Qué va a pasar ahora?

—Nos vamos al aeropuerto.

—Pero... Tarde o temprano encontrarán a ese hombre y sabrán que ha sido usted.

—No, no tienen mi nombre. Yo también recorro de vez en cuando a identidades falsas, como usted. Ese tipo —dijo señalando la cama que lo ocultaba— era un asesino de una mafia del este de Europa, así que cuando la policía lo averigüe dará por sentado que lo ha matado un grupo rival, o quizá sus propios compañeros en un ajuste de cuentas.

El químico se pasó la mano por la cara y cerró los ojos.

—No voy a salir nunca de esta pesadilla, ¿verdad? —murmuró, a punto de derrumbarse otra vez.

—Escuche: cállese y haga lo que le digo. Tenía dos razones para matar a ese hombre; para matarle a usted tengo tres mil millones. No me provoque.

Colocaron el cartel de: «No molestar» en la puerta y abandonaron el hotel. Como había pagado la habitación por adelantado, Zacarías no se molestó en decir que no iba a volver. Cuanto más tiempo tardasen en darse cuenta de ello y en encontrar el cadáver, mejor que mejor.

Cogieron un taxi al aeropuerto. Una vez allí, Zacarías preguntó por el próximo vuelo a España y, tras asegurarse de que no era el mismo que el Poeta había mencionado, pues este se dirigía a Madrid y no a Barcelona, adquirió dos billetes.

Mientras esperaban en la sala de embarque, Zacarías llamó a Iker sin tener

muchas esperanzas de que su amigo siguiera con vida. Cuando escuchó su voz, se dibujó una sonrisa de felicidad en sus labios.

—¿Dónde diablos estás? Me dices que huya y no vuelvo a saber nada de ti...

—He estado ocupado. Tengo nueva información, escúchame con atención, porque tengo un plan que creo que tiene más de locura que de sentido común.

Al tomar tierra y llegar a la terminal del aeropuerto de Alicante, Zacarías marcó el número de Bohdan Kozak.

—Buenaparte —oyó la voz severa y firme que jamás podría olvidar—. ¿Qué ha pasado, por qué no han llegado en el vuelo previsto?

—Ha habido un pequeño cambio de planes.

—No sea usted imprudente, Buenaparte.

—Al contrario, intento ser lo más prudente posible.

—¿Por qué me llama usted? ¿Dónde está mi hombre?

—Sufrió un percance en Portland, me temo.

—Está cometiendo un error, Buenaparte, y creo que conoce las consecuencias.

—Lo que estoy haciendo es intentar cambiar las cartas que usted me ha repartido. Le soy sincero: yo he matado a su hombre, al Poeta. Usted puede comprenderlo, ¿me equivoco? Está familiarizado con la muerte y conoce los sentimientos que produce. El Poeta asesinó a mi madre y a mi socio, y yo necesitaba vengarme.

—Me sorprende, Buenaparte. Que haya sido capaz de matar al Poeta no es algo que hubiera esperado de usted.

—Ya sabe que el deseo de venganza nos lleva más allá de nuestros límites. Lo que ahora quiero decirle es que sé que estoy en desventaja, solo tengo su palabra para confiar en que nos dejará en paz a la inspectora Guerrero y a mí.

—No me ofenda dudando de mi palabra, aunque la muerte del Poeta no entraba dentro de nuestro acuerdo.

—No lo hago. —Era cierto: aunque a él mismo le parecía absurdo, creía que Kozak era un hombre de palabra—. Pero quiero asegurarme. Yo tengo lo que usted busca, tengo a Guillermo González Bastida aquí junto a mí, y además he averiguado por fin cuál es el secreto que esconden sus recuerdos. Resulta

que usted desea lo mismo que yo deseaba al matar al Poeta: venganza. Pero mi deseo era privado, quería matar al hombre que mató a mi madre. Su deseo, Kozak, es un deseo que comparten todos los supervivientes del virus.

—No lo comparten porque desconocen la verdad.

—Cierto, pero la conocerán.

—No me importa. Mi venganza será tan privada y personal como lo ha sido la suya. La pandemia acabó con toda mi familia, con mi esposa, mis hijos, mi tío Konul, el hombre al que le debo estar vivo. Usted ha vengado a su madre y a su socio, no se le ocurra privarme de mi venganza, se lo advierto.

—No he pensado hacerlo. Usted tendrá su venganza, pero yo no puedo entregarle a este hombre. Él no es el culpable. No el verdadero culpable. No sé qué fue lo que vieron en su IMD, pero los culpables son los directivos de la empresa en la que trabajaba, Minotauro. Ellos dieron la orden de crear el virus, de ponerlo a prueba fuera del laboratorio y de no utilizar la vacuna cuando todavía estaban a tiempo de controlarlo y evitar el contagio masivo. Su objetivo, Kozak, ha de ser la junta directiva de Minotauro, no González Bastida. Él fue un simple peón.

—Ahora escúcheme a mí, Buenapa...

—No, todavía no he terminado. Usted tiene el poder de matarme con solo chasquear los dedos, Kozak. Sé que nunca volveré a sentirme a salvo, si decide matarme no le costará conseguirlo, pero no voy a entregarle a este hombre. Hemos aprovechado las últimas horas para redactar una declaración en la que se cuenta todo lo que ocurrió en los meses previos a la aparición del virus. Ahora lo grabaremos también en vídeo y dentro de unos momentos enviaremos ambos documentos a cientos de periodistas y agencias de noticias de todo el planeta. Los archivos estarán protegidos mediante un sistema de seguridad que impedirá que sean abiertos hasta una fecha y una hora concretas. Esta es mi oferta, señor Kozak: ponga en libertad a la inspectora Guerrero y le concederé siete días para que ejecute su venganza. Al amanecer del octavo día, todos esos periodistas podrán abrir los archivos de vídeo y de texto y el mundo entero conocerá la verdad sobre la pandemia. Siete días a partir de ahora mismo, siempre y cuando la inspectora se ponga en contacto conmigo desde comisaría. De lo contrario, me ahorraré el sistema de protección de los archivos y sus destinatarios podrán acceder a ellos de forma inmediata. Haga usted lo que crea que debe hacer.

Sin esperar la respuesta de Kozak, Zacarías pulsó el botón de fin de llamada y notó cómo le fallaban las piernas.

ENIGMÁTICO ASALTO EN SUECIA

El misterio envuelve todavía lo ocurrido el viernes por la noche en el complejo residencial propiedad del millonario Sven Johnson, directivo de varias empresas multinacionales entre las que destacan Sónico y Minotauro. Era, al parecer, una reunión de la junta presidencial y del comité superior de esta última empresa, Minotauro, una de las farmacéuticas más poderosas a nivel mundial, el motivo por el que Johnson acogió en su casa a otros seis socios, todos ellos copresidentes de la citada empresa, y a los diez miembros del comité ejecutivo.

Los siete presidentes, según han confirmado a la Interpol las secretarías de al menos tres de ellos, tenían planeado dedicar el fin de semana a la pesca en el lago Vättern, al sur de Suecia. No obstante, una de las secretarías ha revelado que la reunión no tenía que ver con la pesca, sino que fue concertada con urgencia por el señor Johnson, aunque los motivos de esa urgencia se desconocen. Esta segunda opción concuerda más con la presencia de los miembros del comité.

De alguna manera aún carente de explicación, hacia la medianoche del mismo viernes, el complejo se vio rodeado por centenares de infectados del virus del 29 que previamente habían escapado del centro de reclusión situado en la cercana ciudad de Linköping. Pese a que las autoridades no han querido confirmar ninguna información al respecto, se sabe que la liberación del centro de infectados de Linköping no fue un hecho fortuito, sino perfectamente estudiado y ejecutado. Varios vecinos de la zona aseguran haber oído disparos y haber visto diversos camiones de transporte dirigiéndose hacia el centro. Asimismo, según algunas fuentes, el sistema de seguridad que protegía el complejo propiedad de Sven Johnson había sido anulado para permitir la entrada de los infectados. Todo parece indicar que corresponde a una acción planificada con detalle.

En respuesta a varias llamadas de auxilio desde el interior del complejo, hasta el lugar se trasladaron efectivos de la policía y del ejército suecos, que establecieron un perímetro para aislar la zona e impedir la entrada de curiosos y, en especial, la salida de infectados. No se sabe con certeza lo que ocurrió en el interior, pese a que se han filtrado en internet diversas imágenes tomadas

desde el aire en las que se distinguen trozos de cadáveres en los jardines de la propiedad.

Varios camiones de características similares a los descritos por los vecinos de Linköping han sido encontrados en un área de descanso de la autopista cerca de la ciudad de Gotemburgo.

Es pronto para saber cómo afectará a la farmacéutica Minotauro la muerte de todos los miembros de su junta directiva y del comité superior. De momento, y como medida de prevención, la cotización de sus acciones ha sido suspendida.

En casi todos los canales aparecía el rostro de Guillermo González Bastida, y en los pocos en los que no, era un presentador o una presentadora quien informaba de la confesión del químico. En la red no había un solo medio de comunicación que no se hiciera eco de la noticia, y ya había quienes la relacionaban con lo sucedido el viernes anterior en el sur de Suecia.

Las distintas sedes de Minotauro estaban siendo registradas por la policía, y había imágenes de empleados de la farmacéutica con los brazos en alto ante agentes que empuñaban metralletas.

Iker apagó el televisor con el mando a distancia y sirvió cuatro copas de vino tinto. En la mesa en la que habían cenado todavía estaban sentados Delia Guerrero, Nakahara y Zacarías.

—¿Qué será ahora de él? —inquirió Nakahara en cuyo rostro todavía resultaban visibles las marcas de la paliza que le había dado el Poeta.

—Me importa poco —respondió Iker, tendiéndole su copa—. De hecho, estuve tentado de tomarme la justicia por mi mano.

—Creo que durante los próximos días encenderé la televisión lo menos posible —dijo Guerrero—. Nos van a bombardear con noticias.

—Sí, no es mala idea —convino Zacarías—. Yo voy a dedicar un tiempo a no pensar en nada. Últimamente he tenido tantas cosas en la cabeza que ahora necesito vaciarla. ¿Qué va a hacer usted, inspectora?

Delia contempló el líquido rojizo de la copa y meditó su respuesta. Al cabo de unos instantes, dijo:

—Voy a hacer lo único que puedo hacer. Soy policía. Lo más probable es que fracase, porque no creo que encuentre mucho apoyo por parte de mis superiores, pero mi deber es intentar capturar a Bohdan Kozak.

—Brindo por usted, inspectora —dijo Iker, y Zacarías y Nakahara lo

imitaron alzando sus copas.